Bianca

de una
noche

Deliz de una noche

A los dieciocho años, Clare tuvo la desventura de conocer a Luke Murry, el hombre que la sedujo. Después de esa terrible experiencia, queda marcada y odiando a todos los hombres. Ahora, a los veintisiete años, había logrado llevar una vida tranquila. Había conocido a Macey Janson, y por primera vez en nueve años se interesó por alguien. No era el momento apropiado para que Luke volviera a su vida, reviviendo sus temores… y lo que era peor, haciendo que Macey pensara mal de ella.

CAPITULO 1

Eran alrededor de las once y media cuando Clare perdió de de vista a Leonie. Había tanta gente en la habitación que era difícil distinguir a alguien excepto a las personas más cercanas. Clare había estado bailando con un joven larguirucho, que vestía jersey naranja, cuyas manos la apretaban demasiado fuerte, y que estaba demasiado borracho como para poder entender lo que decía. Cuando la música terminó él la soltó y la chica se encontró en medio de una avalancha de gente que los separó por completo. La verdad es que no lo sintió mucho. Caminando con dificultad se apoyó en la pared, poniéndose de puntillas tratando de distinguir la cabellera rojiza de Leonie. ¿No se habría marchado?

No conocía a nadie allí excepto a Leonie. Alguien apagó las luces con lo que la habitación quedó en tinieblas, entre las que ella se erguía, como un fantasma, tratando de distinguir los rostros de la multitud.

Jamás había estado en una fiesta como ésa. Era muy joven aún, apenas tenía dieciocho años, recién llegada de provincias, con unos ojos verdes grandes e inocentes. Sus anteriores recuerdos de fiestas se desvanecieron esa misma noche.

Leonie la había metido en ese remolino de extraños, donde había que hundirse o nadar, y Clare había estado haciendo grandes esfuerzos por nadar, pero en ese momento se sentía terriblemente sola y desamparada.

El vistoso vestido azul que llevaba no era suyo. Leonie lo había cogido del ropero del teatro, saltándose el reglamento.

— ¡Venga! ¡Pruébatelo! Después de todo ¿quién se va a enterar?

Mañana estará de nuevo en el teatro, no importa. No puedes ir a una fiesta de año nuevo con un pantalón viejo.

Más tarde, cuando se miró en el espejo, le gustó tanto que no pudo rehusar el préstamo.

—Te queda que ni pintado —le dijo Leonie—. Mucho mejor que mí.

Leonie estaba bien con cualquier cosa, pero el azul del vestido iba bien con el tono rojizo de su cabello. Estaba mucho mejor con vestido negro que ella misma se había hecho. A Clare le resulta demasiado elegante y atrevido... Leonie era muy mañosa. Con frecuencia ayudaba en el guardarropa, haciendo trajes y disfraces. Delgada y vivaz, Leonie era amigable y sencilla, de acuerdo con manera de ser despreocupada y casual. No ocultaba que la romántica inocencia de Clare le divertía.

Leonie hacía todo lo posible por ayudar Clare a crecer.

— Debemos ponerte al día —decía—. Recuerda, estamos en década de los ochenta. Ya no eres una colegiala.

Clare había crecido en un pequeño pueblo. Londres seguía siendo una gran revelación para la chica.

Leonie vivía con ella en la misma casa, una vieja construcción londinense, dirigida por una antigua modista de teatro llamada Hilda cuyos pies parecía que pertenecían a unas viejas zapatillas de las que jamás se desprendía.

— Mis pies son una ruina, patitos -solía decirles suspirando- Eso fue lo que me ha hecho el teatro —sus ojos miraban con malicia a las jóvenes—. Eso, acabó conmigo.

Leonie la animaba a que les contara anécdotas de su vida e teatro, cuarenta años atrás. A Hilda le encantaba tener en su casa gente de ese ambiente. Era una mujer maternal, tierna, muy tolera que las dejaba en paz mientras no se tomaran ciertas «libertades», para ella significaban no pagar la renta a tiempo o hacer fiestas en habitaciones y llevar hombres por la noche.

Clare tuvo la suerte de encontrar ese alojamiento. La renta no era demasiado alta. Y era limpio y cómodo. El dinero que sus padres le mandaban apenas alcanzaba para lo más esencial. La joven había aprendido a saltarse comidas y sostenerse con pan y alubias cocidas. Durante su primer año en la escuela de teatro, la joven se dio cuenta de que la vida era emocionante y muy dura.

Leonie trabajaba en el coro de un espectáculo, en las afueras de la ciudad. Tenía también muy poco dinero, pero gastaba como si fuera dueña de una fortuna.

Una de las estrellas de la obra había invitado a todos los del reparto a esa fiesta. Clare ni siquiera sabía dónde estaban... se dejó absorber por el alegre grupo, pero no tenía la menor idea de quiénes eran sus compañeros.

Clare había bebido más de lo que había bebido en toda su vida. Su anterior contacto con el alcohol se había limitado a un jerez de vez en cuando, pero esa noche le iban llenando vasos que ella poco a poco fue vaciando. Ahora se sentía algo extraña... — no borracha, se decía, más bien un poco mareada—. Ese día tan sólo comió alubias y pan tostado, y así era una presa fácil para el whisky.

No había ni rastro de Leonie. Clare se hizo a un lado, frunciendo el ceño.

Tenía que irse, pero no tenía idea de cómo llegar a casa a esas horas. No encontraría un taxi.

-¡Hola, chica de Charleston!

Una voz ronca la sacó de su ensimismamiento. Se volvió.

-¡No estás bailando! Eso no puede ser. Ese vestido fue hecho para bailar, ¿no es así? -un hombre alto cuya voz la sobresaltó, se encontraba a su lado, rodeando su frágil cintura con un brazo, sonriéndole.

Clare rió con el ligero toque de sofisticación que había aprendido de Leonie, moviendo sus largas pestañas como si fueran un abanico.

-¿Le conozco?

El extraño se rió también.

-Me presento ahora -dijo él con un claro acento americano.

— ¿Eres americano?

—Sí —repuso él sonriendo—. Y tú, inglesa. Una típica rosa inglesa -la mirada del hombre recorrió el esbelto y bien formado cuerpo envuelto en aquel atrevido vestido azul. Sin mangas, escotado, que poco dejaba a la imaginación. La obra en la que trabajaba Leonie estaba situada a principios de siglo, pero el traje ostentaba un toque de modernidad que le daba a Clare cierta y falsa sofisticación. De alguna manera, el mero hecho de llevarlo puesto animaba a la joven a moverse con audacia.

Tenía el cabello color de miel, suave y sedoso, con un corte sencillo, pues no podía darse el lujo de ir con frecuencia a la peluquería. Le caía sobre los hombros como una hermosa cortina de oro que lució en todo su esplendor al darse la vuelta para mirar a su interlocutor.

La joven se dio cuenta de que el hombre la miraba fijamente y se sonrojó.

—Creo que eres el primer americano que conozco.

— ¡Vaya confesión! —contestó burlón—. Entonces, ya va siendo hora de que conozcas a uno.

— ¿Tú? —Clare abrió mucho los ojos, el verde brillaba bajo lo oscuro de las pestañas, mientras que él la miraba divertido.

— Yo, chica de Charleston.

El hombre la rodeó con sus brazos y la llevó al centro de la habitación donde las demás parejas bailaban. Pronto estuvieron tan juntos que ella notaba cada uno de sus movimientos. El la cubría con sus brazos. Era un hombre alto, delgado, de hombros anchos y cuerpo bien proporcionado. Llevaba un traje oscuro y caro.

—Eres muy elegante —dijo la chica—. ¿Has estado en algún lugar importante?

—No hasta ahora —replicó él sonriendo.

Clare rió, comenzó a sentirse extrañamente nerviosa. Nunca había conocido a alguien como él, y su corazón empezó a latir

aceleradamente. No era sólo que el joven no parecía tan pobre como ella; también parecía mucho mayor. No era fácil adivinar su edad en aquella oscuridad, pero calculaba que estaría más cerca de los treinta que de los veinte, y su sofisticación era auténtica, no como la pobre copia barata de la suya.

La ligera chispa de duda se evaporó de inmediato con otra de sus encantadoras sonrisas. Clare estaba fascinada con ese gesto. Los ojos grises del hombre se burlaban al tiempo que parecían invitarla, los labios se torcían en una mueca divertida.

Es un hombre muy atractivo, pensó la chica, emocionada. Pensaba, divertida, en lo que diría a Leonie. Ninguno de los conocidos de Leonie era tan guapo como su acompañante.

—Pareces un bebé perdido en el bosque —le había dicho Leonie esa tarde.

Clare le demostraría un par de cosas.

—Bailas tan bien como pensé, chiquilla —le murmuraba al oído su compañero—. La joven sintió los labios masculinos acariciar la sien, y sintió un escalofrío.

La música había terminado, pero él seguía abrazándola. Alguien pasó repartiendo copas de champán. El anfitrión debía tener mucho dinero, pensó Clare con interés, mientras apuraba el líquido entusiasmada. Las burbujas le hacían cosquillas en la nariz. Su compañero reía de buena gana, mientras que le alcanzaba otra copa.

—Ni siquiera sé tu nombre —dijo ella aceptando la bebida.

—Luke —contestó él —. ¿Y el tuyo, chica de Charleston?

-Clare.

Un sonido de trompetas anunció la llegada de más invitados. La multitud se movía sin parar, y Luke abrazaba cada vez más fuerte a Clare. Alguien gritó que era casi la media noche. Se hizo un silencio, entonces todos empezaron a contar al unísono.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Feliz año nuevo!

Un estruendo de voces, luego risas. La gente estrechaba las manos que se ofrecían.

Clare terminó su segunda copa de champán. El baile empezó de nuevo. Apoyó la cabeza en el hombro del joven, llevó sus manos al cuello masculino, mientras que sentía la fuerte mano de Luke recorriéndole la espalda.

De repente él se detuvo y le murmuró al oído:

-¿Estás cansada? ¿Nos vamos?

Clare sentía sueño. El calor de la habitación, el ritmo de la música, todo la hacía sentirse pesada y fatigada. El champán no ayudaba demasiado a despejarse, pensó. Estaba muy mareada.

Sin embargo, no había perdido el sentido aún.

— ¿Ir a dónde? -preguntó, levantando la vista.

— Vamos a buscar una fiesta más tranquila —dijo Luke—. Hay demasiada gente en ésta.

Clare frunció el ceño, tratando de ver con más claridad a su compañero.

— ¿Sabes de alguna fiesta más tranquila?

— Por supuesto, chiquilla -dijo sonriendo, Clare le devolvió la sonrisa.

— ¡De acuerdo!

— Esperaba que dijeras eso —exclamó él divertido.

Llevándola de la mano, se abrió paso por entre la multitud. Unos cuantos chicos intentaron detenerla, besándola entusiasmados, pero Luke no la soltaba. La chica se había olvidado de Leonie. Seguía a Luke como una niña perdida, abriéndose paso entre brazos y piernas.

La fiesta se desarrollaba en un edificio de la elegante zona de Saint John's Wood. Al llegar a la puerta se encontraron con más invitados escandalosos. Por fin Luke consiguió llevarla hasta el ascensor.

La joven se apoyó en la pared, sentía el estómago revuelto. El movimiento del ascensor la mareó aún más. ¿Estoy borracha?, se preguntaba cerrando los ojos.

El ascensor se detuvo. Luke la ayudó a salir. El aire fresco y el silencio la aliviaron un poco.

El la volvió a rodear con su brazo, entonces ella abrió los ojos y se encontró en medio de otro de los apartamentos del edificio. Todo estaba en completo silencio.

La joven le miró preguntándole:

— ¿Dónde estamos? ¿Dónde es la fiesta?

— Allí —dijo Luke riendo.

Una ola de pánico la invadió, y se volvió irritada.

— Dijiste...

Los brazos de Luke la rodearon impidiéndole terminar la frase. Ella respondió a la caricia sin darse apenas cuenta de lo que hacía, abriendo los labios como por instinto.

No era su primer beso. La primera vez había sido cuatro años antes, cuando tenía catorce años, y esa vez se desilusionó. El chico tenía quince años, y era el héroe de la escuela porque él solo se había construido una especie de motocicleta. No tenía motor, pero solía tenerla en su jardín y sentarse en ella por las tardes para ser admirado por los demás. Todas las chicas estaban enamoradas de él. Cuando besó a Clare, ella esperaba que sucediera algo así como una milagrosa transformación, pero todo resultó una experiencia absurda.

Nunca había sentido nada en especial cuando alguien la había besado.

Pero no ocurría lo mismo en esta ocasión. Eso era lo que había imaginado que tenía que ser un beso.

El le acariciaba el cabello con suavidad.

Él suspendió la caricia para detenerse a mirarla con los ojos medio cerrados, mientras Clare llevaba su mano delineando los trazos del apuesto rostro masculino, llevándola con delicadeza por sus mejillas.

Se había olvidado de la fiesta mencionada... su mente estaba ofuscada con esta experiencia sensual tan nueva para ella.

El se separó, tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes fijos en ella.

— Vamos, querida —dijo con voz ronca—. No nos vamos a quedar aquí toda la noche, ¿verdad?

Vagamente, Clare pensó que hablaba de la supuesta fiesta y frunció el ceño. La cabeza le daba vueltas. No podía quitar los ojos del atractivo rostro que la miraba.

— Estás muy guapa — murmuró él besándola de nuevo.

— No quiero ir a la fiesta —murmuró con voz ronca, y Luke se echó a reír.

— Esta fiesta es sólo para nosotros dos, querida.

Antes de que se pudiera dar cuenta del significado de esas palabras, él la tomó en sus brazos. Ella apoyó la cabeza sobre el hombro masculino, sintiendo los fuertes músculos de sus brazos mientras la sacaban de allí.

El corredor estaba a oscuras. Los ojos de Clare se cerraron. La joven sentía que estaba cayendo en un abismo sin fondo, con la mente totalmente en blanco. Trató de sobreponerse para preguntarle a dónde la llevaba, pero el sueño la vencía. Se sentía como un bebé en sus brazos, débil, feliz, indefensa.

El la dejó, ella se encogió como una criatura a punto de dormir. Sintió un movimiento a su lado. Alguien la movía con suavidad. Una mano le bajaba la cremallera del vestido.

—Tengo tanto sueño —protestó, tratando de abrir los ojos.

El vestido cayó y eso la hizo desperezarse un poco. Abrió los ojos y vio la cabeza de Luke sobre ella.

— ¿No estás borracha, verdad, chiquilla? —preguntó con la fascinante sonrisa que tanto la atraía.

— Me siento rara — murmuró ella. Levantó una mano débilmente y acarició el rostro masculino. Le besó la palma de la mano-. ¿Crees en el amor a primera vista? —preguntó la joven.

-¿Tú sí?

Ella frunció el ceño dándose cuenta de que Luke se estaba quitando la camisa, entonces una ola de ansiedad la invadió.

— ¿Qué estás haciendo?

El se detuvo y tomó el sonrojado rostro de la chica en sus manos.

— ¿Qué crees que hago, querida? —antes de que pudiera contestar la empezó a besar de nuevo, y Clare se dejó llevar con la marea de placer físico que tan nueva y agradable le resultaba.

Estoy enamorada, pensó medio dormida. Todo era cierto, todos los mitos y fábulas sobre el amor. Era verdad que el corazón latía más rápido... el suyo parecía fuera de control. La respiración se volvía irregular; apenas podía respirar. Un beso podía ser el paraíso, y todas las veces que se había dejado besar para averiguarlo y se había decepcionado eran sólo el resultado de no estar besando a la persona indicada.

Sin embargo, mientras la besaba, Luke estaba ocupado en otras cosas sin que Clare se acabara de dar cuenta.

— ¡No! —exclamó, tratando de separarse de él—. ¡No debes hacerlo!

— No juegues, niña —dijo él con sequedad.

Clare no estaba jugando. Sentía que el pánico se apoderaba de ella sin poder evitarlo.

— No puedo —murmuró temblando—. ¡Luke, por favor, no! Empezó a murmurar suplicante, con voz temblorosa, pero Luke no escuchaba. Pudo ver su rostro en la oscuridad. De repente lo vio diferente; más duro, más masculino, la sonrisa había desparecido por completo.

Él levantó la vista cuando ella dejó de hablar, sus ojos brillaban en la oscuridad. Clare se olvidó de todo.

Fue entonces cuando un miedo real le llenó la cabeza. La euforia causada por la bebida desapareció tan de golpe, que se sintió enferma, pero estaba muy despierta, y aterrada.

— Yo nunca... —empezó a decir, pero no pudo terminar—. No —gimió la joven.

— ¿Cómo que no? —Luke levantó la cabeza. Su rostro estaba encendido, parecía un salvaje. Sus labios se entreabrieron dejando ver la hilera de dientes blancos y contraídos de rabia.

— No me gustan las chicas latosas —murmuró sin apenas separar los dientes—. Ahora no estoy para juegos.

El pánico se apoderó de la joven. Empezó a forcejear con desesperación, golpeándole sin poder hacer nada contra la fuerza superior de su contrincante. Sus uñas se clavaban en su piel.

Su grito desgarró el silencio del apartamento. Era un grito de

angustia y dolor.

El miedo la había helado de pies a cabeza.

Cuando por fin se quedó inmóvil a su lado, Clare temblaba, con los oídos doloridos, sintiéndose terriblemente enferma.

Le sintió darse la vuelta sin decir una palabra, y al poco rato se dio cuenta de que dormía.

Esperó tensa, como un animalito asustado, rebelándose ante el impacto de lo ocurrido. Todo había sido una loca pesadilla... la fiesta, los extraños, la bebida a la que no estaba acostumbrada, la sensación de estar sola en un territorio desconocido.

El también había bebido demasiado, aunque ella no lo pudo notar a causa de su mareo.

Se llevó las manos frías y sudorosas a la cara. Tenía que irse mientras estuviera dormido. No podría soportar verle por la mañana.

Se estremecía ante la sola idea de pensar cómo la miraría, lo que le diría. No quería que nadie la viera. Se sentía enferma y sucia.

Luke debió pensar que estaba acostumbrada a que la trataran así. Ahora se daba cuenta de lo que habría pensado de ella y la vergüenza la invadió.

La había llevado allí con él pensando que ella sabía bien lo que tenía en mente, y que iba dispuesta a aceptarlo. Las sensaciones que experimentó jamás le hubieran entrado en la cabeza. El había escogido una chica para pasar la noche, y era todo lo que le importaba.

Su repentino sueño de un gran amor no había sido más que una absurda tontería. La sensación de malestar aumentó, invadiéndola por completo. ¿Cómo pudo ser tan estúpida? Su tonta inocencia la había traicionado. Se sentía desgarrada, no sabía si dirigir su odio contra él o más bien hacia ella misma.

Ciegamente había creído que él sentía lo mismo que ella... que de repente se enamoró sin poder detener el sentimiento. Había sido un juguete de su propia inocencia, creyó que podría convertirse en su gran amor.

Me utilizó, pensó la chica, mirando con fijeza el apuesto perfil masculino. Se vistió con manos temblorosas.

Cuando al fin estuvo lista se volvió a mirarle. Le recordaría siempre con odio.

En silencio fue hasta la puerta. Al abrirla rechinó y el ruido pareció molestarle. Se movió de un lado a otro. Estiró su brazo, moviendo la mano, como buscando algo.

Clare detuvo la respiración temblando. Lo último que deseaba era que Luke se despertara y la viera. Ahora que sabía bien lo que pensaba

de ella, ansiaba salir de allí lo más pronto posible.

¡Oh, cielos, si al menos anoche hubiera adivinado lo que quería! Ni siquiera sé su nombre completo, pensó nerviosa. Su nombre Luke no se le olvidaría nunca, siempre le daría ganas de vomitar.

Se quedaría grabado en su mente el resto de su vida, y no podía -hacer nada para evitar esa vergüenza.

Luke se quedó quieto de nuevo, su respiración se oía en toda la habitación. Clare salió de puntillas hasta el oscuro corredor. El estruendo de la noche anterior se había evaporado. En el vestíbulo había una bandeja rota.

La joven se estremeció al notar el frío de la mañana. Un taxi pasaba en ese momento y la joven le detuvo. El cansado chofer la miró burlón.

—Feliz año nuevo, querida. ¿Estuvo bien la fiesta?

Clare le miró, estaba tan pálida que el hombre se sorprendió.

— ¡Hey, señorita! ¿Está usted bien?

La joven hizo un gran esfuerzo por comportarse. Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios, no era sincera, pero convenció al chofer.

— Estoy un poco...

No la dejó terminar.

— Algo de resaca, ¿eh? Es lógico, después de una fiesta. Sé lo que se siente.

«Lo dudo mucho», pensó Clare. Sólo una mujer tan tonta como yo podría adivinar cómo me siento.

La dejó a la entrada de su casa, rechazando la propina que le ofrecía.

— Ha sido un placer, querida. Ahora también yo me voy a casa. Ha sido una noche muy agitada.

Clare rió con desenfado y el chofer la volvió a mirar sorprendido. La joven entró en la casa. Todo estaba en silencio. Entró en su habitación y se dejó caer sobre la cama, con la cara entre las manos.

Soy una estúpida, pensó con rabia. Tenía que enfrentarse al hecho de que jamás volvería a ser la misma. En una sola noche aprendió una lección que no podría olvidar.

Sin embargo, ella era la culpable. Su comportamiento en esa fiesta le había hecho imaginar que ella sabía lo que quería y que además se lo estaba ofreciendo.

Sintió una gran rabia interior. En un momento ese hombre le había parecido un sueño hecho realidad, y ahora ese sueño estaba a sus pies, hecho añicos.

En el futuro se cuidaría bien de dejarse llevar por romanticismo tontos como el que la había llevado a ese dormitorio y a terminaren le

brazos posesivos de aquel hombre. Jamás volvería a sentir nada pensó furiosa. De hoy en adelante me rodearé de un gran muro. N puedo permitir que algo me vuelva a lastimar así.

CAPITULO 2

El sol brillaba sobre el azul del agua, estaba en todo su esplendor. Blancas velas a lo lejos parecían lindas mariposas. Un avión bajaba al aeropuerto de Niza, y Clare le observaba con pereza. Podía saborear el aroma del café que salía de la casa blanca tras ella, y más cerca aún, el dulce perfume de las rosas y magnolias cuyos suaves pétalos adornaban las jardineras de la terraza.

Dos grandes olivos se erguían en una esquina de la casa.

-¡Café, querida! — Macey apareció por detrás, sobresaltándola.

Clare tiró las enormes gafas de sol para verle mejor.

-¿Tuviste que ir a Brasil a recoger los granos?

-No hay lugar para el sarcasmo a estas horas de la mañana —dijo él, haciendo una leve mueca con la boca. Al inclinarse para dejar la bandeja sobre la mesa, su cabello oscuro le cayó sobre la cara, oscureciendo el fuerte perfil. Clare se adelantó a retirar el mechón de pelo y Macey le sonrió.

Sirvió el café y se sentó a su lado, estirando las piernas con gesto de despreocupación.

- ¡Esto es vida! ¿Por qué no nos quedamos aquí para siempre?

-No podemos —señaló Clare-. Bueno, yo no puedo... tú, tal vez.

El sol brillaba sobre la piel del hombre, dándole una suave textura dorada, como de seda. Cogió su taza y bebió un poco de café, mirando al cielo. Clare le observaba, pensando en la postura y la perfección de movimientos del cuerpo masculino.

De repente él se dio la vuelta y la sorprendió mirándole. Una ligera y burlona sonrisa brilló en sus ojos.

— ¿Soñando despierta?

— No tengo ganas de hacer nada —admitió ella, echándose hacia atrás.

Macey admiró las perfectas líneas del cuerpo de su compañera y sonrió burlón.

— No tienes que hacer nada, querida. Sigue ahí y déjame admirarte. Esa maravillosa figura tuya me mantendrá ocupado todo el día.

— ¿Es un piropo? —los ojos verdes de la joven sonreían divertidos.

— Nunca viene mal —admitió él—. Y te encanta.

—Tienes razón —dijo Clare riendo—. Aunque estés un poco loco.

— ¿Te aburre mucho mi obra? —le dijo sonriendo, pero la chica notó una chispa de preocupación en sus ojos al posarlos sobre el guión

que tenía sobre las piernas.

—Todavía no la he terminado —le replicó con firmeza— Toma tu café y cierra la boca.

—Sí, señora —murmuró él tomando su taza.

Era buena la obra, pensó ella volviendo sus ojos a la página impresa. Sentía algo que le decía que era buena. Macey era un buen escritor. Sus obras dejaban mucho margen y libertad a la representación de los actores, con diálogos de doble filo y cierta ambigüedad, dejando caer el significado en la actuación. Los mejores escritores fueron actores alguna vez, pensó. Sólo un actor podía notar los fallos y las posibilidades de una obra.

Los niveles de significado en las obras de Macey eran múltiples. La que leía en ese momento podía considerarse tan sólo como puro entretenimiento, como un vehículo comercial que estaba segura llegaría a popularizarse, pero también había algo más, teniendo en cuenta el don de la ambigüedad para enriquecer y profundizar el texto.

Aunque le conocía muy bien, sabía que había mucho de él que le seguía vedado. No era una personalidad sencilla. Por fuera, era extrovertido: encantador, vivaz, una excelente compañía. Sin embargo, sus obras revelaban a un hombre muy diferente.

Le conoció en el último curso de la escuela de teatro, hacía siete años. Macey estaba actuando con un grupo extranjero. Como ex alumno de la institución, había ido a ver el programa de fin de curso.

Clare representaba uno de los papeles principales y él se acercó al final de la obra para decirle que había perdido una oportunidad vital en su papel.

Clare se sintió extraña ante él. El cuerpo esbelto y el cabello oscuro de Macey le traían a la mente recuerdos que aún le hacían sentirse mal.

Macey ignoró la actitud fría de la joven, y empezó a hablar con soltura, y su rostro serio e interesado la impresionaron lo suficiente como para que le escuchara con respeto.

— Nadie se rió cuando tiraste aquel libro porque no te podían ver la cara. No te volviste hacia el público al tirarlo, y no estaban seguros si aquello debía ser chistoso o no.

— ¡Pero, las líneas! —protestó ella, y él sacudió la cabeza.

—Las líneas pueden tener varios significados. Todo depende de cómo se digan. Tú las dijiste demasiado rápido, y al volver la cabeza la mitad de su significado se perdió. El público necesitaba ver tu rostro.

Ella aceptó sus consejos. Cuando les presentaron, alguien le dijo

que se acababa de estrenar su primera obra, lo cual la impresionó de verdad. Cuando Macey la invitó a cenar, ella aceptó. Al salir de la escuela él le sonrió y le dijo:

—Tendrá que ser una cena sencilla, me temo. Estoy en la ruina.

Clare había reído. Se rió aún más cuando se encontró en una cafetería barata comiendo un huevo con patatas bajo uno de los puentes de Londres. Aquella vez discutieron con vehemencia hasta que un viejo envuelto en una sucia gabardina, se les acercó para darles su opinión. Feliz, Macey le incluyó en la conversación, luego el propietario salió de la barra para unirse a la discusión.

Fue una noche ruidosa, excitante, típica de Macey, cuyo interés por la gente era muy grande, cuyo calor era como el fuego en una noche helada y que no tenía barreras que excluyeran a nadie de su círculo de amistades.

Su amabilidad iba más allá de la generosidad normal para los amigos. Le daba su último penique a cualquier extraño en apuros. Le encantaba charlar, estaba tan dispuesto a aprender como a enseñar, su profesión le fascinaba tanto como a ella. Pronto se dio cuenta que Macey era mucho más inteligente y astuto de lo que ella jamás llegaría a ser… pero llevaba su inteligencia con desenfado, disfrazándola ante la mayoría de la gente bajo el encanto de su sonrisa.

En los años que se conocieron, Macey triunfó, en gran medida debido a que escribía obras sencillas y fáciles de producir. Dos de ellas se habían convertido en películas famosas. El esbelto joven que un día conociera, se había convertido en una celebridad internacional, pero no había cambiado nada respecto a ella.

Durante el primer año de su amistad, Macey intentó profundizar su relación amistosa, pero Clare dejó muy claro que no aceptaría de él nada más que una sincera amistad.

Macey era demasiado listo para no darse cuenta de que ella hablaba en serio. Le demostraba nada más que un cariño limpio y sincero. Había sido para ella un alivio ver que él aceptaba la situación. Cuando Macey se enamoraba de otra, Clare estaba dispuesta a escucharle y aconsejarle. Y cuando de pronto se rompía el encanto también estaba allí, para consolarle.

Las bases de su relación se fundaron durante ese primer año. Cuando Clare salió de la escuela, él le consiguió trabajo con la compañía para la que trabajaba. Desde muy joven fue adquiriendo experiencia. Clare le gustó al público y por fortuna un agente de Londres se fijó en ella.

Había ido a visitar a su anciana e irritable madre, y la había invitado al teatro en un desesperado acto de aburrimiento.

Harry Stein llevó a su madre tras bambalinas después de la función. La anciana mujer de ochenta años se acomodó en la única silla disponible del camerino, apretando los dientes mientras observaba con disgusto a las chicas que compartían el pequeño espacio reservado para Clare, que charlaban ruidosamente mientras se quitaban el maquillaje.

Harry Stein las ignoró a todas y se concentró en Clare.

— Usted tiene algo —le dijo—. Podría encontrarle algo si viene a Londres.

La chica se entusiasmó con la propuesta. Macey no pareció muy conforme, y más tarde le dijo:

—Cuidado, querida. Puede que no esté interesado en tus dotes como actriz —una chispa encendió sus ojos mientras la miraba-. Puede que tengas otras habilidades.

Clare le sonrió.

—No te preocupes. No soy tan tonta.

Los ojos de Macey la miraban intensamente.

— No —admitió él.

Había crecido con rapidez, con dolor, una noche hacía muchos años, y las lecciones que aprendió entonces, aún le quemaban el cerebro. El sello que quedó no se había desvanecido con los años. Clare lo llevaba como una cicatriz invisible, revelándose en una profunda resistencia a ser utilizada por alguien más, defendiéndose con firmeza de cualquier desborde emocional.

Sabía que podía con Harry Stein. Por un tiempo intentó llevársela a la cama, haciéndole toda clase de promesas, pero ella resistió con terquedad. Harry nunca se lo reprochó. Encogiéndose de hombros, aceptó sus negativas y se dispuso a buscarle trabajo donde pudo. Al final llegó a tenerle cariño. Le había construido una carrera a base de cuidado y energía. La resistencia de la joven le había impresionado, y pocas cosas podían impresionar a Harry.

Se rumoreaba que nunca sonreía porque tenía unos dientes horribles pero que era demasiado tacaño para gastar dinero en un dentista. Clare sabía que eso era mentira. Harry tenía los dientes en perfecto estado, se lo dijo a Macey.

— Y le encantaría clavártelos —Macey comentó, burlándose de ella —. Además, creo que todos serán de oro. Vaya donde vaya Harry, su dinero va con él.

Astuto, listo, Harry había sido tan importante en su carrera como Macey.

Ella y Macey siguieron en contacto. Ninguno de los dos era un gran escritor de cartas, pero Macey se las arreglaba para encontrarla, donde

estuviera, y de vez en cuando aparecía de improviso, siempre acompañado de su inefable sonrisa.

Las carreras de ambos corrían a velocidades distintas, en líneas paralelas que se cruzaban de vez en cuando, uniéndoles de nuevo.

Macey era un gran profesional, siempre en busca de nuevas formas de ganar la atención del público.

Cuando una de sus obras se televisó, le consiguió a Clare un pequeño papel, y permanecieron juntos durante los ensayos y la filmación. En otra ocasión Macey puso en escena una obra en Londres, Clare estaba representando a Ibsen en el teatro contiguo.

En esa época se vieron con frecuencia. Ella hacía el papel de la hija en el Wild Duck, representando a una chica que perdía la vista lentamente, perdida en la crueldad de un mundo adulto que no podía comprender, en las manos de seres que amaba y que creía que la amaban hasta que se rasgó el velo que cubría sus ojos.

Clare se emocionaba con ese papel. Además fue la obra que en realidad la hizo subir. Obtuvo el papel principal en una famosa película, lo que le proporcionó fama y dinero.

—Pero eso no fue actuar —le dijo a Macey.

El le regaló con una de sus maliciosas sonrisas.

— Ya sé lo que fue, querida, y estabas encantadora. ¿Qué tal te sentó que el famoso galán te hiciera el amor?

—Por las mañanas no estaba mal, pero al mediodía solía comer demasiado ajo —replicó ella.

Macey se echó a reír, sus ojos azules brillaban divertidos.

—Pequeña realista, ¿es que no tienes estrellas en los ojos?

Ella abrió mucho sus enormes ojos verdes y lo miró.

— ¡Dímelo tú!

Macey se acercó, fijando su vista en aquellos ojos tan hermosos. La tomó de los hombros, entonces Clare sintió una chispa de alarma al notar algo extraño en su mirada, entonces él se separó, sonriendo con amargura.

— No —aceptó—, ni una chispita.

El famoso actor que la acompañaba en la película resultó ser menos comprensivo. Cuando con frialdad Clare repelía todos sus intentos publicitarios, se volvió petulante. El atractivo rostro que hacía latir a millones de corazones en todo el mundo, tomó una expresión de disgusto. Estaba acostumbrado a conquistas fáciles, y Clare le enfurecía con su resistencia.

— Estúpida, frígida —le gritaba durante uno de sus desastrosos enfrentamientos, mientras Clare se reía de su expresión incrédula y molesta.

—Todo el mundo espera que seamos pareja —decía furioso—. ¿Es que quieres arruinar mi carrera?

Clare se tuvo que morder el labio para reprimir la sonrisa que estaba a punto de salir. El se dio cuenta, sin embargo, que la escena la divertía y eso le enfureció aún más.

—No podré mirar a la cara a la gente —rugió-. Se reirán de mí si se enteran que me has rechazado. Está en todos los periódicos, todo el mundo está esperando que nos vayamos a vivir juntos.

— No deberías leer tu propia publicidad -le aconsejó ella con suavidad.

Sintió pena al verle en ese estado. Bajo aquel rostro atractivo y aquel físico perfecto, yacía la mentalidad de un adolescente. Estaba tan acostumbrado a que las mujeres se le rindieran, que no sabía qué hacer ante el rechazo de Clare.

-¿Qué les voy a decir? -preguntó, como un niño asustado.

—Trata de actuar un poco — le sonrió Clare—. Ya es tiempo de que aprendas a hacerlo.

El se marchó, parecía Hamlet asomado a las terrazas de Elsinore, sus ojos delataban lo ofendido que se sentía.

La carrera de Clare, después de esa película, había subido como un meteoro. Se hizo famosa, su rostro y su figura eran reconocidos donde quiera que fuese.

— En especial tu figura es lo que la gente reconoce de inmediato —le decía Macey—. ¿Y quién puede culparlos por eso?

Clare había aprendido a cuidar muy bien su aspecto. Sabía cómo presentar la imagen que el público esperaba de ella. A los veintisiete años era una mujer fría, ambiciosa y de ideas claras. Se había hecho famosa con el cine, pero seguía prefiriendo el teatro pues se sentía mejor ante un público real. La comunicación con el público que existía en un escenario, le parecía más importante que todo el dinero que pudiera ganar con una película.

— Aunque, claro, el dinero es agradable —admitió ante Macey, quien la miraba al mismo tiempo burlón y admirativo.

— Y. claro, la pobreza te sienta muy bien —dijo arrastrando cada palabra.

— ¡Sarcástico! —rió la joven.

Macey era su puente a la realidad. No permitía que perdiera la cabeza con toda la adulación. Sus ojos fríos e irónicos desinflaban cualquier vanidad en un segundo.

La joven le sintió moverse inquieto a su lado. Su éxito no lo había hecho invulnerable a la tensión que le ocasionaba cada nuevo intento. La obra que la chica leía era lo último que había escrito. Clare era la

primera en leerla, y Macey esperaba nervioso el veredicto. El papel central parecía estar hecho para ella. Macey no intentó disfrazar el hecho. Su intenso análisis de la personalidad de la joven, no era ninguna sorpresa para ella. Conocía muy bien la capacidad de Macey para leer en la mente humana. Pero una de las escenas la dejó sin habla. De repente la chica se sumergía en un monólogo que dejaba entrever, que aunque Clare jamás había confiado del todo en Macey, él, de alguna manera, había podido descifrar algo parecido a lo que le ocurrió y que trajo consigo su hermetismo, protegiéndose de cualquier relación, física o emocional.

Era la tercera vez que Clare leía la escena. Terminó de leer la obra con rapidez, luego cerró el guión y se volvió a Macey.

El notó la acusación en las pupilas femeninas y levantó las manos en un cómico gesto.

— ¡No dispares! ¡Soy inocente! —Y astuto —recalcó ella irritada.

— ¿Adiviné? — Macey la observaba, tenía una ceja levantada y los labios apretados.

—No estoy muy segura de querer ver mi pasado desenterrado en público, y que los restos sean recogidos por un literato cualquiera.

— Lo siento, señora —se burló Macey con ternura.

— ¡Más aún cuando sólo estás adivinando!

—Pero, es una buena obra ¿verdad?

— Eso es todo lo que te importa —replicó ella—. ¡Eres un caníbal! Los ojos azules del hombre bajaron la vista.

— No la utilizaré sin tu permiso. Creo que no tengo que decírtelo, ¿verdad, Clare?

Ella acariciaba las hojas de papel, con la vista fija en el jardín. La costa a sus pies bailaba bajo el sol. Macey había alquilado la casa a un hombre de negocios inglés, quien la utilizaba para sus vacaciones anuales. Cuando Clare aceptó quedarse, no sabía que Macey estaba escribiendo. La primera semana la pasó tomando el sol, o nadando en la gran piscina de la casa. Macey trabajaba con dedicada concentración, y sólo aparecía durante las comidas, o por las noches.

Tuvieron algunos invitados esa semana, todos gente de teatro, amigos tanto de Clare como de Macey. La conversación se limitaba al tiempo y a chismes de la profesión. Todos querían descansar y olvidarse del trabajo. Los demás se habían marchado el día anterior, todos bronceados y protestando por tener que volver a Londres después de los días pasados al sol. Ahora Macey y Clare estaban solos en la villa.

Eso no la preocupaba. Estaba demasiado acostumbrada a la presencia de Macey como para pensar en él como algo más que en el

amigo y aliado que se había convertido para ella a través de los años.

— ¿Y bien? —preguntó Macey. Ella se volvió a mirarlo—. ¿La harás? —le preguntó insistente.

—Trata de impedírmelo —la sonrisa de la joven le hizo saltar de alegría.

—Tienes un gusto impecable… ya te lo he dicho antes. Ella rió de buena gana.

— ¡Adulador! —cogió el montón de papel, hojeando las páginas—. Primero tendrás que interesar a un productor.

— Ya tengo uno —dijo él con pretendida indiferencia. Ella se enderezó en el asiento.

— ¿Quién?

—Phil — Macey se estiró con pereza-. Hablamos de esto hace tres

meses. Le delineé la idea y dijo que le gustaba. Quería una nueva obra para la primavera.

—Pero si no la ha leído…

—Quería que tú la leyeras primero. No podía hacer nada si tú rechazabas la idea.

— Es buena —dijo ella con amabilidad—. Demasiado buena para mí, Macey.

El volvió la cabeza. Macey tenía un aspecto muy especial, la inteligencia de sus ojos acentuaba el impacto de sus rasgos. Tenía una boca perfecta e inflexible.

— Ahora que tengo tu promesa de llevar el papel principal, nada se interpondrá en mi camino. ¡Eres una gran estrella, querida!

— No sé por qué te hago caso -dijo Clare divertida.

— Porque me amas —murmuró Macey, con una mueca burlona

— ¿Oh, es eso? No lo sabía.

Ella notó el brillo de los ojos azules y le oyó reír con amargura.

— No me sorprende que nuestro famoso amigo dijera que eras una pequeña tonta frígida —agregó Macey arrastrando las palabras.

Ella le había contado su último encuentro con el rompecorazones del celuloide. Le dijo a Macey todo… todo excepto lo único que le haría comprender su actitud.

El teléfono sonó y gruñendo Macey se puso de pie.

—No creo que sea nadie son quien quiera hablar, pero supongo que tendré que contestar.

Ella le observó alejarse. De vez en cuando creía ver una ligera semblanza entre Macey y el hombre que la había destruido emocionalmente hacía tantos años. No era en los rasgos donde encontraba el ligero parecido… más que nada en su color, en su tamaño. De vez en cuando podía sentir que su corazón se incomodaba

al ver a Macey moverse, en especial cuando no le podía ver la cara.

La obra de Macey le había traído todo a la memoria. Durante nueve largos años había guardado esos recuerdos en el fondo de su mente, pero no podía olvidar ni un segundo de aquella terrible noche.

Se quedó recostada en la tumbona, dejando que el sol bañara su cuerpo mientras oía con deleite el suave murmullo del mar.

Debo tener una gran capacidad para amar, pensó con ironía. Soy una mujer que puede concentrar gran cantidad de odio.

Sólo le vio una vez y por poco tiempo, pero si cerraba los ojos, sabía que podía recordarle con toda claridad.

Todos los hombres que conoció después fracasaron en sus intentos de romper el hielo que la rodeaba desde esa noche.

Ahora ese hombre era tan sólo un mito, algo poco real que la había ayudado en su etapa de formación y de alguna manera, pensó Clare con amargura, le debía cierta gratitud. Era tan joven e inocente, incluso demasiado para su corta edad; aturdida por un Londres desconocido. Si no lo hubiese conocido esa noche, tarde o temprano hubiera conocido a otro que le hubiera hecho lo mismo, pero tal vez causándole mayores traumas. El había sido como una clara advertencia. Con aquella experiencia, la chica aprendió a mantenerse a suficiente distancia de los hombres y a impedir que la chantajearan, o la compraran. Había llegado a la cima de su profesión a base de talento, rechazando todos los demás caminos más rápidos y fáciles para alcanzar su objetivo.

No tenía la menor ilusión al respecto. Tuvo miles y miles de oportunidades. Clare sabía que muchas chicas ambiciosas aceptaban las propuestas, pero la verdad era que ella no había visto que eso las ayudara a llegar muy lejos. A fin de cuentas, el talento era lo único que importaba.

Clare cambió radicalmente desde aquella fiesta de año nuevo. La chiquilla inocente y de grandes ojos verdes se había convertido en una mujer de veintisiete años, sofisticada y sensual, cuyo maravilloso cuerpo decoraba todas las portadas de .revistas y periódicos. Su cabello estaba cortado en pequeños mechones que revoloteaban por su cabeza, haciéndola parecer un muchachito muy sexy, hasta que la vista caía en las hermosas formas bajo el cuello.

El viento jugaba con los rizos dorados de la joven. Macey se inclinó a retirarlos del rostro femenino con una suave caricia.

—Era Rowena.

— ¿ Rowena ? -preguntó ella.

—Está en Niza y nos invita a cenar esta noche.

— No aceptaste, ¿verdad? —Clare se sentía demasiado a gusto

como para tener que aguantar a gente esa noche. No quería ni moverse. Había trabajado muy duro ese año, y en realidad ése era su primer descanso.

—La gente no rehúsa las invitaciones de Rowena.

—Yo sí.

Macey rió con sequedad.

— ¡Seguro! Si le tienes un miedo tremendo.

— ¿Y quién no? —Clare le sonrió, sus ojos estaban ocultos bajo las gafas de sol. Rowena poseía una mirada de hielo para cualquiera que intentara tratarla como algo menos que la cima de la perfección. Llevaba allí cuarenta años; era una diosa idolatrada, sonriendo condescendiente a sus adoradores, y su más mínimo comentario era considerado como palabra divina. Clare no se atrevía seriamente a desafiar la divinidad de Rowena.

— ¿A qué hora nos tenemos que ir? —preguntó suspirando, resignada.

— A las seis y media —le dijo Macey, mirándola divertido—. Lo cual te da el tiempo justo para embellecerte, si empiezas ahora —sus ojos se burlaban.

—Tengo demasiada pereza como para golpearte —le dijo ella, estirándose con un movimiento cargado de tal gracia que Macey no podía quitarle los ojos de encima. Clare se daba cuenta de cómo la miraba, pero estaba demasiado acostumbrada para notar algo más que la admiración de Macey por las sensuales líneas de su figura. Macey era hombre, muy hombre, pero Clare no se sentía incómoda cuando la miraba. La costumbre la hacía sentirse segura con él.

—Nunca has trabajado con Rowena, ¿verdad? —le preguntó Macey más tarde, ella sacudió la cabeza—. ¿Te gustaría?

El tono de su voz la hizo volverse de repente, y mirarle con fijeza. Se dio cuenta en un instante y sus grandes ojos verdes se abrieron con incredulidad.

— ¿No estarás pensando en contratarla para el papel de la vieja bruja dueña de la pensión, verdad?

Macey esbozó una sonrisa.

—Supongo que podría leerla. Clare soltó una exclamación.

— ¡Tienes valor, eso te lo aseguro!

— Por supuesto —admitió él con satisfacción—. Soy un genio.

— Y modesto, además —dijo ella echándose a reír. Mirándole divertida agregó—: Querido Macey, ella ni siquiera se lo plantearía.

— Ya veremos —dijo Macey.

— ¿En quién piensas para hacer la parte del viejo? ¿Quién es tan famoso que arrastraría multitudes aunque sólo fuera para leer las

páginas de un directorio telefónico?

—Quiero al mejor.

— Ya veo. Me debo sentir honrada de que hayas Venido a mí primero.

—Claro que sí —le advirtió con una sonrisa maliciosa que hacían sus ojos brillar igual que el mar—. Los vas a maravillar a todos.

— No creas que no puedo leer dentro de ti. Espero parte de las ganancias... un cincuenta por ciento, creo. Después de haber sido tan exhaustivamente analizada, supongo que lo merezco.

— ¿No estás enfadada? —la miraba con intensidad.

Clare le estudió con cuidado.

— ¿Te importaría si lo estuviese?

—Podías intentar comprobarlo.

—Sí, podría —Clare cerró los ojos y se quitó las gafas—. Lo pensaré.

Se hizo un gran silencio. Los olivos se mecían con la brisa del mar mientras que una abeja zumbaba al tiempo que saltaba de rosa en rosa.

— ¿Adiviné mucho, Clare?

La cuidadosa pregunta la hizo ponerse tensa, pero mantuvo cerrados los ojos y la expresión de su rostro no dejaba ver nada.

— ¿Mmm? —murmuró con voz adormilada.

— ¿Fue así cómo ocurrió?

— ¿De qué estamos hablando? —preguntó ella fingiendo un bostezo.

— Algo así ocurrió —siguió Macey imperturbable—. Cuando te conocí, ya estabas cerrada y te has mantenido así desde entonces. Al principio creí que eras fría solamente, pero a través de los años que te conozco, he llegado a la conclusión de que no es así. Alguien, alguna vez, te lastimó tanto que no has querido darle a nadie la oportunidad de volver a hacerlo.

—Gracias, doctor Freud, y buenas noches -murmuró Clare, dándose la vuelta.

El rió con suavidad.

— Está bien, no hablaré más del asunto, pero eres demasiado bella para desperdiciarte en el desierto, Clare. Durante todos estos años, jamás has mirado dos veces a nadie, pero en el escenario te enciendes como si estuvieras llena de electricidad. Y está allí, esperando al hombre indicado —su voz adquirió un tono profundo, áspero—. ¿Qué es lo que buscas, Clare? ¿No me conoces lo suficiente como para darme una pequeña pista?

—Te quiero mucho, Macey —dijo Clare con los ojos aún cerrados,

haciendo un esfuerzo para mantener su voz tranquila-, pero si no te callas, tomaré el primer avión de regreso a Londres.

Después de eso, él no dijo más.

CAPITULO 3

CLARE se sumió en un relajamiento físico que no concordaba en I lo más mínimo con la confusión de su mente. Macey y su estúpida obra le habían hecho revivir todo. Tenía fresca en la memoria la imagen de aquella chiquilla de dieciocho años despertando una mañana entre los brazos de un extraño, inmersa en una marea de romanticismo que había terminado en lágrimas y dolor.

Luke le había parecido tan irresistible que se pasó de romántica; ciega, creyendo que el verdadero amor se encontraba con tanta facilidad. Aquella noche no veía nada más allá de cada momento mágico. Mientras la besaba, ella se dejaba llevar por el placer, sin sospechar nunca las verdaderas intenciones de aquel hombre, puesto que para ella el amor había sido siempre una cuestión emocional, más que física.

La gran humillación de despertarse, sobria, y darse cuenta de la realidad, de cómo la había considerado, del papel que le había asignado, la acompañó desde entonces. Había despertado a una realidad tan cruda que prometió que jamás volvería a pisar los traicioneros reinos del amor.

Macey tan sólo había rozado la verdad, y en su obra la traición de que era objeto la heroína se basaba en circunstancias muy diferentes, pero eso era suficiente para hacerla desconfiar de su amigo. Veía demasiado y era muy astuto.

Desechó sus pensamientos y se puso de pie. Macey parpadeó, mirándola con ojos entrecerrados.

-Creo que nadaré un poco antes de ir a cambiarme para la cena -le dijo ella dándole la espalda.

— Muy bien -murmuró él con pereza-. Yo me quedaré aquí mirándote. Es muy agradable hacerlo.

Ella intentó sonreír, pero su boca permaneció rígida. Sabía que Macey miraba con interés hasta el más mínimo de sus movimientos.

Fue hasta la piscina con la mirada de él fija en su figura, luego se sumergió en el agua. Dio algunas vueltas, dejando que el sol iluminara su piel.

Es una pena que tengamos que ir a Niza, pensó. Estaba disfrutando mucho esos días de descanso. Las tensiones del trabajo se habían desvanecido. Necesitaba esos días de sol.

Salió de la piscina y Macey se estiró. La miraba con fijeza mientras se acercaba hasta él, el hermoso cabello chorreaba agua.

— Nadas como un pez -le dijo, recorriéndola con los ojos-. Pero no tienes su forma.

— Menudas formas puede tener un pescado —se burló Clare mientras se dirigía a la casa.

— Si yo escribiera palabras que quemaran el papel, tú te echarías a reír -replicó él con sequedad.

— Si lo hicieras, estarías perdiendo tu tiempo, ¿no crees? — ¿Crees que no lo sé? —una chispa de rabia resonó en su voz, que hizo que la joven se alarmara de repente. Se volvió a mirarlo nerviosa, pero entonces vio la fría sonrisa dibujada en el rostro masculino.

Se separaron y Clare fue a su dormitorio para ducharse y quitarse el cloro del cabello antes de secarlo y peinarlo, dejando que las suaves ondas doradas le enmarcaran la sofisticada belleza que el verde de sus ojos acentuaba aún más.

Se sentó en el tocador envuelta en una gran toalla, mientras se cepillaba el cabello. El ruido del secador le impidió oír la suave llamada en su puerta, pero cuando Macey se asomó, ella se volvió a mirarlo sorprendida.

—Llamé —dijo él sonriendo—. Me olvidé advertirte... Rowena me indicó que se pensaba vestir de azul, así que será mejor que te olvides de ese color.

Los ojos de Clare chispearon.

— No me tientes.

— Ni lo sueñes —dijo él con sequedad—. Ella jamás te lo perdonaría.

Clare asintió, encogiéndose de hombros.

—Está bien.

Se volvió al espejo y continuó arreglando su cabello, pero Macey no se fue. Le sentía tras ella, inmóvil, pero podía escuchar su respiración. Le miró de reojo, entonces lo que vio en sus ojos la llenó de temor. Macey le regaló una sonrisa algo despreciativa y salió de la habitación.

Clare notó que se había sonrojado. Macey la había mirado de forma tan extraña, con la boca muy apretada y los ojos a medio cerrar.

Trató de convencerse de que era su imaginación. Macey se había mostrado atraído hacia ella, pero de eso hacía muchos años. Durante mucho tiempo había dejado de hacer o decir nada al respecto.

Aunque Rowena pasaba de los sesenta, seguía siendo un reto que ninguna actriz podía rehusar. Clare se arregló con mucho cuidado para esa noche. Rowena era famosa por su aspereza cuando estaba bajo determinados estados de ánimo. La gente la aguantaba porque no tenía más remedio. Los genios se rigen por sus propias reglas, y nadie

dudaba del genio de Rowena. Clare la admiraba, la reverenciaba, y la tenía miedo. Aquellos ojos azules, fríos como el mármol, podían aniquilar con una sola mirada. Su ingenio podía ser devastador, y Clare no tenía la menor intención de convertirse en el blanco de las burlas de semejante mujer.

Macey la vio cuando por fin estuvo lista.

— ¿Vas bien preparada, verdad querida?

— Absolutamente. Conozco a Rowena —asintió ella.

—Ceo que no - le informó Macey—. Puedes creer que la conoces, nada más. Creo que Rowena nos invitó esta noche para examinarte con cuidado. Ella siempre suele mostrarse interesada por sus posibles contrincantes.

— ¿Yo? Yo no puedo ser una amenaza para ella.

—Cualquier actriz menor de sesenta años es una amenaza para Rowena.

— Bueno, entonces creo que también a mí me toca algo -dijo ella j sonriendo.

— No bromeo, Clare. Mantente en guardia todo el tiempo que estemos allí.

— ¿Y qué crees que es todo esto? -le preguntó, haciendo una graciosa pirueta.

—Lista para la batalla, por lo que veo -admitió Macey, mientras sus ojos recorrían cada detalle de la joven-. Eres maravillosa cuando te preparas para matar.

— Admiro a Rowena, pero no voy a dejarme tratar como si fuera una actriz de segunda. La he visto hacerlo. ..y a mujeres que tenían lo suyo. Sin embargo, conmigo no, Macey, ¡Rowena no me va a humillar!

— Si fuera un hombre inteligente, me quedaría en casa a ver la televisión —gruñó Macey.

— No, no lo harías, porque las tormentas y la sangre son tu dieta de todos los días.

— Mientras no resulte una masacre -dijo Macey al tiempo que salían.

— ¿Cuál de nosotros dos será el condenado a la carnicería? ¿O prefieres que lo adivine?

Macey la miró de reojo mientras encendía el motor del coche.

—Querida, eres astuta, pero Rowena lleva haciendo esto desde antes de que tú nacieras.

— Entonces, ya es hora que deje de hacerlo. —No. Rowena, aguanta todo.

Clare rió.

— ¿Estás tratando de asustarme?

—Sólo de advertirte. Te quiero y no me gustaría verte entre los dientes de. Rowena.

Se dirigían a Niza con calma. La ciudad yacía bajo el sol del atardecer, con sus casas sembrando empinadas colinas, todas con un gracioso toque pintoresco con sus paredes blancas y sus rojos techos a dos aguas.

Macey le lanzó otra mirada.

—Querida, cuando hayas estado con Rowena en un escenario, sabrás por qué es mejor mantenerse de rodillas que luchar contra ella. ¡El público ni siquiera se imagina lo que pasa! Se arreglará el cabello, o se alisará el vestido y todos los hombres en el teatro estarán observándola, porque Rowena hace que la gente la mire. En el escenario es como un imán. Aun sentada, inmóvil, atrae a la gente. Si lo decide así, puede destruir a cualquiera que esté actuando con ella. Así que ten cuidado, Clare. No trates de luchar contra ella de frente.

Ella sonrió.

— Está bien, Maquiavelo.

Al llegar a la villa de Rowena, fueron conducidos a una gran habitación llena de gente. Al poco tiempo Clare dividió a los invitados en tres grupos y otro aparte... el de Rowena, ella siempre era como una multitud por sí misma.

Iba vestida con un elegante vestido azul de cuello alto y manga larga, que la hacía más alta y atractiva que nunca. Alrededor de cien cadenas de oro colgaban de su cuello. La mujer se adelantó acompañada por un sonido de pequeñas campanitas. Aunque contaba con más de sesenta años, parecía tan joven que Clare apenas podía creerlo. Se movía como una chiquilla, ocultando las arrugas de su largo cuello con la parte superior del vestido. Su piel era suave. Sus ojos azules eran enormes, brillantes y muy observadores.

Clare vio cómo acercaba su mejilla a la de Macey.

— ¡Querido Macey, qué gusto verte! Eres muy amable por dedicar un poco de tu precioso tiempo para venir a verme.

— Lo dejé todo y corrí hasta aquí —dijo Macey haciendo acopio de su encantadora sonrisa.

— Adulador —dijo Rowena, encantada con el piropo.

Macey tomó su mano y se inclinó con elegancia para rozarla con sus labios.

—La amable fuiste tú al invitarnos... estamos felices de estar contigo.

Rowena se volvió a Clare. Clare sintió la fuerza de su mirada atravesarla.

— Estás muy linda, querida —dijo Rowena con su preciosa voz,

aunque con bastante frialdad.

Clare la miró anonadada. Y no estaba actuando. Se sentía apabullada allí, delante de la mujer cuya capacidad como actriz ella siempre había admirado, casi hasta el punto de la adoración. Había visto a Rowena otras veces, pero jamás se había sentido traspasada por su mirada. Rowena sólo se fijaba en las personas que consideraba dignas de su atención, y hasta ahora Clare no había alcanzado esa altura.

Ahora los intensos ojos azules la taladraban, y no tenía necesidad de fingir azoro. Estaba azorada.

Rowena, de cerca, era aterradora.

—Te vi en el Wild Duck —comentó Rowena con aquella voz que podía penetrar hasta las más oscuras profundidades-. Una excelente actuación. Yo representé ese papel hace algunos años.

Unos cuarenta años, por lo menos, pensó Clare, recordando la fecha en que Rowena estrenó esa obra.

En voz alta dijo:

—Esa es una de las dificultades de los clásicos. Una siempre es consciente de las grandes actuaciones del pasado, temiendo no poder estar a la altura.

—Pero hay que intentarlo, querida —la conminó Rowena con tal suavidad que Clare no pudo evitar sonreír, aunque se daba cuenta de la saña oculta de aquellas palabras.

— ¿Y ahora qué haces? -preguntó Rowena con aparente interés.

Clare la miró inocentemente.

— Me temo que estoy en espera de algo.

La sonrisa de Rowena parecía un milagro de benevolencia.

— Ya vendrán, querida, ya vendrán —se volvió haciendo un gracioso gesto con la mano—. ¿Ya conocen a mi marido?

Clare estrechó la mano de Ted Kilby intercambiando con él una sonrisa. Era un pintor que pasaba la mayor parte de su tiempo en el sur de Francia, según le había contado Macey. Un poco calvo, bajito y robusto, con grandes manos y una manera muy seca de hablar, permanecía alejado de la vida pública de Rowena. Sin embargo, llevaban casados más de treinta años, y parecían ser una pareja ideal.

De cualquier manera, Rowena tenía poco tiempo para su vida privada, y Ted Kilby con su remota personalidad parecía ser su tipo

ideal.

—Este es mi administrador —siguió presentando Rowena, llevando a Clare del brazo—. Bob Ryland.

Era un hombre de unos cuarenta años, de maneras suaves, elegante en el vestir, con una sonrisa quizá demasiado fingida. Clare no le hizo

mucho caso. Sentía que la expresión de sus ojos al mirarla la molestaba sobremanera.

— Y, claro, ya conoces a Ray —dijo Rowena. Clare se volvió sin mucha gana.

-Hola, Ray.

—Hola —respondió Ray Gordon, con sus ojos oscuros mirándola con frialdad. Ray estuvo enamorada de Macey por algún tiempo; Macey o no lo sabía o prefería no admitir que lo había notado. Clare sabía que la hostilidad de Ray hacia ella se debía a los celos, pero no hacía demasiados esfuerzos por aclarar que aquellos celos eran del todo injustificados. Si creyera que Macey correspondía a los sentimientos de Ray, haría algo al respecto, pero como su amigo no mostraba la menor intención de hacerlo, prefirió olvidar el asunto.

Alta, lánguida, con una hermosa cabellera y una hermosa piel de suavidad extraordinaria, Ray era una actriz de talento. Además, era sobrina de Rowena. Clare se había olvidado de eso. Rowena no tenía hijos propios, y siempre hizo público su cariño por Ray, orgullosa de su talento y dispuesta a ofrecerle ayuda si era necesario.

De cualquier manera, Ray podía salir adelante por su cuenta.

— ¿Qué quieres beber? -preguntó Bob Ryland en voz baja.

— Un martini seco, por favor -contestó ella con una sonrisa.

— ¿Estás alojándote en la villa de Macey? —preguntó Ray con timidez, bajando los ojos.

-Sí.

—Graham y Liz también están allí ¿no es cierto? — murmuró Ray.

—Se marcharon ayer -dijo Clare, y los oscuros ojos de Ray parpadearon antes de levantarse. Dirigió una mirada de reproche a Macey, quien le hizo caso omiso.

Macey se volvió para tomar la copa que le ofrecía Bob Ryland, mientras Ray le miraba con una intensidad que hizo sentirse mal a Clare. Oh, Dios, pensó. Pobre Ray ¿Cómo puede tener esos sentimientos por un hombre que la ignora?

Ray era muy hermosa, y no podía ocultar sus sentimientos. ¿No le importaría que todos adivinaran lo que sentía por ese hombre?

Por medio de un espejo, Clare pudo ver a Macey. Su piel bronceada brillaba, sus ojos inteligentes parecían ocultos bajo sus párpados. No había el menor signo de expresión en su rostro, sin embargo, ella conocía bien la mirada que traicionaba los más íntimos pensamientos de Macey. Cuando estaba inmerso en la observación, tomaba esa actitud. Su cerebro bullía bajo el velo de sus ojos.

El se volvió al espejo y la miró. Macey no sonreía. Sólo la miraba y fue ella quien tuvo que rehuir esa mirada, sintiendo un escalofrío.

A veces sentía miedo de Macey, y ése era uno de esos momentos. El hombre frío e impasible que la acababa de mirar la hizo alarmarse. El calor y la vitalidad de Macey no eran más que sombras de lo que en realidad ocurría tras la máscara de su rostro. La mente que había creado sus famosas obras parecía pertenecer a otro rostro y Clare pensó que sabía muy poco de lo que sucedía en el fondo de la mente de su amigo.

Rowena vio a Clare aceptar la copa que le ofrecía Bob Ryland.

— Estamos esperando a otro invitado —le dijo a la joven casi con malicia—. Cruza tus dedos para que su avión haya llegado a tiempo.

Clare le miró interrogativa, sonriendo.

— Es el ahijado de mi esposa -explicó Ted Kilby-. Debió llegar esta tarde de Estados Unidos y Rowena espera que venga a cenar, si no está muy cansado por el viaje.

Poco después sonó el timbre, y al instante Rowena gritó feliz...

— ¡Aquí está, aquí está!

Aquello era parte de su actuación. Tal vez nunca en su vida había sido espontánea. Sin embargo su sonrisa parecía auténtica y fue hasta la puerta con los brazos abiertos murmurando una bienvenida calurosa.

Clare miró hacia la puerta, entonces todo el color desapareció de su rostro al reconocer al hombre que saludaba a Rowena.

Las manos le empezaron a temblar. El líquido de su copa se derramó y Macey la miró tajante. La joven trató de sobreponerse, luchando contra el impulso de salir de la habitación. Oía a Rowena hablar exaltada, pero no podía entender una sola palabra. Se quedó inmóvil, mirando al recién llegado, temblando tanto que tuvo que dejar su copa.

Volvió los ojos, y se encontró con la mirada de Macey fija en ella. Sintió que el color le volvía de repente, y bajó la vista.

Seguía igual. No había cambiado. O al menos así le parecía. Quizá con algunas hebras plateadas en el cabello. Sus rasgos eran más arrogantes de lo que podía recordar. Ahora le veía con más claridad, con mucha más claridad que aquella primera vez. Ahora podía leer la sensualidad en la línea de su boca, la crueldad en sus ojos grises.

Levantó los ojos y los volvió a fijar en él. El velo que había cubierto sus ojos empezó a desvanecerse. Se sintió helada. Estaba hablando con Ray, tomándola de la mano y mirándola con el encanto estudiado que Clare reconoció con dolor. Ray hablaba con desenfado, sonriendo. Era obvio que se conocían bien. Rowena los miraba con indulgencia. ,

Clare buscó su copa. La llevó a su boca y la vació de un trago.

Quizá el alcohol la ayudaría. Tenía que superar la impresión del momento. ¿Sería tan buena actriz como para poder ocultar sus sentimientos?

Macey ya lo había notado. Lo supo por la forma en que la observaba, con una mirada fija e intensa. Pero no era la observación de Macey lo que la alteraba. Una sensación terrible la recorría al imaginarse cómo la miraría Luke en esos momentos.

Todavía no la había visto. Los dientes de la joven se apretaron al pensar en ello.

Estaba tan tensa que las manos le sudaban. Si hubiera sido capaz, ya se habría servido otra copa, pero no quería hacer nada que atrajera la atención de los demás. Tenía que quedarse donde estaba, como una tonta, temblando y enferma de rabia y de vergüenza.

Aún después de nueve años, el recuerdo de su humillación, era tan fuerte que todo su aplomo la abandonó.

Rowena abrazó a Macey cariñosa, diciendo:

— Macey querido, éste es mi ahijado, Luke Murry. Luke, éste es uno de nuestros grandes nuevos talentos... Macey Janson.

Macey le estrechó la mano, su voz era muy fría y esbozó una sonrisa. Clare intuyó los sentimientos de Macey, y supo que no le había gustado Luke. No era frecuente que Macey rechazara a la gente, pero Luke le disgustó desde el primer momento.

—Su última obra fue estupenda -le dijo Luke-. Me fascinó. Cuando la leí me pareció distinta. Pero en el escenario tenía algo que no pude captar muy bien.

— ¡Oh! —exclamó Macey con indiferencia mal disimulada. Luke le miró y sonrió de nuevo, Clare notó el encanto que tan bien recordaba y notó que no llegaba a Macey, quien permanecía impasible.

—Ese segundo acto fue extraordinario -continuó Luke.

— Luke es un hombre de negocios, pero está muy interesado en el teatro -le dijo Rowena a Macey, mirándole sorprendida al notar su poco interés.

— Mi compañía trabaja con componentes del hierro —explicó Luke.

—Fascinante —dijo Macey con frialdad.

Rowena soltó una risita artificial.

— No seas pesado, Macey —la mirada ofendida de la mujer le estaba advirtiendo que se compártase mejor, pero al ver que el hombre permanecía impasible, se volvió a Clare:

— Me había olvidado de ti, querida. Luke, ésta es Clare Barry. Clare se acercó, tensa, con el estómago encogido de miedo. Luke la miró sonriente. El extendió la mano, y ella, temblando, se la estrechó.

No la recordaba.

—Te reconocí, claro —dijo sin soltarle la mano. Los ojos grises brillaban burlones, tal y como ella lo recordaba-. El año pasado Nueva York se inundó con fotografías tuyas. No se podía caminar una sola manzana sin toparse con tu hermoso retrato.

No supo cómo, pero Clare se las ingenió para fingir desenfado.

— ¡Vaya, qué pena!

—Oh, los eché de menos cuando los quitaron -dijo él, alzando una ceja—. Tú iluminabas mis mañanas.

— Me alegro —replicó la joven soltando su mano. Un odio tremendo la embargaba. Apenas podía controlar el impulso de restregar la mano contra su vestido y limpiarla de aquel contacto. No la había reconocido, excepto como la estrella de una película. No podía creerlo. Aquellos ojos grises no denotaban más que adulación hacia ella, y la acostumbrada invitación sexual de un hombre que gusta de las mujeres, y es por lo general correspondido.

— ¿Cómo fue la filmación en el desierto? Me imagino que no muy cómodo —le preguntó sonriente.

—No mucho —admitió Clare. Levantó su hermosa cabeza dorada y le regaló una de sus más artificiales y encantadoras sonrisas—. Lo único comestible era la arena. Había moscas por todas partes. El maquillaje se derretía y todo el mundo hervía de calor y mal genio. Yo estaba sedienta y sudorosa todo el tiempo. No me gustaría nada volver a trabajar en esas condiciones.

Hablaba con voz ligera, pero hasta cierto punto algo temblorosa, parecía que se le iba a cortar en cualquier momento. Macey la miraba con fijeza, y ella evitaba aquellos ojos, porque Macey era demasiado rápido, demasiado astuto, demasiado peligroso. No estaba muy seguro de lo que había notado, pero sabía que había visto algo, y que no quería darle mayor información con su expresión. Sus ojos la delatarían si Macey se encontraba con ellos.

— Fue una buena película —dijo Luke Murry. Ella mantenía la vista fija en su boca, esforzándose por reprimir el asco que sentía, porque el movimiento de aquellos labios le recordaba la sensación que tuvo al sentirlos sobre los suyos, y el increíble y destructor efecto que tuvieron en ella aquella noche.

Desde entonces la besaron varias veces, casi siempre en público, y nunca sintiendo placer alguno. Al ver su boca mientras hablaba, sintió que su pulso se aceleraba y se volvió, pues no soportaba el recuerdo de aquella sensación.

Pero él no recordaba nada.

Durante nueve años había marcado su vida, y en cambio él lo

había olvidado todo. La joven había sido una de las tantas que visitaron su cama; una conquista barata que se había encontrado en una fiesta y que no había resultado tan fácil como esperaba. Probablemente ni se acordaba de a quién había llevado a la cama esa noche. Seguro que al despertar y encontrarse solo, ni siquiera pensó en lo que había pasado durante la noche. Ella no significó nada para él, sin embargo, ese hombre había constituido la experiencia de toda su vida.

Se hizo un silencio incómodo.

Ella le miró de nuevo, ruborizándose. Todo el mundo tenía la atención fija en la pareja. Al volver a mirar a Luke notó la burla y el cinismo brillar en sus ojos, y entonces se dio cuenta que le había hecho una pregunta, y estaba esperando la respuesta.

Macey respondió por ella, con voz fría y tranquila..

— Ella dice que su galán solía comer demasiado ajo antes de las escenas amorosas.

Todos soltaron una carcajada. Luke seguía mirándola, la boca apretada con fuerza. No estaba acostumbrado a perder la atención de las mujeres con las que hablaba y eso le molestó.

— No se lo dijiste, ¿verdad? ¡Cielos, su ego no se recuperará jamás! —exclamó sonriendo. Entonces Luke se volvió a mirarla.

Lo recordaba todo. No había un solo detalle de él que no estuviera impreso en su memoria.

Conocía a Macey desde hacía mucho tiempo, sin embargo en una noche Luke Murry había dejado su imagen tan grabada en su memoria que hasta el menor movimiento suyo le parecía más familiar que cualquier gesto de Macey.

La joven se volvió para encontrarse con la mirada de Macey. Deseó no haberse vuelto en esa dirección. Los ojos masculinos la miraban reprochadores, y tenía el ceño ligeramente fruncido. Su boca se mantenía firme y dura, y la línea de su gesto no se suavizó al mirarla de frente.

El se acercó un poco, y la joven, en un instintivo impulso de distraerlo, deslizó una mano por su brazo, esperando que no notara su temblor, sonriéndole al tiempo que se apretaba contra él.

Macey no le devolvió la sonrisa, pero apretó la mano fememina con fuerza. La joven notó la dureza en la línea de su mentón. Los ojos azules brillaban con una luz que no conocía, le resultaban del todo extraños.

Sabía que Macey trataba de explicarse su reacción ante la aparición de Luke Murry. Macey estaba sorprendido, y no se daría por vencido hasta averiguar qué era lo que la había hecho palidecer y

temblar con la presencia de ese hombre.

La joven tragó saliva y se dio la vuelta. No soportaría que Macey lo supiera. No debía averiguarlo. Tendría que actuar bien para convencerlo de que todo había sido su imaginación.

Alguien se acercó a ella y Macey se volvió sonriendo.

— Hola, Kate ¿cómo estás?

Clare miró sorprendida a la mujer, entonces Macey intervino.

— No conoces a Kate, ¿verdad? Es la secretaria de Rowena. Kate, ella es Clare Barry.

Kate le tendió la mano, sus pálidos ojos sonreían amables. Parecía tener unos cuarenta años; delgada, sin gracia, pero con una inteligencia que se colaba por sus ojos, además de una muy ligera chispa de humor que parecía no atreverse a salir del todo.

— Kate lleva años con Rowena -le explicó Macey.

—Debe ser usted muy fuerte —comentó Clare, sonriéndole a Kate.

Rowena pudo oír el comentario de Kate.

—Es un fenómeno -dijo Kate con una sonrisa divertida, sacudiendo la cabeza—. Me encanta trabajar para ella. Yo podría ganar más y trabajar menos si prestara mis servicios a alguna compañía, pero aun en sus peores momentos, Rowena sigue siendo un genio, y yo no me perdería un solo día de su compañía.

— Me lo imagino —replicó Clare—. Sin embargo, yo pediría paga extraordinaria si trabajara para ella.

— ¡Por Dios, Clare! —murmuró Macey.

A la joven no le importaba nada. Rió mirándola con ojos traviesos.

— No me va a oír.

Entonces se callaron al oír la voz cristalina tras ellos. Todos alrededor de Rowena se reían en cuanto ella hacía una pausa. Clare reconoció un nombre famoso en la siguiente frase de la mujer, y se preguntaba lo que la eminente actriz diría si pudiera oír lo que Rowena estaba diciendo de ella. Furia hubiera sido una reacción muy débil, pensó la joven reprimiendo una sonrisa. Rowena no perdonaba nada.

—Él había puesto vodka en la limonada —decía Rowena-, y para el tercer acto ella apenas podía caminar... tampoco es que sobria lo hiciera muy bien que digamos. Ebria o sobria, es muy mala actriz.

Kate miró a Clare.

— No es verdad, claro, pero es divertido —se volvió a Macey—. ¿Has traído tu obra?

El le sonrió.

— Por supuesto. Pero no te voy a preguntar cómo ha reaccionado ella ante la idea.

— ¡Y yo no te lo diría!

— Lo sé —dijo él en tono de burla.

— Si no lo supiera, ya habría preguntado -intervino Clare con dulzura.

Macey la miró amenazador, y Kate rió de buena gana.

— ¡De eso estoy segura! Estoy acostumbrada a tratar con estos egoístas sin escrúpulos.

— Eso te pone en tu lugar —le informó Clare a Macey, sonriendo burlona.

Kate les dejó, y Macey se volvió a Clare con una sonrisa forzada.

— Un día yo te pondré a ti en tu lugar —le dijo antes de alejarse. Ella rió, pero al instante dudó sobre lo que le había querido decir.

Tuvo el presentimiento que aquellas palabras tenían un doble significado.

La mesa estaba dominada por la real presencia de Rowena. Acaparaba la atención de todos, con su sonora y hermosa voz, impidiendo que nadie se separara del círculo de su auditorio. Clare descubrió que su cruel ingenio siempre iba acompañado de su hermosa voz, con lo que parecía acentuar la dureza del golpe. Rowena utilizaba su voz como un arma, y esa arma resultaba fatalmente efectiva.

Macey escuchaba y se reía, como si lo único que tuviera en la cabeza fuera Rowena. Pero Clare sabía que no era así. Podía sentir su atención fija en ella aun cuando no la miraba. Macey enviaba vibraciones de pensamientos que Clare recibía con toda claridad.

Estaba curioso, alerta, poniendo sus ideas en orden, y pensando Dios sabía qué cosas.

El astuto y peligroso Macey, pensó Clare mientras bebía su vino y fijaba los ojos en el plato. Tendría que cuidar sus palabras. Aquel hombre podía ver hasta a través de las paredes, y no quería que llegara a adivinar la verdad.

Un día Macey le había dicho: «Es el contexto lo que importa.» Clare se quejó de no haber comprendido. « ¿Qué quieres decir?», preguntó, y Macey repuso que no era tanto lo que se dijera, sino cómo y por qué se decía.

A sí era como Clare se sentía con respecto a la noche pasada con Luke Murry. No era tanto lo que le había hecho, sino cómo y por qué. Si una emoción recta y honorable le hubiera empujado a hacerlo, seguro que no le habría marcado el alma como lo hizo. La había tratado como a una cualquiera, y ella había actuado como tal. No le servía de nada pensar en lo joven e inocente que era, ni tampoco en que no estaba acostumbrada a beber, ni que estaba sola en una gran

ciudad que la desconcertaba y asustaba.

No podía olvidarse de lo que sucedió. Aquella escena le dio una imagen de sí misma que la seguía horrorizando.

No volvería a pasar. Fuera el que fuera el precio a pagar en soledad no dejaría jamás que un hombre se le acercara demasiado.

Desde aquella noche, la sola idea de un hombre tocándola, la hacía estremecerse con repugnancia.

Mientras comía el helado de limón que sirvieron de postre, decidió tranquilizarse ya que Luke Murry no la recordaba. Eso duplicaba su humillación, pero al menos le aseguraba que nadie lo sabría. No podría soportar la idea de que ese tipo pudiera recordarla entre sus brazos.

Con los ojos bajos, miró de reojo hacia donde él estaba sentado, y notó que la miraba. Un frío helado la invadió al percibir el brillo en la mirada masculina.

No la recordaba, no era posible.

Ese hombre no era un actor. No podía haber sido tan astuto como para disfrazar su reconocimiento al verla y haberle hablado con tanta delicadeza y admiración.

La sola idea de que Luke Murry la recordara y tratara de ocultarlo, le hizo sentirse tan mal que a duras penas se pudo tomar el café.

Después de la cena todos se sentaron a charlar mientras Ray tocaba el piano. Antiguos valses adquirían una vaga nota de nostalgia con el suave contacto de su voz.

Rowena hablaba con Macey sobre la nueva obra. Juguetona y coqueta, sacudía la cabeza al pensar en hacer el papel.

— ¿Me imaginas haciéndolo? ¿De verdad, Macey?

—El personaje es patético —dijo Macey, sonriendo adulador—. Una anciana destrozada, pero seguro que al final terminarás por arrancarle las lágrimas al público.

—Parece interesante -admitió Rowena, tentada por la idea de hacer llorar al auditorio—. Una vieja chiflada. ¿Es así cómo me ves? No creo estarlo demasiado, ¿verdad? No discuto, sin embargo, que sea vieja —su risa indicaba que no creía una palabra de lo que decía.

—Tú puedes convertirte en lo que te venga en gana -Macey sonreía con el calor que le caracterizaba y que tanto atraía a la gente -. Nadie podría tratar de emularte, Rowena, jamás.

Rowena se sintió halagada.

— ¿Crees que podría hacerlo? —movió las manos de forma absurda, su rostro de repente se tomó estúpido y vulgar, hasta patético, ocultando su fría inteligencia- . ¿Crees que podría hacer el papel? No sé, de verdad que no sé.

— Eres estupenda —le dijo Macey riendo—. Eres exacta como la veo. Ya verás, ni siquiera necesitarás maquillaje. Eres un camaleón.

Todo estaba muy claro, por fin Clare comprendió que estaba presenciando una actuación de primera. Rowena le sonrió con picardía a Macey.

—Sin embargo, no me gusta mucho hacer algo que no conozco. Es muy cansado para mí. Por eso prefiero hacer reestrenos. Además, no puedo aguantar más de tres meses en cartelera.

—Estarás haciendo algo nuevo —admitió Macey-. Reconozco que es un riesgo, y comprendo también que no quieres trabajar hasta caer muerta de agotamiento.

Rowena le miró admirada.

— ¡Oh, eres aterrador! Demasiado astuto. Sabes decir las palabras adecuadas en el momento preciso. ¿Cómo resistir semejante reto? —miró a su marido—. ¿Qué piensas, Ted? Me siento tentada, muy tentada.

— Lo harás si quieres —respondió con sequedad Ted Kilby—. No vengas ahora pidiendo mi opinión. Sabes bien que jamás me has escuchado.

— Yo escucho a todos —dijo Rowena, abarcando a la concurrencia con un gesto de su mano y sonriendo con fingida dulzura.

— Luego haces exactamente lo que te da la gana —terminó Ted.

—La leeré, no puedo prometerte más. ¿De acuerdo?

— Eso es todo lo que pido —replicó él con suavidad.

Ambos se miraron con gesto sonriente y al mismo tiempo desconfiado.

—Oh, sí —dijo Rowena—. Eres astuto y no me fío de ti.

Poniéndose de pie, la mujer se dirigió al piano.

— ¿Les gustaría escuchar algo de Lehar? ¿No se aburrirán demasiado? -no esperó respuesta y se colocó frente al instrumento.

Macey indicó un asiento a su lado y Clare se acomodó allí.

—Está cayendo -murmuró él divertido.

— Y tiene razón respecto a ti —repuso Clare—. Eres astuto y no se puede uno fiar de ti.

Macey la miró a la cara.

—Sé lo que teme Rowena —dijo arrastrando cada palabra—. Pero ¿a qué le temes tú, Clare?

La joven rehuyó su mirada y se volvió ruborizada, entonces notó

los zapatos negros de Luke Murry a su espalda. Estaba de pie, con un vaso en la mano, observándola. Clare se estremeció.

Le costaba creer estar en la misma habitación que él, respirando el mismo aire.

Rowena cantaba una canción llena de picardía, conteniendo las notas, pues ya no las podía sostener bien, pero todo lo hacía con tal perfección de técnica, que conseguía convencer a todo el mundo de que aún podía cantar. Ray la ayudaba con el piano, cubriendo sus lapsus y subiendo o bajando los tonos según las necesidades de la actriz. Era obvio que habían ensayado el número.

Todos aplaudieron. Poseía la vanidad infantil característica de los viejos, aunada al amor de los aplausos que había desarrollado a través de toda una vida sobre el escenario.

— Macey, ¿has traído la obra? —le preguntó al poco rato. El asintió.

—Está en el coche.

—Ve por ella, ve. Quiero leerla. La leeré en la cama, antes de dormirme. Siempre me voy a la cama a las once, y ya son menos cinco.

Macey y Rowena salieron juntos a buscar el libreto. Clare vio a Ted Kilby con Ray en el piano, y de repente se puso nerviosa. Se volvió en busca de Kate y en ese momento Luke Murry se sentó a su lado, estirando las piernas con desenfado.

— Me preguntaba cuándo tendría la oportunidad -dijo sonriendo. Clare no podía responder, sentía que un nudo le oprimía la garganta.

Se las arregló para levantar las cejas fingiendo sorpresa, Luke Murry rió.

— ¡No pretendas ignorar que he tratado de hablarte toda la noche! Dudó por un momento. ¿Es que él recordaba algo? ¿O estaba jugando al gato y al ratón, y ya se había cansado?

—Janson volverá en un minuto —murmuró—. Debemos apresurarnos. Ven a almorzar mañana conmigo.

Clare le lanzó una mirada inquisitiva. El rostro masculino permanecía imperturbable. Le sonreía, pero sin revelarle la verdad de lo que tanto temía.

-Me temo... -empezó ella, pero él interrumpió la excusa con esa sonrisa burlona tan típica en él.

- No digas que no. Insisto.

Por un momento los latidos del corazón de la chica le impidieron responder. Ella le miró, notando cómo aquel hombre intentaba inundarla con su encanto y sensibilidad.

Ted Kilby estaba tocando el piano. Luke Murry se volvió para mirarle.

— Me encanta esa pieza —dijo, y mirando de reojo a Clare, preguntó—: ¿A ti no?

Ella no contestó.

—Ted, toca un Charleston —pidió Luke, Ted le respondió con una sonrisa y empezó a tocar la odiada melodía. Luke se volvió a mirar a Clare a los ojos.

— Nostálgico ¿no es así? —preguntó con suavidad.

El estómago de Clare dio un vuelco. Sí recordaba.

—¿Comeremos mañana? Te pasaré a buscar al mediodía —le dijo. Macey regresó con Rowena, y Clare sintió al instante su mirada.

Rowena se despedía de todos, le sonrió a la joven.

—Ha sido muy agradable que vinieras -le dijo.

Clare se levantó tratando de controlarse. Luke Murry se puso de pie con ella, pero la joven evitó volver a verle.

Se despidió de todos los que quedaban con una ligera sonrisa. Macey la tomó del brazo. Sus dedos le hacían daño. La chica casi se alegraba de eso; aquel dolor la ayudaba a liberarse de la angustia que la oprimía. Salió con él, deseando no haber aceptado jamás la invitación de Rowena. Si no hubiera ido, no se habría vuelto a topar con Luke Murry.

CAPITULO 4

YA CAMINO a casa, Macey le preguntó en voz baja:

—Está bien, ¿quieres decírmelo?

— ¿Decirte qué? -ella levantó la cabeza con gesto defensivo y lo miró interrogativa.

La boca del hombre se tensó.

-—No pretendas ignorarlo.

— ¿De qué estás hablando?

—Desde el momento en que él entró, palideciste por completo -dijo Macey.

Ella apretó las manos sobre el regazo, mientras él la observaba. De inmediato la joven lo notó y soltó sus manos, pero Macey la miró a la cara con sequedad.

—Te estás imaginando cosas -mintió Clare, tratando de sonreír, pero sin conseguir lograrlo.

— ¡Seguro! -Macey pisó con rabia el acelerador. Clare le rogó asustada:

— ¡Por favor, no vayas tan rápido!

Las manos masculinas apretaron el volante, pero poco a poco Macey fue disminuyendo la velocidad. Con un semblante duro y seco seguía el hombre la línea del camino, ni siquiera los rayos de la luna eran capaces de ablandar sus rasgos.

—El no movió un párpado —dijo con voz tenue—. Es un buen actor. Si no te conociera tan bien, no hubiera notado nada.

Clare se estremeció. Tenía razón: Luke Murry era un buen actor... mentiroso y falaz, como una serpiente al acecho de su presa. La había engañado toda la noche; y ella, confiando en que de verdad hubiera olvidado, cayó en el engaño. Había estado jugando con ella, divirtiéndose. ¡Oh, cielos, le odiaba!, pensó Clare ardiendo en cólera.

Trató de reponerse y controlar sus nervios. ¿Cómo podía perjudicarla Luke Murry? Está bien, lo recordaba. Pero, no iba a andar por allí presumiendo y si lo hacía ¿qué importaba? Ya no estaban en la época victoriana. ¿A quién le importaría?

A mí, pensó ella, temblando. A mí me importaría mucho. No quiero que la gente sepa, y se sonría al mirarme.

Y sobre todo, no quiero que él me mire, y se sonría. Eso era lo que aborrecía... la idea de haber quedado grabada en la memoria de Luke Murry como una conquista fácil, como una prostituta barata.

Eso era lo que no podía soportar.

—Di meló —le pidió Macey.

—No existe ningún misterio -contestó Clare fingiendo desenfado.

— ¿No lo hay? Yo me fío de mis instintos —dijo Macey—. Y me di cuenta que algo sucedió en el momento en que ese hombre entró.

— No seas pesado, Macey —pidió ella, irritada. El se encogió de hombros y frunció el ceño.

—Si no quieres, no me lo digas. Pero si algún día decides que necesitas un amigo para que te escuche, no me olvides.

No podía adivinar. La naturaleza de lo acontecido no podía ni siquiera rozar su mente. Macey era la última persona a quien se lo diría... no podía dejar que supiera lo que pasó aquella noche. La miraría de otra manera, estaba segura. Macey tenía una imagen concreta de ella, y no podía permitir que se destruyera.

Miró al cielo y vio cómo la luna colgaba sobre el mar envuelto en un velo de blanca niebla, parecía una hermosa bandeja de plata. Las misteriosas ramas de las palmeras se balanceaban con la suave brisa marina. A lo lejos ladraba un perro. Las luces se iban apagando en las casas y villas.

— Bueno, al fin parece que Rowena está mordiendo el anzuelo —comentó Macey con sequedad—. Podré llamar a Phil y decirle que la obra cuenta con la posibilidad de dos estrellas.

— Una — corrigió Clare.

— ¿Qué? —él disminuyó la marcha y clavó sus ojos en ella—. ¿No te estarás echando atrás?

—No, pero con Rowena al frente, sólo habrá una estrella -dijo Clare con una sonrisa.

Macey se relajó.

—Por un momento pensé que ibas a decirme que habías cambiado de opinión.

— ¿Por qué iba a hacerlo?

El la miró.

—Ojalá lo supiera.

Ella evitó su mirada.

—Pues, estás atado a mí -le dijo.

—Eso lo sé desde hace mucho tiempo —repuso Macey. Clare se sintió sorprendida aunque el tono de la voz de su amigo iba cargado de amargura.

Llegaron a la villa y mientras Macey guardaba el coche, Clare entró en la casa y se fue a la cama. La última frase de Macey le taladraba el cerebro. ¿Qué había querido decir? Se desnudó y tomó una ducha, cerrando los ojos, tratando de pensar, pero se sentía tan cansada que no podía concentrarse ni pensar con coherencia.

Le tomó algún tiempo conciliar el sueño, y cuando al fin lo logró fue sólo para soñar y despertar, sudando y gritando desesperada. La

luz de la luna inundaba la habitación, entonces se dio cuenta de que una sombra negra se le acercaba. La joven ahogó un grito al reconocer el rostro preocupado de Macey inclinarse ante ella.

—Querida, ¿qué es lo que pasa? Has gritado como una loca.

Temblando, helada, la joven apoyó su cabeza en el hombro masculino.

— Siento haberte despertado —dijo la chica en un susurro. —Clare, dímelo —murmuró; era una súplica gentil, amable. Estuvo a punto de hacerlo, pero no pudo. Sacudió la cabeza. -Creo que comí demasiado, o tal vez fue el cocktail de gambas. Las manos de Macey la tomaron por la barbilla, obligándola a mirarle.

— Si tú lo dices —dijo él cortante.

Ella no podía sostener su mirada.

— Lo siento de verdad. Debí asustarte con mis gritos.

— No estaba dormido —ella no podía verle la cara. La luna hacía brillar su cabello, pero su rostro permanecía oculto.

—Oh —gimió la joven. Le pareció que no estaba bien que Macey estuviera en su habitación a esas horas.

—Creo que ya podré dormir —dijo con voz apagada.

—Clare —murmuró. La atrajo hacia sí y bajó la cabeza. Otras veces la había besado, con cariño, con ternura, así que Clare ya se había acostumbrado al contacto de sus labios.

Pero esta vez fue diferente. Antes de que sus labios se unieran, ella supo que sería diferente.

Tuvo un momento para pensar, para aceptar o rechazar, entonces él trató de besarla.

Si la hubiera besado así en el pasado, ella lo hubiera rechazado con furia. El gimió y la besó con pasión, abrazándola con todas sus fuerzas.

Sentía seguridad, la comunicación humana que necesitaba en ese momento, pero luego fue algo más, y fue tan repentino que la hizo rebelarse ante una actitud nueva en Macey que la alarmó.

El hombre respiraba con irregularidad, sus manos recorrían febriles los hombros de la joven, las yemas de sus dedos delineaban su cuello, tirando de los delgados tirantes de los que pendía el camisón.

La joven se separó, ocultando su rostro, gimiendo con furia.

— ¡No, Macey!

El pareció no oírla. Hundió su rostro en el suave cuello de la chica, besándola su mejilla hirviendo contra la frialdad de su piel. Una extraña sensación revolvió el estómago de Clare.

La loca insistencia de sus caricias la hizo enloquecer de miedo. Forcejeó con violencia, empujándole, golpeándole con los puños

cerrados.

— ¡Déjame, detente! —rogó con una voz extraña aun para ella, misma.

Macey levantó la cabeza para mirarla. No podía reconocerle. Era como un extraño, toda la ternura de su rostro había desaparecido por completo.

— Lo siento —dijo al fin con voz áspera—. Me volví un poco loco.

Ella debió haberlo dejado así. Debió haberle dejado disculparse y marchar; pero tantos años de cariño la hicieron decir:

—Macey, lo siento.

— ¿Lo sientes? —la increpó él—. ¡No insultes mi inteligencia, Clare! Si quisiera tu piedad, te la habría pedido hace muchos años.

Clare odió la frialdad de su rostro, y la dureza de su voz. Su amistad le importaba más que nada en el mundo. No podía soportar perder a Macey. Había sido una estúpida al no darse cuenta de que no sentía por él lo mismo que él por ella. Macey se lo había demostrado al principio y ella le había hecho saber con claridad que no le quería. Creyó que él había aceptado la situación, pero era obvio que estaba equivocada.

Con frecuencia se había preguntado la razón de las constantes rupturas amorosas de Macey. Era un hombre normal, pero parecía que sus relaciones estaban condenadas al fracaso aun antes de empezar. Ahora lo veía con claridad. Se había acostumbrado tanto a él que ya no le miraba como a un hombre, y eso era muy peligroso.

Un impulso la hacía sentarse y acariciarle el rostro, mirándole con ternura.

— Macey —empezó a decir, pero él no la escuchaba. Los ojos azules estaban clavados en su cuerpo.

El corazón se le detuvo al notar la expresión de Macey. Los ojos echaban chispas. Clare permaneció inmóvil, la detenía aquella mirada.

Macey cerró los ojos y un suspiro áspero se le escapó, el cuerpo le temblaba. Clare le miraba fijamente, tratando de hablar, pero casi hipnotizada por la expresión en el rostro masculino. Clare gimió y dijo:

—No —su voz sonó áspera. No obstante, Macey la empujó con suavidad.

Clare sentía el ritmo de su corazón dominarla. Perdió el sentido del tiempo, volvió al pasado.

El dolor se hizo presa de ella, y enloqueció, gritó, haciendo que Macey se incorporara. El miró aquel rostro pálido, el temblor de sus labios, y su rostro también palideció. -

—Quítame las manos de encima —gritaba ella-. ¡Oh, me siento

mal! —la joven temblaba sin control, un pánico terrible se reflejaba en su rostro, y Macey lo notó con terrible amargura.

—Dios mío, ¿qué crees que soy? -le gritó-. ¿Crees que te forzaría? —se detuvo, helado, clavando sus ojos en ella—. ¡Buen Dios, lo crees, Clare!

— Déjame sola —murmuró ella, llevándose las manos a la cara.

— ¡Clare! —volvió a decir él en voz baja— ¿Qué demonios te hizo pensar eso? Está bien, me excedí un poco, pero creo que me conoces bien como para saber que jamás te haría algo así, ¿no es verdad? Antes me cortaría la cabeza que lastimarte.

Ella seguía temblando, con las manos cubriéndole los ojos, entonces Macey cogió la manta que cubría la cama y la echó sobre sus hombros. Ella se acurrucó asustada, tensa, sin mirarle.

Pasaron unos minutos de silencio, luego Macey habló, su tono era duro y frío.

— Está bien, Clare, dime. Creo que ahora tengo una idea más o menos clara de lo que te pasa, pero ¿no quieres contármelo?

Ella estaba llena de dudas y miedo. Sentía una gran necesidad de decírselo todo, pero no podía soportar la idea de ver sus ojos llenarse de desprecio al oírla. Estaba segura que la odiaría al saber cómo había dejado que Luke Murry -la poseyera aquella noche. Clare conocía suficientemente a Macey como para saber lo que pensaba de una chica que se emborrachaba en las fiestas y se metía en la cama con desconocidos. Macey podía mostrar indiferencia ante esa actitud en una extraña... pero no con ella.

Macey esperó, luego dijo tajante:

— ¿Tiene algo que ver con Murry? ¿No es cierto?

Ella seguía ocultando el rostro, sacudía la cabeza. No podía decírselo.

Ella tiró de sus manos, los ojos azules estaban helados.

—No me mientas, Clare. Mis antenas funcionan muy bien con respecto a ti. ¿Qué te hizo?

— Nada —repuso ella furiosa—. Nada.

—Algo hay —replicó Macey, mirándola-. Estoy seguro que algo tiene que ver Murry en que seas como eres -respiró hondo—. Pude soportar todo cuando sabía que no había nadie cerca de ti..., pero no voy a permitir que alguien como Luke Murry pueda marcharse contigo.

—Te lo dije, no lo soporto —negó ella.

— ¿Crees que no noté la forma en que te miraba? Flechazo o alguna vez hubo algo entre vosotros. O lo uno o lo otro, Clare. No me digas que estoy equivocado.

—Por favor, Macey, déjalo —rogó ella.

— ¿Y qué otra cosa he hecho durante todos estos años? No puedo aguantar mucho más, Clare. Te advierto que hay demasiado entre nosotros dos como para creer que estoy perdiendo el tiempo —tragó saliva, aclarando la voz—. Tú me quieres, Clare. No hubiera seguido a tu lado todos estos años si no confiara en que un día encontraría la llave de lo que te mantiene encerrada en un caparazón de hielo.

Ella se suavizó, su rostro se dulcificó.

—Te estimo mucho, Macey.

— ¡Estimar! —escupió la palabra como si hubiera sido el peor de los insultos. Su rostro se oscureció colérico-. Clare, a veces me tientas demasiado. ¡Si eso fuera lo único que esperara de ti, ya me habría suicidado!

La soltó y se puso de pie.

—Estamos los dos muy cansados —le dijo dándole la espalda—. Vuelve a dormir, Clare y no más pesadillas. Si regreso aquí, dudo mucho que tenga fuerzas para marcharme.

Se fue sin darle tiempo a responder. El ruido de la puerta la obligó a reaccionar.

Las lágrimas se le agolparon en los ojos. Macey era el sostén, la base de su vida, y no soportaba la idea de perderle. Le dolía reconocer el hecho de que la cálida y platónica relación que sostenía con él había sido un mero juego de su imaginación. Jamás podría volver a verle como a un hermano… porque no era así como quería Macey que le viera, y ella lo sabía.

¿Cómo pudo haber estado tan ciega?

Macey lo había demostrado en el pasado. ¿Por qué no lo entendió? ¿Es que su ceguera había sido deliberada? ¿Es que su subconsciente se había rehusado a aceptar la verdad de los sentimientos de su amigo?

La confundía hasta el más mínimo recuerdo de lo que sintió aquella noche. El acontecimiento traumático de entonces había matado todos sus impulsos por tan largo tiempo, que se había olvidado de que era capaz de sentirlos. Y en ese momento habían resucitado, feroces, implacables.

Una idea le cruzó por la mente… ¿quería a Macey después de todo?

Todo le parecía tan nuevo, tan increíble, que no podía controlar el ritmo acelerado de su pulso.

No pudo volverse a dormir. Se quedó mirando la luna, escuchando el suave murmullo del mar, tratando de ordenar el caos de su mente.

Cuando al fin se durmió, estaba tan agotada que no se despertó hasta bien entrada la mañana, ignorando la luz brillante que llenaba la habitación.

Mordiéndose un labio saltó de la cama y tomó una ducha. No había señales de Macey. ¿Estaría aún en la cama? ¿Habría podido conciliar el sueño? Clare no se hacía ilusiones de volverle a ver. Nunca se había sentido apenada o nerviosa con Macey, pero sí esta mañana.

Encontró a Macey en el jardín de la piscina, vestía una camiseta y unos pantalones cortos, y dormía bajo el sol como una lagartija.

Clare le miró preocupada.

La joven arrancó algunas hojas de geranio y las dejó caer sobre el rostro masculino.

El hombre abrió los ojos y la miró sonriendo.

— ¿Despierta al fin, bella durmiente?

— Yo no me adjudicaría todo el mérito en cuanto a lo de durmiente —replicó ella fingiendo naturalidad—. ¿O es que planeabas tu próxima obra con los ojos cerrados?

—Trabajo mejor cuando duermo —dijo Macey sin dejar de sonreír.

—No lo discuto -se burlo Clare.

—Si te sientes con energías, podías preparar un poco de café —le indicó Macey, estirándose con pereza.

Ella volvió a la casa, contenta. Macey seguía tan amable y tierno como siempre. La siguió y continuó hablando mientras ella servía el café. El teléfono sonó a los pocos minutos, él contestó y volvió con el ceño fruncido.

— Rowena de nuevo. Ha leído la obra y quiere que vaya a su casa.

—Yo me quedaré aquí —dijo Clare al instante. No quería volver a encontrarse con Luke Murry—. Estoy cansada y Rowena te quiere a ti, no a mí.

Temió que Macey protestara, pero él la miró de manera extraña y luego asintió.

—Bien. No tardaré. Si no vuelvo para la comida, come tú.

— Ya sé dónde está todo —aceptó ella—. No pases hambre por mi culpa. ¡Mantén contenta a Rowena!

Cuando se fue Macey, Clare se puso un bikini y se fue a la piscina. El sol brillaba con fuerza, y el aire estaba cargado del aroma de las rosas que adornaban las terrazas. Estaba a punto de zambullirse en el agua cuando el ruido de unos pasos la hizo volverse.

Todo el color de su rostro desapareció al ver a Luke Murry. Vestía un traje de pana azul claro y una camisa azul oscuro, con el cuello abierto. Parecía natural, elegante, peligroso.

— Macey volverá en un momento —dijo ella temblando. El sonrió con sequedad.

—Se quedará a comer con Rowena —los ojos grises la recorrían burlones.

— Yo no voy a comer contigo —le gritó Clare.

— ¿No, chiquilla de Charlestón?

Ella le dio la espalda, temblando, cubriéndose el cuerpo con los brazos. Cualquier duda que le quedara, se había desvanecido. Le oyó acercarse y de inmediato se echó al agua.

El se sentó a observar mientras nadaba su hermoso cuerpo dibujando graciosas líneas en el agua.

No se iba a marchar. El corazón de Clare latía furioso. ¿Qué podía hacer?

Por fin no pudo atrasar más el momento. Esperaba que si se quedaba en la piscina él se daría por vencido y se marcharía, pero al poco rato se dio cuenta de la calma con que la observaba. Esperaría todo el día si fuera preciso. Tenía ese aire tenaz, paciente, de un hombre que no tiene prisa.

Salió de la piscina, sacudiendo su cabello mientras los ojos grises del hombre recorrían con avidez el cuerpo de la chica sin perder detalle. Clare estaba indignada. Cogió la bata que había dejado por allí y se cubrió.

Volviéndose a él le dijo con frialdad:

— Hablo en serio. No pienso comer contigo.

—Eras hermosa cuando menús dieciocho años, pero ahora estás espléndida —dijo él, recostándose en el respaldo de su asiento. Sus ojos se posaron en los perfectos y bronceados muslos de la chica— Espléndida en verdad —dijo con suavidad, levantando la vista.

— ¡ Vete! -ordenó Clare con aspereza. El rió divertido.

— No voy a ir a ningún sitio sin ti.

Clare se metió en la casa, pero se asustó al notar que la .seguía. Casi corrió a su dormitorio y se encerró bajo llave. De prisa, con manos temblorosas, se puso unos pantalones y una camiseta. Eran las prendas que le parecieron menos peligrosas; al menos así se sentía cubierta de pies a cabeza.

Después de secarse el pelo salió, y se encontró a Luke Murry curioseando los libros de Macey. Estaba hojeando uno y Clare le odió por tener en sus manos algo de Macey. El la miró por encima del hombro, mirando los pantalones con un leve gesto reprobatorio.

— Eso nos limita la elección de restaurante -observó.

— No voy a comer contigo —repuso Clare.

El tiempo no le había cambiado mucho, tan sólo había endurecido sus rasgos, dándole ese toque sedoso que otorgan el dinero, la fama y el poder. Pero ahora Clare lo veía con ojos maduros y le detestaba. Esa gloriosa apariencia era tan sólo una máscara hueca. La mente que ocultaba distaba mucho de ser hermosa. El sonrió confiado.

— Recuerdo que te gusta hacerte la difícil, niña, no me hizo gracia entonces, ni me la hace ahora.

El rubor de la joven le hizo reír.

— ¿Creías que lo había olvidado? ¿Cómo iba a hacerlo? Eras lo más lindo que había visto. ¿Por qué te fuiste sin decirme dónde encontrarte? Quería conocerte mejor.

El asco la invadía.

— Vete —murmuró ella dándole la espalda—. Macey volverá pronto.

— ¿Y no quieres que me encuentre aquí? —Luke parecía divertirse-. No, supongo que no. Mantienes oculto tu pasado, ¿no es así?

Los nervios de Clare no resistirían mucho más. ¡Este era el hombre que la había marcado por años, que había sido capaz de enseñarle lecciones inenarrables, en una sola noche!

Luke Murry había destruido su capacidad de responder con normalidad a otros hombres. Por años se había negado a aceptar cualquier situación que la involucrara en un peligro emocional. Había vivido a medias toda su vida de adulto y todo por culpa de un hombre que no valía nada.

— Me ha costado años encontrarte —le murmuró a la espalda—. Te reconocí en esa película, fue una gran sorpresa.

Ella tragó saliva, estremecida de asco. Notó la emoción en su voz y supo lo que estaba pensando, lo que estaba recordando. Deseaba con fervor poder borrar esos recuerdos de su mente.

—¿Te vas a ir ya, por favor? —preguntó con frialdad-. No quiero que estés aquí cuando Macey regrese.

El la miró especulativo.

—La lealtad de Janson está pasando ahora una dura prueba —le Dijo él —. Rowena le llamó porque quiere para Ray la parte que él te Prometió.

Clare lo miró incrédula.

—¿Qué?

—Es la rudeza típica de Rowena cuando se trata de un escenario — sonrió Luke—. Creo adivinar que no le agrada mucho la idea de competir contigo. Ray es mucho más fácil de manejar.

Clare no estaba sorprendida, tan sólo irritada. ¡Así que Rowena llamó a Macey para eso!

— ¿Qué crees que hará Janson? —preguntó Murry con suavidad—. Interesante, ¿verdad? Supongo que todo depende de lo enamorado que esté de ti en este momento.

— ¿Por qué me lo has dicho? —preguntó Clare.

— Si Janson en verdad te estima, no se dejará vencer por Rowena — le dijo Luke—. Estoy seguro de que te ha ayudado mucho, pero yo también puedo hacerlo. Tengo mucha influencia en Nueva York. Conozco a toda la gente de teatro allá.

Ella se dio cuenta a dónde quería llegar.

— ¡Fuera! —exclamó.

En los ojos masculinos brillaba la furia. En cuanto se movió, ella saltó como un gato asustado, pero demasiado tarde para evadirle. La tomó por los hombros y la atrajo hacia sí. Ella luchó por evitarle. No podía soportar que la tocara.

Muchas veces se había preguntado lo que sería si Luke Murry volviera a su vida.

Todo fue cuestión de segundos. La marea que había empezado a invadirla, desapareció. Su pulso cesó de latir. Se quedó de pie, inmóvil, mientras Luke la besaba, hasta que al fin ella se dio cuenta de que ese hombre no significaba nada en su vida.

Recordó los besos en la pantalla. Ahora él la besaba con la misma experiencia de un actor consumado, pero ella le rechazó feliz. Luke Murry no era nada.

Luke Murry levantó la cabeza, mirándola irritado, frunciendo el ceño.

Clare le sonrió, sintiéndose libre y ligera. Vio que los ojos masculinos se enfurecían, pero no le dio la menor importancia.

Con suavidad le dijo:

— Ahora que ha acabado, ¿le molestaría hacerse a un lado, señor Murry? No me interesa su compañía.

Había rabia en su expresión, una rabia que ella recordaba bien. A Luke Murry no le gustaba sentirse frustrado. La había forzado una vez y ahora veía que era capaz de hacerlo de nuevo. Pero en el momento de acercarse por segunda vez a ella, escucharon un movimiento a sus espaldas.

Luke Murry miró por encima de su hombro. Seguía reteniendo a Clare por los hombros, estaban muy cerca uno del otro. Clare se volvió y vio a Macey que los miraba con frialdad.

Luke la soltó, muy despacio. Se volvió con una sonrisa arrogante, le regaló a Macey una mirada de burla y arrogancia.

— ¡ Janson! Creí que comería con Rowena.

—Cambié de opinión —replicó Macey entre dientes. Una amenaza peligrosa se adivinaba en su cuerpo, y el corazón de Clare se detuvo ante lo que vio en sus ojos. Nunca había visto a Macey así. Parecía dispuesto a la violencia, todo su cuerpo tenso, los ojos clavados en Luke Murry.

El amable y cariñoso Macey que había tratado durante años, había desaparecido.

Luke también leyó la amenaza en la expresión de Macey, y con una mirada cautelosa, empezó a alejarse.

Le tiene miedo a Macey, pensó Clare. Ambos hombres eran más o menos de la misma estatura y complexión, pero había tal fuerza en Macey, que el otro se asustó y prefirió marcharse.

— Bien, nos veremos —Luke se despidió como si nada, pero ni Clare ni Macey contestaron.

Clare miraba a su amigo sin pestañear, jugueteando nerviosa con un mechón de pelo, temblando como una niña asustada.

Sabía por qué Luke se había ido tan precipitadamente. Sabía por qué había evitado a Macey. También ella se alarmó ante la actitud del escritor. Le miró a los ojos y se estremeció al ver la cólera que él no intentaba ocultar.

CAPITULO 5

EN VOZ baja le preguntó:

-Volviste temprano. ¿Por qué viniste tan pronto?

— ¿Por qué? -Macey repitió con voz fría y dura-. ¿Por qué crees? Cuando me di cuenta que no estaba con Rowena, adiviné dónde le encontraría, así que inventé una excusa y me vine corriendo, como si me persiguieran todas las legiones del infierno.

Ella tragó saliva.

-Espero que no hayas ofendido a Rowena.

-¡Al diablo con Rowena! -gritó él-. ¿Qué pasaba cuando llegué?

Para ganar tiempo Clare quitó el cabello de su cara, se esforzaba por sonreír.

— ¿Qué?

Los ojos de Macey eran como el pedernal.

— ¿Debería disculparme por interrumpir lo que obviamente estaba empezando?

—No, Macey -suspiró, haciendo un ligero gesto de derrota. Le dio la espalda y salió al jardín. Macey la siguió y estuvo un momento en silencio.

—Estabas en sus brazos -la acusó.

— ¡No!

—No mientas... te vi. Te había estado besando. ¿Qué seguía después? Si no hubiera sido tan inoportuno ¿estarías con él en la cama?

— No —gimió ella desconsolada, temblando. El la obligó a volverse.

— ¡No mientas! Recuerda que te conozco hace años. Nunca te había visto reaccionar así ante un hombre —se detuvo, luego agregó con voz baja y exhausta— ¿Estás enamorada de él?

— No —dijo ella sin poder ocultar su disgusto. Macey se relajó un poco.

— ¿Entonces, qué? —preguntó-. Hay algo. No sigas mintiéndome. Lo conocías de antes, ¿verdad?

Ella suspiró rendida.

—En eso has adivinado, Macey. El la miró con cuidado.

— ¿El es el hombre?

Ella asintió.

— ¿Qué pasó? ¿Te enamoraste de él y te lastimó?

— Algo parecido —sabía que su explicación no era adecuada, y la

ironía brilló en sus ojos—. No quiero hablar de eso, prefiero olvidarlo.

— Sin embargo, no lo has olvidado —le dijo Macey con dureza—. Sea lo que sea lo que haya pasado entre tú y ese bastardo, te ha influido desde entonces. ¿Estás segura que no le amas?

— ¡Le detesto!

— No importa, de cualquier manera, tus sentimientos hacía él son más fuertes que los que sientes por cualquier otro hombre. Irradias una especie de electricidad. Vibras con ella. Con frecuencia pensé que sustituías todo con tu trabajo. Pensé que esa era la explicación de tu rechazo hacia los hombres que conocías... lo pensé hasta anoche.

— Eso no era atracción —le espetó Clare—. Era asco y sorpresa. Debió haber elegido sus palabras con más cuidado. Macey las tomó al vuelo. Sus ojos se clavaron en ella.

— ¿Asco? ¿Qué quieres decir con eso?

Ella buscaba nerviosa la mejor manera de decir la verdad.

—Asco de mí misma —dijo al fin—. Por haber sido tan tonta de caer en sus redes.

El apuesto rostro de Macey retenía una crueldad que lastimaba. La miró a los ojos.

—Espero que lo digas en serio — le dijo—. ¿Por qué presiento que me estás mintiendo, Clare? Tus ojos me rehuyen, ¿por qué?

— Me pones nerviosa —murmuró ella.

— ¡Nerviosa! —rió él.

-Me das miedo -agregó la joven.

L—a boca del hombre se torció.

—No quiero hacer eso -observó con sequedad-. ¿Ya comiste?

Ella sacudió la cabeza.

—Vayamos a Niza -propuso Macey-. Tengo hambre.

La joven se preguntaba lo que le habría dicho Rowena. ¿Habría dicho Luke la verdad? ¿Quería Rowena el papel estelar de la obra para Ray? Lo miró de reojo, sus rasgos permanecían firmes y duros. *

— ¿Qué quería Rowena? —preguntó ella con suavidad.

Macey la miró sin cambiar de expresión.

—Quería hablar de la obra.

No iba a decírselo, estaba claro. Clare era muy conocida, pero Rowena era una leyenda viviente. Le sería difícil decidir qué hacer... y ella lo comprendía. Hubiera querido decírselo, pero sabía que no podría decirle que Luke la había puesto al tanto de las intenciones de Rowena.

¿Por qué lo habría hecho Luke? Era ahijado de la actriz y le debía cierta lealtad, sin embargo, la había roto al contarle a Clare lo que tramaba Rowena.

Macey tenía que decidirse. Si ella le mencionaba algo, le avergonzaría. Clare quería el papel, pero la obra era de Macey y él tenía todo el derecho de decidir lo que era mejor para el futuro de su trabajo. '

Observando los olivos se dijo a sí misma que Ray haría bien el papel. Ray era una buena actriz y recibiría todo el apoyo de Rowena.

— Bueno, si vamos a ir a Niza será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Macey poniéndose de pie.

En el coche Clare iba admirando el paisaje, una ligera sonrisa se dibujaba en sus labios. Se engañaba a sí misma si pretendía quitarle importancia a lo de ese papel. Quería hacerlo. Era su obra, lo sabía, lo supo desde la primera escena. Macey la había escrito para ella. No tuvo necesidad de decírselo... ella se dio cuenta al instante.

Miró a Macey. El seguía con el ceño fruncido, preocupado. ¡Pobre Macey! Colocó una mano sobre la rodilla de él.

Clare le sonrió maliciosamente.

— Deja de mirarme así. -Pero si tengo esa mirada...

—Parece que estás planeando un asesinato -dijo ella. —Qué curioso, eso es precisamente lo que estoy haciendo —sonrió- ¡La próxima vez que le vea le cortaré el cuello! Clare se alarmó.

— ¡Oh! —creía que estaba pensando en Rowena. Macey la miró.

— ¿En qué creías que estaba pensando?

—No estaba segura.

El miró la mano y entonces ella, instintivamente la retiró.

—Ponla de nuevo donde la tenías, me gusta.

Clare le miró a la cara.

— ¿Qué pensó Rowena de la obra?

La expresión de Macey cambió.

—Le gustó -contestó.

—Parece que no estás contento, dímelo Macey. —No podía dejarle saber que estaba al tanto de los planes de Rowena, pero quería que Macey confiara en ella, aunque eso haría más difícil su decisión.

— Estoy pensando en algo -dijo él en voz baja, tajante, sin mirarla.

Ella suspiró. Se miraron. Clare sonrió con ternura. Su cariño por Macey la hacía entristecerse al verlo así... no quería hacerlo difícil para él.

La blancura de los edificios resplandecía a la luz del sol. Los turistas, vestidos con ropa playera, contemplaban el mar, entraban y salían de tiendas y restaurantes. Tardaron bastante tiempo en encontrar un sitio para estacionar el coche. Una vez hecho esto, buscaron un restaurante.

Por fin eligieron uno pequeño, donde comieron un delicioso cocido

de pescado que sólo se puede saborear en el Mediterráneo, donde el pescado es del día. El plato se prepara en aceite de oliva, con azafrán y otras especies, pero el ajo es el sabor predominante. Lo acompañan varias rebanadas de pan francés y un ligero toque de alioli, la típica mayonesa de ajo característica del sur de Francia.

Clare y Macey llamaron la atención de las mesas vecinas, todas ocupadas por pescadores locales cuya idea de turista común no coincidía muy bien con la pareja. Poco después dijo Macey una frase en francés que los hizo reír. Al cuarto de hora estaba inmerso en amena conversación con ellos. Macey tenía mucha habilidad para conocer la gente nueva. Era un camaleón que no tardaba en adquirir el color y las características de lo que le rodeaba. Clare escuchaba y sonreía.

Tardaron bastante tiempo en terminar la comida. Los dos se quedaron allí varias horas, bebiendo Pernod, una engañosa bebida con sabor a anís. Clare empezó a sentirse mareada después de dos vasos del licor. Estaba algo somnolienta cuando al fin Macey la acompañó al coche.

—Comer así es una locura —se quejó mientras se sentaba. -¿No te gustó la comida? -preguntó Macey.

— Me encantó —replicó ella ya medio dormida.

El se rió de ella, golpeándole la rodilla con ternura.

— ¡Cielos, ese Pernod es fuertísimo! —comentó ella—. La cabeza le da vueltas. Creo que me gustaría ir a la cama.

—A mí también —dijo Macey con voz sospechosa. Mantuvo los ojos cerrados, aunque sabía que Macey le estaba mirando. El calor y la brisa que golpeaban su piel, junto con los efectos de la bebida, la sumieron en un profundo sopor.

Despertó cuando Macey la tocó. Parpadeó un poco y luego le miró sonriendo.

— Estamos en casa mi señora —dijo él burlón.

Ella salió del coche y entró en la casa, el fresco del interior le sentó de maravilla y se quedó un momento de pie, inmóvil, con los ojos cerrados.

Algo la sorprendió, entonces abrió los ojos y vio a Ray de pie en la sala de estar.

—Oh, hola —saludó a la joven.

— Hola —la voz de Ray era fría y seca. El cabello negro le caía sobre la cara, hasta llegar a los hombros. Vestía una blusa blanca y unos pantalones. Su piel estaba ligeramente bronceada.

Macey entró y se quedó de una pieza. Clare notó la hostilidad de su gesto ante la presencia de Ray. También notó la forma en que Ray

le miraba, y eso la hizo estremecerse.

— ¿Qué quieres? —preguntó Macey con tal frialdad que Clare no pudo evitar mirarlo con recelo.

—Qué gusto verte, Ray. ¿Puedo ofrecerte algo? Nosotros bebimos demasiado en la comida, así que voy a preparar un poco de café, pero tú puedes pedir lo que quieras.

—Café está bien -dijo Ray mirando al suelo.

— Yo lo haré —murmuró Macey.

-No -contradijo Clare-. Lo haré yo, tú quédate a hablar con Ray.

Salió y cerró la puerta. ¿Para qué había ido allí Ray, a suplicarle a Macey, o a decirle que no quería el papel? Clare no podía adivinar. Ray era ambiciosa, quería el papel. Pero estaba enamorada de Macey y no quería forzarle. La joven se encogió de hombros y se puso a hacer el café. A fin de cuentas no era asunto suyo.

No se apuró. Cuando entró en la sala con la bandeja, Macey estaba gritando.

— ¡Dile que se puede olvidar de todo el maldito asunto!

Se paró al ver a Clare entrar en la habitación. Ella vio a Ray, más pálida que nunca, con los labios hinchados, como si se los hubiera estado mordiendo.

— ¿Crema, Ray? —dejó la bandeja sobre la mesa y sirvió el café.

Macey dijo algo por lo bajo y salió de la habitación. Ray se volvió para salir también, entonces Clare le dijo:

-—Tu café.

Sintió a Ray dudar y le ofreció la taza.

— ¿Crema? ¿Azúcar? -Ray aceptó la taza.

— Lo tomaré solo —dijo con voz áspera.

Clare se sentó e invitó a la otra a hacer lo mismo. Ray se sentó.

— ¿Qué es lo que pasa? —preguntó Clare mientras saboreaba el café—. Rowena planea algo, ¿no es así?

— ¿No te lo ha dicho? —Ray pareció sorprenderse, luego sus labios se torcieron en una mueca amarga—. Debí haberlo adivinado. Macey es muy íntegro, aunque Rowena no quiera aceptarlo. Toda su integridad la relaciona con su trabajo. Fuera de eso, vendería hasta a su madre si lo considerara ventajoso. No puede comprender que Macey no está cortado por el mismo patrón.

—Toma tu café antes de que se enfríe —le dijo Clare.

— ¡No me hables como si fuera un bebé!

Su hostilidad se debía a otra causa, pero Clare prefirió ignorarla. Bebió el café mientras Ray bebía el suyo lentamente.

—Rowena quiere que Macey me dé el papel protagonista -dijo después.

Luke Murry había dicho la verdad. Eso sorprendió a Clare. Se preguntaba por qué lo había hecho. ¿Qué motivos tuvo para hacerlo?

—No quiero convencerle —explicó Ray nerviosa—. Vine a decirle que no quiero el papel. Rowena puede no haberlo leído, pero es obvio que lo escribió para ti. No estoy tan escasa de trabajo como para tener que aceptar el chantaje. Rowena no tenía derecho a pedírselo. Ni siquiera me consultó. Yo me enteré después de que él se marchó.

Clare sirvió más café en ambas tazas.

— No me creyó —dijo Ray, y ante el asombro de Clare, amargas lágrimas brillaron en los ojos de la joven—. Está furioso conmigo.

Clare dio la taza a Ray y sintió cómo temblaban sus manos. Estaba apenada y triste. Sabía que Ray estaba enamorada de Macey, pero el dolor reflejado en los ojos de aquella mujer le molestaba.

De repente Ray dejó la taza y se puso de pie.

—Traté de que me creyera —dijo con voz temblorosa—. No aceptaría el papel aunque me lo ofreciera. Se lo dije a Rowena. Ella trató de ser amable, pero no se dio cuenta... —se calló y volviéndose corrió fuera mientras Clare la observaba compasiva.

Oyó el coche arrancar y a los pocos minutos Macey entró en la habitación. Clare le miró y sintió tanta rabia que quiso golpearlo.

— ¿Por qué fuiste tan duro con ella? —le preguntó furiosa—. Macey, ¿no te das cuenta que nada tuvo que ver con el plan de Rowena?

— ¿Te lo dijo? —estaba irritado, tenía la boca muy apretada—. ¡No tenía que haberte dicho nada!

— Ray no ha tenido nada que ver. No quiere el papel.

— No pienso dejarme chantajear. Que Ray tuviera algo que ver o no, no me importa. Tuve una conversación muy desagradable con Rowena. Me obligó a escuchar cosas que no quería saber.

Clare le observaba. Empezaba a adivinar. ¿Qué le había dicho Rowena? ¿No se habría atrevido a echarle en cara el amor de Ray? ¿Era posible que esa mujer llegara a tal extremo de insensibilidad?

—No tenías que ser tan brutal con ella —dijo la chica— ¿No podías haber sido más amable, Macey? ¿No te diste cuenta de lo mal que se sintió al enterarse de lo que Rowena había hecho? Vino a decirte que no quería el papel, y tú, lejos de sentirte agradecido, te mostraste muy cruel.

El color de Macey se acentuó.

— ¿Qué querías? ¿Que le hiciera el amor?

Clare exclamó furiosa.

— ¡Macey!

—Oh, diablos —murmuró él yendo a la ventana. Se quedó allí.

dándole la espalda, alisando su cabello con una mano—. Lo siento, no debí decir eso, pero cuando se interfiere en los asuntos ajenos puede resultar penoso. Rowena me encendió la sangre esta mañana. ¿Pensaba que estaba tan ciego que no me había dado cuenta de... —se interrumpió mascullando algo entre dientes-. Ya deberías saber, Clare, que no podemos responsabilizarnos de los sentimientos de otros. Lo mejor que podía hacer por Ray era fingir que no me daba cuenta de nada. Lo he hecho por mucho tiempo, y me hubiera gustado golpear a Rowena cuando amablemente me dijo algo que ya sabía desde hace tiempo.

Ella suspiró y comprendió cómo debía sentirse Macey.

— Rowena no debió decirlo.

—No quiero el amor de Ray —dijo Macey con amargura—. Igual que tú no quieres el mío.

Clare sintió que los colores se le subían. Macey rió irónicamente.

— No te preocupes. Creo que la lástima es un sentimiento intolerable. No me voy a arrodillar para pedirte algo que no puedes darme, ni tampoco puedo soportar verme obligado a presenciar el sufrimiento de Ray cada vez que se me acerca.

—No, Macey —pidió Clare—. No hables así de ella.

—Tú empezaste esto, no yo -la dijo irritado-. Yo ya he tenido bastante. Primero Rowena, luego Ray, luego tú... Cielos, ¿es tan difícil que no pueda ser todo dulzura? No he echado todos mis sentimientos sobre tus espaldas, ¿verdad? He actuado de la única manera posible, con la naturalidad y desenfado que exige esta maldita comedia.

Clare se rió histéricamente.

—No tengo ganas de representar el papel de un adolescente enamorado -agregó— ¿No crees que hubo veces en las que hubiera vendido mi alma con tal de poder decirte lo que sentía?

Ella se puso nerviosa, levantó la cabeza. Sentía un ligero malestar.

— Macey, por favor...

— Si no querías oír todo esto, debiste evitar meterte en asuntos ajenos, cuidar de los tuyos y nada más —dijo Macey furioso-. La gente debería evitar entrometerse en la vida de otros. Esta interferencia es lo que más problemas causa en el mundo.

— ¿Crees que Ray está agradecida a Rowena por lo que hizo? —preguntó Clare en tono suave. Macey suspiró profundamente.

— No, claro que no. ¿Piensas que no me di cuenta de cómo se sentía?

— Entonces, ¿por qué no fuiste más amable?

— ¿Eres tan insensible? —la voz de Macey se alzó con fuerza—. Todo el tiempo estuvo al borde de las lágrimas. Si le hubiera mostrado

el menor gesto de comprensión, no hubiera podido contenerse y eso yo no lo habría soportado. Ray no tiene tu control, Clare. Tú te desentiendes de todo, ¿verdad? Fría, libre autosuficiente. En los siete años que te conozco sólo una vez te he visto corresponder a un hombre.

Ella no quería volver a hablar del tema de Luke Murry.

— ¿Qué le dijiste a Rowena? -preguntó.

—Al diablo con Rowena —murmuró Macey—. Estás enamorada de Murry, ¿no es así, Clare?

—Le odio —contestó ella con rabia.

—Ódiame así —le pidió Macey sonriendo con amargura—. Mírame como le miras a él.

Ella le miró temblorosa.

— ¿No querrías que te odiara y te despreciara, verdad, Macey?

El la miró intensamente, su gesto se dulcificó.

— ¿No querrías que me muriera de asco sólo al pensar en que me pusieras un dedo encima?

El estaba quieto.

— ¿Por qué, Clare? —preguntó en voz baja.

Ella se volvió, temblando.

— No, Macey.

— Dímelo —le rogó— ¿Cómo puedo luchar contra algo que no conozco?

Sus labios estaban secos, no se atrevía a decírselo. No podía soportar que Macey la mirara con desprecio. El seguía esperando. Clare cerró los ojos y luego salió de la habitación, sin contestar.

CAPITULO 6

NO FUE fácil para ellos volver a establecer contacto. Macey durmió algunas horas. Llegó a la cocina cuando Clare estaba preparando una ensalada. Sonrió algo nerviosa. El estaba todavía algo amodorrado por el sueño.

— ¡Comida de conejos! -comentó- ¡Yo esperaba un filete!

—Puedes comerlo -le aseguró ella-. Filete y salsa de pimienta. Yo comeré un poco de queso.

—Adelgazando de nuevo -comentó Macey con una sonrisa. Se asomó a la ventana para admirar la luna que derramaba su luz plateada sobre el paisaje.

— ¿Qué tal algo de música? —Macey se alejó de la ventana, como si de repente la luna le molestase. Clare sabía lo que sentía. También había deseado que se ocultara. El hermoso astro tenía recuerdos demasiado desagradables para ambos.

Macey encontró un disco de Piad. La apasionada voz de la cantante obligó a Clare a mirar una vez más a la luna.

De repente la música calló. Macey puso otro disco sin decir nada. Tenía razón: su primera elección no había sido la adecuada.

Qué mundo tan loco y estúpido es éste, pensó Clare. Macey tenía razón. La única manera de tratar al amor era como si fuera una comedia. Y en su caso, como una gran farsa. Colocó el filete de Macey sobre las brasas y lo untó de mantequilla. Macey se asomó.

— ¿Puedo ayudar en algo?

Clare cogió el molinillo de pimienta, y se lo dio.

—No le pongas demasiada. Pásame un huevo, por favor —le pidió —. Haré la salsa.

Trabajaban en una relativa armonía; hablaron de un amigo que ensayaba la reposición de The School for Scandal, y comentaban actuaciones pasadas. Era un intento más por volver a los viejos tiempos y les estaba costando mucho trabajo.

—Estamos haciendo demasiadas reposiciones —dijo Macey—. Deberíamos aventurarnos con nuevas obras.

Ese era un tema seguro. Clare lo aceptó y terminaron discutiendo sobre hasta qué punto debería permitirse que la tradición dominara el teatro.

—No se puede arriesgar demasiado —comentó Clare.

Hablar de temas ya conocidos por ambos ayudó a disminuir la tensión, hasta que consiguieron llegar a un acuerdo. Cuando se

sentaron a comer, los dos estaban mucho más relajados.

Después de la cena escucharon algo de música y luego se fueron a la cama. Clare durmió mucho mejor que la noche anterior, después de la tensión emocional que tuvo que soportar todo el día.

Se despertó alegremente, se duchó y se dirigió al comedor para desayunar. Macey ya estaba despierto y se encontraba nadando en la piscina. Clare lo llamó.

— ¡Eh! Pájaro madrugador. ¿Has cogido lombrices?

— Varias docenas -dijo sonriente.

Ella se fue a la cocina y volvió a salir con café y algo de fruta. Macey salió del agua. Clare le sirvió una taza de café, él se sentó y empezó a beber, mirando al cielo.

Clare comió un bollo, tomó su café y se dedicó a hojear una revista francesa. Macey no hablaba.

Cuando sonó el teléfono, él le sonrió.

— ¿Cuánto apuestas a que es Rowena? —se puso de pie y entró en la casa. Clare se sirvió un poco más de café.

Macey volvió a los pocos minutos, ella lo miró.

— Esta vez nos quiere a los dos. La vieja sé ha dado por vencida.

Clare movió la cabeza.

— No, ve tú, Macey. Trátala con cuidado y a mí déjame fuera. Macey la miró detenidamente.

—Puede que resulte —admitió—. Pero no necesita saber que te enteraste de lo que planeaba.

—Aunque lo sepa, creo que será mejor por esta vez que no me vea —dijo Clare—. Deja que las cosas se enfríen.

El asintió.

— ¿Qué vas a hacer?

— Déjame en Niza—pidió ella—. Haré algunas compras.

A la media hora llegaron a Niza, Macey la dejó en la Promenade desAnglais, tal y como se lo pidió, luego se fue a la villa de Rowena, y le aseguró que regresaría.

Clare se detuvo a observar a los bañistas en la playa. Los yates se balanceaban un tanto alejados de la orilla. Un chico que estaba montado en un velero reía a carcajadas y la gente le miraba.

Volviéndose, Clare esperó para cruzar la calle. Un coche pasó rápidamente pero poco después se detuvo. Automáticamente, la joven miró al chofer, y se quedó parada, pues le conocía.

— Entra —la invitó con suavidad.

Ella no contestó. Volvió a cruzar la calle. En ese momento oyó el golpe de la puerta y unos pasos a su espalda. La gente les miró.

—Entra, chiquilla de Charleston —ordenó él de nuevo, cogiéndola

del brazo.

—Déjame en paz -murmuró ella en voz baja, no quería convertirse en el centro de atracción de una gente curiosa.

—Tenemos que hablar.

— No tenemos nada de qué hablar —le dijo Clare alzando la voz.

— Entonces, tal vez deba hablar con Jansen —insinuó él.

Ella se puso nerviosa al darse cuenta del tono de su voz.

— ¿Chantaje? —lo miró con desprecio—. ¡Piérdete! Lo único que pasara si le dices algo a Macey es que te partirá en dos —tenía los ojos fijos en él—. Le tienes miedo. ¿Crees que no lo noté? Eres muy valiente cuando se trata de forzar a las mujeres, pero no estás a la altura de Macey.

El rostro del joven se encendió. Clare no entendía lo que alguna vez pudo ver en él. Sólo una tonta e inexperta adolescente pudo ser engañada por aquel hombre.

Luke regresó a su coche y arrancó. Un joven gendarme que se paseaba por la avenida se detuvo a observarlo. Ojalá tome su número de matrícula, pensó Clare. Ojalá Luke Murry tenga problemas por conducir así.

La joven se paseó por la ciudad e hizo algunas compras. Después fue a comer a un pequeño y tranquilo restaurante.

Macey llegó tarde. Tuvo que esperarle diez minutos. Cuando llegó se disculpó.

—Rowena me entretuvo hablando.

— ¿Está todo arreglado?

— Más o menos. Dejó a un lado el asunto de Ray... creo que por fin se ha dado cuenta de que no estoy dispuesto a aceptar ese tipo de presiones. Todo el tiempo habló de la obra. Está muy entusiasmada.

—Por supuesto -dijo Clare, riendo—. Es una buena obra. Macey sonrió.

— El entusiasmo de Rowena ayudará con Phil — señaló él—. A él le gusta estar seguro antes de arriesgar algo. Rowena le ayudará con sus acreedores —se volvió a ella con una sonrisita-. Esto sin contarte a ti.

— Yo no puedo competir con ella.

— Podrás — indicó él con seriedad— Rowena es el pasado... tú eres el futuro.

— No vengas con eso — se burló de él—. ¡Harás que la sangre se me hiele!

Salieron a la carretera, las manos de Macey apretaban el volante.

— Murry no estaba en casa —le dijo sin mirarla. Clare no hizo comentario.

— ¿No dices nada?

— ¿Qué quieres que diga? No soy su guardián.

— ¿No lo viste?

— Sí, pasé toda la tarde con él —dijo ella con sarcasmo. Macey dijo algo entre dientes que ella fingió no oír.

— Bueno, ¿para qué preguntaste? —murmuró Clare.

— Lo siento.

— ¡Claro! No eres la Inquisición.

Macey dio unas cuantas vueltas antes de llegar a la finca.

— Prometí no volver a mencionar su nombre -dijo con brusquedad —. Olvídalo.

—Con gusto —dijo Clare—. No lo vuelvas a mencionar. Si quieres saberlo, odio el sonido de su nombre, y no quiero hablar de él. ¿Crees que lo recordarás? ¿O prefieres que lo ponga por escrito?

—Por favor, Clare — murmuró Macey—. ¿No ves que la violencia con que reaccionas ante su nombre me hace pensar que algo hubo entre vosotros?

—No hay nada entre nosotros -exclamó Clare.

— ¿Por qué no me cuentas lo que ocurrió en el pasado? —le rogó —. ¿No ves que me estoy volviendo loco? Tengo que saberlo. Me da tantas vueltas la cabeza que quisiera gritar. ¿Qué pasó?

Ella le miró apretando los labios. Macey no se iba a dar por vencido; insistiría hasta obligarla a hablar.

Lentamente la joven asintió.

— Está bien.

Se volvió y se metió en la casa, se acomodó en una de las sillas del vestíbulo, mirando al suelo.

— ¿Quieres una copa? —preguntó Macey con voz entrecortada.

Macey fue hasta el mueble bar. Se oyó el chasquido de un vaso y sus pasos al acercarse a ella y dejarle el vaso entre las manos. Era whisky. No le gustaba mucho, pero lo bebió.

Macey estaba de pie, saboreando su bebida. Clare no se atrevía a mirarlo.

—Le conocí en una fiesta de año nuevo, tenía dieciocho años., una amiga me llevó. No estaba acostumbrada a beber, y esa noche me sobrepasé sin darme cuenta. Cuando le vi, ya no tenía control sobre mí. Bailamos y hablamos, luego sugirió que fuéramos a una fiesta más tranquila. Estaba demasiado atontada como para comprender lo que quería, así que fui con él.

Macey dijo un juramento entre dientes. Ella no pudo entender, pero notó que era una exclamación grosera.

— ¿Quieres todos los detalles?

— No —dijo Macey tajante—. Creo que lo he adivinado. Esperaba estar equivocado.

La joven deseó no haberse acabado el whisky, tenía ganas de beber más.

— No —dijo con un ligero deje de amargura—. Eres demasiado astuto para equivocarte, Macey.

Hubo un momento de silencio, luego Macey habló:

— ¿Te hizo daño?

Ella soltó una risita nerviosa.

— ¡Vaya conclusión!

El hombre soltó otro juramento.

— ¿Por qué diablos no se lo contaste a alguien?

— ¿Violación? -preguntó ella con voz débil—. ¿Quién crees que me hubiera creído? Fui con él porque quise. Y para ser justa, supongo que él pensó que yo sabía a lo que iba. Pensó que entendía lo que quería. ¿Cómo iba él a saber que yo era una tonta e inocente provinciana?

Macey fue al mueble bar y se sirvió otra copa. Ella le tendió su vaso, sin mirarlo.

—Por favor, sírveme más.

En silencio le llenó el vaso y ella dio un trago. Sintió el líquido correrle por el cuerpo. Agradecía el calor que le proporcionaba.

— El muy bastardo —rugió Macey de repente—. ¡Le mataré! Le romperé la cara y lo dejaré marcado para siempre.

—Yo impediré eso —anunció Clare, riendo.

Macey dejó su vaso y se acercó a ella.

— ¡No, Macey! -gritó la chica, no podía soportar que la tocara en ese momento. Temblaba con violencia, los dientes le castañeteaban, y el mentón le dolía de la tensión. Sentía que todo su cuerpo ardía.

Macey se detuvo. Estaba inmóvil, observándola,

— ¿Porqué no me lo dijiste antes? —preguntó.

— ¿Esperabas que anduviera por ahí alardeando del asunto?

El se quedó callado.

— ¿Crees que me agrada recordarlo? —preguntó Clare sin dejar de temblar.

—La otra noche, cuando tuviste la pesadilla —dijo Macey— ¿era eso lo que soñaste?

Ella asintió sin levantar la cabeza.

— ¡Y yo escogí ese momento para tenerte entre mis brazos! —la voz de Macey era profunda y abatida- ¡No me sorprende tu reacción! Ahora me explico tu miedo al sexo. ¡Dios, si alguna vez vuelvo a vera ese cerdo, le haré pedazos!

Clare recordó la mirada de Macey cuando encontró a Luke Murry

con ella.

—Creo que él ya lo ha adivinado -Luke estaba asustado, y con razón. Macey podía asustar a cualquiera cuando se enfurecía.

Lo oyó moverse y se encogió. Pero él se arrodilló a su lado, sin tocarla, hablando en voz baja.

— Tal vez debiste contárselo a alguien. El habértelo guardado no fue muy buena idea. Yo sabía que algo te pasaba. Me negaba a creer que fueras tan fría como pretendías, y no me equivoqué ¿verdad? Un golpe así puede hacer daño, mucho daño. Si hubieras hablado con alguien en aquel momento, no te hubieras congelado a ti misma por tantos años.

Ella escuchó el tono de su voz, y una chispa de esperanza nació en su interior. Macey no parecía enojado. Por fin levantó la vista para mirar los ojos azules que estaban fijos en ella con apasionada intensidad. La joven tembló ligeramente, estaba confundida.

Por primera vez le dio vergüenza mirarle y su pulso se aceleró.

El seguía inmóvil, pero sus ojos observaban el color de sus mejillas.

— ¿Te sientes mejor? —le preguntó.

Macey era demasiado rápido, demasiado astuto, para no poder comprender todas sus reacciones.

—Gracias, Macey —murmuró ella.

— ¿Porqué? —se sorprendió él.

— Por ser tan amable, tan comprensivo.

Casi podía oír los pensamientos que cruzaban por la mente de su amigo.

— ¿No esperabas que esto alteraría en algo mis sentimientos hacia ti, verdad?

Su silencio le respondió. Después de una corta pausa añadió:

— De ninguna manera, querida. Estoy atado a ti. ¿O es que no lo sabes aún? Si amaras a Murry y tuvieras aunque fuera una mínima posibilidad de ser feliz a su lado, yo me habría alejado y te hubiera dejado, aunque el dolor me matara. Pero saber lo que ese cerdo te hizo no cambia en nada mis sentimientos hacia ti. ¡A él, me gustaría cortarle en mil pedazos!

Los labios de la joven temblaban ante la profunda ternura de su voz. Macey la observaba, luego, con cuidado, le acarició el rostro. Cada poro de su piel reaccionó al contacto con aquella mano, y la joven no pudo evitar sorprenderse de la fuerza de su propia respuesta.

Antes de poder reaccionar, Macey se había puesto de pie. Separándose un poco de su lado, le preguntó:

— Y ahora, antes de olvidar para siempre este asunto, quiero saber si tengo razón al pensar que Murry quiere otra vez algo de ti.

— Le dije que se fuera al infierno —dijo ella.

—Entonces, creo que el resto es cosa mía —indicó Macey. Clare se alarmó.

— ¿Qué quieres decir?

— Voy a buscarle para ponerlo en su lugar —gruñó Macey-. Le enseñaré a ese cerdo una lección que no olvidará. ¡Tendrá que ir al médico cuando haya terminado con él.!

—No, Macey —rogó ella, pero ya no le escuchó, había salido con la rapidez de un tigre sediento de sangre. Clare palideció y corrió tras él, pero lo alcanzó ya cuando el coche se dirigía rápidamente camino de Niza.

La joven se quedó lívida, horrorizada. Lo mejor que podía pasar era que Macey organizara un escándalo que diera de qué hablar a mucha gente. Y lo peor, que podía lastimar a Murry tanto que se vería mezclado en líos con la policía. Nunca había visto a Macey así. Sus ojos azules reflejaban notas de violencia.

Pensó y decidió lo que debía hacer. Entró en la casa y corrió al teléfono. Entonces se dio cuenta que no tenía el número de Rowena. Tardó unos minutos en encontrar la agenda en donde Macey lo había apuntado. Marcó el número con manos temblorosas.

Ray contestó y se quedó sorprendida al reconocer a Clare.

Al momento oyó la voz de Luke al otro lado de la línea.

— ¿Sí?

Clare no perdió el tiempo con cortesías absurdas.

— Macey va para allá y está dispuesto a matarte. Si fuera tú, cogía el primer avión para salir de aquí.

Colgó el auricular sin esperar respuesta. Le había advertido. En realidad no le importaba lo que le pasara pero tenía miedo por Macey. No quería verle con problemas por su culpa.

Fue a la ventana a ver el jardín. Una ligera neblina cubría los árboles, pero el cielo seguía conservando su calor y suavidad.

Oía el tic-tac del reloj.

¿Cuánto tardaría Macey en llegar aquí? Por favor, que Luke pueda marcharse antes de que llegue, rogó cerrando los ojos. Parecía un asesino en potencia cuando salió de la casa. Jamás imaginó que podía ponerse así. Había tanto de Macey que no sabía.

Se paseó por la habitación, tensa y ansiosa, pendiente del murmuro del mar, del tic-tac del reloj, del lejano rumor de los árboles.

No cesaba de mirar al reloj. Una o dos veces se acercó al teléfono con la tentación de llamar, pero no se atrevió. No volvería a llamar a esa casa. Bastante lío se armaría con la irrupción de Macey, aun cuando Luke hubiera tenido tiempo de marcharse.

Pasó una hora. Macey ya debía haber llegado. La joven fue a la cocina a preparar un poco de café, lo bebió negro y muy cargado. Sus nervios se estaban apoderando de ella.

Cuando por fin oyó al coche llegar, se puso de pie, asustada al darse cuenta que había permanecido todo el tiempo a oscuras, sin notarlo.

Oyó los pasos de Macey. El se detuvo en la puerta de la cocina.

—Le llamaste —la acusó.

Clare tragó saliva.

—¿Qué pasó? —preguntó ella con voz temblorosa.

— Escapó — Macey encendió la luz y Clare parpadeó—- ¿Por qué le avisaste Clare? —le preguntó con los ojos fijos en ella.

— No quería verte envejecer en una cárcel francesa —respondió ella, tratando de reír.

Macey no le quitaba los ojos de encima.

—¿No le estabas protegiendo?

Los ojos de la chica brillaron con amargura.

— No levantaría un dedo para salvarlo, aun cuando lo estuviera pisoteando una manada de elefantes.

Macey se relajó, se apoyó en la pared.

— Fui al aeropuerto, pero no había rastro de él. Creo que se marchó a París.

—¿Le sorprendió a Rowena verte? —preguntó ansiosa.

—No estaba. Vi a Ray.

— ¿Y te dijo que llamé?

Sus miradas se encontraron. El rostro de Macey tenía una expresión rara.

— Me lo dijo.

Clare miró a otro lado.

—Supongo que tenía curiosidad.

—Se moría —dijo Macey con sequedad—. Pero no te preocupes, no le dije una sola palabra.

De repente Clare se sintió cansada.

—Creo que me iré a la cama —murmuró.

Macey la observó mientras se alejaba, pero no dijo nada.

— Buenas noches —se despidió ella.

— Buenas noches, Clare —respondió él con gentileza.

CAPITULO 7

Clare estaba extraña cuando se reunió con Macey por la mañana. Había dormido profundamente, sin soñar, como duerme quien se acuesta cansado física y mentalmente. Despertó nerviosa. El sol brillaba y el agua azul de la piscina relucía con sus reflejos.

Macey estaba en camiseta y bañador, leía un libro de teatro mientras saboreaba un jugo de uva.

— ¿Dormiste bien? —dijo con voz despreocupada y sonrió como si nada hubiera pasado. Clare se sorprendió ante su habilidad de enterrar los malos momentos.

—Creo que nadaré un poco —se había puesto su bikini blanco sin pensarlo, con la mente fija en la idea de que la natación le daría algo que hacer en los primeros momentos de un nuevo encuentro con Macey.

El no hizo comentario alguno. Siguió leyendo el libro mientras ella se dirigía al agua. Una ligera sensación de rabia la invadió. Macey era demasiado frío. Clare se irritaba al comprobar que se encontraba nerviosa y que él estaba muy tranquilo.

Se sumergió en el agua. Al salir a la superficie le lanzó una mirada a Macey. La oscura cabeza del hombre estaba inclinada sobre el libro.

Nadó un rato, luego salió y se acercó a él. Al hundirse en la silla de al lado, por fin le hizo levantar la vista, sonriendo.

— ¿Quieres café?

— Sí, gracias —dijo Clare. Macey se levantó. Ella miró el cielo limpio, libre de nubes. Estaba siendo ridícula. Macey la estaba ayudando a salir de un momento difícil. Estaba restableciendo su antigua y deliciosa amistad. Debía estarle agradecida, en vez de sentirse irritada.

Cuando trajo el café, Clare le sonrió.

— ¡Maravilloso! Me muero por un poco de café.

— Bien —dijo él con sequedad.

Ella rehuyó su mirada. No necesitaba decirle a Macey lo que bullía en su cabeza. Podía leer en ella como en un libro.

El se sentó a su lado y juntos tomaron el café. Clare se esparció crema sobre la bronceada piel mientras Macey la observaba con ojos medio cerrados.

Pareces la diosa del sol -le dijo, sonriendo.

—Gracias —dijo Clare con los ojos bajos.

El resto del día no hicieron otra cosa que descansar en la piscina, nadando de vez en cuando, leyendo revistas y periódicos franceses,

comiendo una ligera ensalada a mediodía y tomando café a ratos. Era uno de los tantos días que habían pasado allí, sin embargo, era al mismo tiempo muy diferente.

— ¿Por qué no cenamos en Niza? -sugirió Macey cuando entraron en la casa.

El sol estaba a punto de esconderse. Caía trazando una suave línea dorada sobre el mar azul.

— ¿Porqué no?

— ¿No te gustaría?

— Muy amable —dijo ella.

En su dormitorio se miró al espejo, preguntándose lo que le pasaba. Jamás había estado tan puntillosa con Macey. Ese día se había encontrado tensa, irritada. ¿Por qué?

En la ducha, se quedó bajo el agua, complacida con el agua que le bañaba la bronceada y suave piel.

El contacto con el agua le devolvió la vida y aclaró su mente.

Cruzó la habitación y se detuvo ante una hilera de vestidos. Se quedó prendada con uno, lo sacó y lo inspeccionó. Lo dejó en la cama porque pensaba ponérselo. Sabía que a Macey le gustaba. La primera vez que lo usó fue una noche en que habían ido a la gala de unos amigos. Habían estado con un famoso productor que no le quitó los ojos de encima a Clare en toda la noche. Para cuando Macey la llevó a casa, iba cargada con un buen número de invitaciones a las que se había rehusado. Ella se divertía ante la frecuente reacción de Macey, ante la admiración de otros hombres, pero esa noche sus comentarios habían sido demasiado duros.

—Tú lo pediste —le había dicho mirándola de reojo—. ¡Ese vestido! —no dijo nada sobre el vestido, pero no hacía falta... su mirada habló por él. El famoso productor no había sido el único en encontrar interesante la prenda.

Tardó un poco en arreglarse. Estaba nerviosa cada vez que oía algún ruido en la casa. Después de echar una última mirada al espejo, salió a reunirse con Macey.

Estaba en la sala de estar, sirviéndose una copa y la miró para preguntarle si quería algo.

Macey no pudo retirar la vista, quedó prendado del atrevido vestido negro y dorado.

De repente, Clare se arrepintió de habérselo puesto.

— Un martini, por favor.

El se volvió. Ella se quedó mirando la poderosa línea de aquel cuerpo, los anchos/hombros y la larga espalda. Vestía un traje blanco que le quedaba como pintado. El cabello negro rozaba el cuello.

El se volvió hacia ella y le llevó el vaso, el contacto con sus manos envió una ola de calor por todo su cuerpo. Evitó su mirada, y sorbiendo el líquido dejó que el hielo le enfriara los labios.

Afuera había oscurecido. Montones de mariposas nocturnas golpeaban contra la ventana

Ni ella ni Macey hablaban. Ella estaba consciente de eso. Siempre habían hablado con tal libertad y franqueza, que ahora le parecía imposible que no tuvieran nada que decirse.

Le miró de reojo. Parecía no darse cuenta de su presencia, estaba abstraído, con la mirada fija en su vaso.

— ¿A dónde iremos a comer? No bouillabaisse otra vez, espero. No tengo ánimo de volver a aguantar a todos esos pescadores.

— ¿No? Parece como si pudieras aguantar todo, metida en ese vestido.

Ella se enfadó.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Lo sabes muy bien —gruñó Macey—. No me subestimes, Clare. Camina por la orilla, si quieres, pero no pretendas ignorar lo que estás haciendo.

— ¿No te gusta mi vestido?

—Si te dijera lo que ese vestido me hace pensar, con seguridad que te echarías a gritar asustada. ¿Por qué a las mujeres les gusta jugar cuando no están preparadas para arriesgar nada? —terminó su copa, y volviéndose a ella sin darle tiempo de reaccionar, preguntó—: ¿Nos vamos?

Macey se daba perfecta cuenta del impulso que la empujó a ponerse ese vestido, aun a sabiendas que lo provocaría. Después gritó:

— ¡Me gustaría que dejaras de entrar y salir de mi mente como si fuera una estación de ferrocarril!

—Creo que eso es lo que haré - rió él y ella se quedó pensando qué quería decir con esas palabras.

Una vez en el coche la joven se acomodó para admirar la luna brillar sobre el mar. Una ligera luz la envolvía y los plateados rayos caían hasta deshacerse en el agua.

Abrió la ventanilla. Una suave brisa le mecía el cabello, jugueteando con los-dorados rizos como si fuera un delicado dedo.

— ¿A dónde vamos? —preguntó la chica.

—Con ese vestido, no tenemos dónde escoger.

Clare rió.

— ¿Qué es lo que te está cansando?

—Observar cómo te miran los hombres.

Clare no encontró respuesta para eso. Jamás se había puesto a

pensar en lo que sentía Macey cuando tenía que soportar verla rodeada de otros hombres.

Iban montaña abajo. Las manos de Macey manejaban el volante con precisión. Clare siempre se ponía nerviosa en esa carretera. El hondo barranco a un lado le ponía los nervios de punta, y casi no se atrevía a mirar hacia abajo.

—Cálmate -le dijo Macey—. Soy un buen conductor. Si me arriesgo es porque he calculado muy bien lo que puede suceder.

— De acuerdo —dijo Clare todavía nerviosa— Lo recordaré cuando despierte en el hospital.

El rió.

—No pasará nada. ¿Cuántos años llevo paseándote de un lado a otro? ¿Y cuándo he tenido un accidente?

— Siempre hay una primera vez para todo.

—De acuerdo -aceptó Macey con un tono de voz que hizo erizarse la piel de Clare.

Durante años había hecho comentarios por el estilo, que ella solía ignorar, pero ahora le era imposible hacerlo. Cada vez que oía uno, sentía que los nervios se le ponían de punta.

Apenas podía soportar el vacío que existía entre ellos. Deseaba salir corriendo en busca de un refugio. Sus manos temblaban sobre sus piernas, y cuando vio que Macey lo advertía quiso gritar de rabia y vergüenza.

Sabía lo que estaba pasando. La observaba con la misma firmeza que utilizaba en sus obras.

Clare se maldijo por eso. Todo le parecía tan nuevo... necesitaba tiempo para aprender a vivir con ello. Los años de retiro emocional habían terminado; tenía que aceptarlo. Pero no podía soportar que la observaran así mientras se adaptaba a sus nuevas emociones. La mirada fría e irónica de Macey era demasiado peligrosa. Clare no estaba preparada para arriesgar nada. Temía salir de su aislamiento con demasiada rapidez. Tal vez podría cometer otro grave error.

Quería ir despacio, con cuidado, no lanzarse como una ciega a una relación seria con otro hombre.

Llegaron al hotel y estacionaron el coche. Clare descubrió al entrar en el restaurante, que Macey, a pesar de sus comentarios sobre la elección del lugar, ya había reservado allí una mesa. El maítre sonriente les llevó a su mesa, seguidos por las miradas de otros clientes. Clare estaba acostumbrada a eso. No le molestaba. Se sentó junto a Macey y se dispuso a consultar el menú.

— Hablé con Phil esta tarde —dijo él de repente.

Clare se las ingenió para parecer interesada en la conversación.

— ¿Qué te dijo?

—Provisionalmente tiene la obra programada para abril. Le interesó mucho lo de Rowena.

—De eso estoy segura -replicó ella.

—Bueno, la noticia de que tú ibas a hacer el estelar no le sorprendió demasiado. Ya antes le había hablado algo de eso.

— ¿Antes de que la leyera yo? -los ojos vedes miraban con desaprobación, pero él sostuvo la mirada divertido.

— Muy mal de mi parte ¿verdad?

— Típico de tu parte —repuso ella—. ¿Tienes idea de quién la dirigirá?

El no respondió, siguió sonriendo, mientras ella se enderezaba en su asiento.

— ¿No estarás pensando en hacerlo tú mismo?

— ¿Porqué no?

Macey era un director estupendo. Había dirigido varias de sus obras en el pasado, pero Clare no estaba muy segura de que fuera una decisión muy acertada la de dirigir a Rowena en su propia obra.

— Estás demasiado inmerso con esta... tú y Rowena podrías llegar a las manos.

El se encogió de hombros.

—Seré el tacto personificado.

— ¡Lo necesitarás!

— Me doblegaré para mantenerla contenta. Trató de dominarme cuando quiso tu parte para Ray, pero creo que hemos establecido una tregua. -Rowena sabe ahora que no soy tan manejable como creyó al principio. Creo que podré dominarla.

— Me gustará verlo —murmuró Clare con sequedad. —Rowena es la clase de mujer que sólo se arredra cuando se topa con alguien que no se deja dominar —observó Macey. —No es una opinión muy favorable —dijo Clare.

— El genio no suele ser muy favorable —replicó Macey.

—Tú eres quien mejor lo sabe -se burló ella, recibiendo como respuesta una sonrisa divertida.

—Gracias por tu voto de confianza.

Era la clase de conversación a la que estaban acostumbrados y ayudó a calmar a Clare.

Durante la comida hablaron de la obra, bajando la voz, conscientes de que todos los oídos estaban sobre ellos.

—Llamaré a Harry mañana y le pediré que cuente conmigo para la obra provisionalmente.

Los ojos azules de Macey miraron burlones.

— ¿Quieres decir que actuarás a menos que surja algo más interesante?

—Quiero decir que la haré a menos que Phil se retracte por alguna razón —replicó ella riendo—. Yo no me echaré atrás.

La luz de las velas sobre la mesa aclaraba los rasgos de Macey. Sonrió de repente, y un ligero temblor recorrió la espalda de Clare.

Hacia el final de la comida, todo el comedor se vio envuelto en una gran confusión con la llegada de un grupo de personas. Clare se volvió al oírlos murmullos emocionados de los comensales, Macey gruñó:

— ¿No lo adivinas? ¿Es que hay alguien que está a salvo de ella?

La causa de la confusión no era precisamente la llegada de la Reina de Saba, era tan sólo Rowena que se aseguraba de que nadie viviera sin enterarse de su presencia. Recorrió el lugar, precedida por el agobiado maítre, ignorando las miradas de adoración que le dirigían desde todos los rincones. Su voz cristalina ordenó que le cambiaran la mesa.

— Allí no. No me gusta sentarme en los rincones —declaró, mirando alrededor para ver si encontraba un lugar que fuera de su agrado.

Entonces vio a Macey, y se acercó a él, tendiéndole las manos como majestad, proclamando en voz alta:

— ¡Macey, querido! Vaya, es una deliciosa sorpresa.

Macey se puso de pie, tomó sus manos y las besó. Rowena sonrió con satisfacción, luego sus ojos se posaron en Clare, revisando con cuidado el vestido de la joven.

—Clare, querida, me alegra verte de nuevo. Estás muy elegante, pero, algo delgada ¿no crees? Macey tendrá que hacer que comas mejor.

«Deliciosa», pensó la joven sonriendo con dulzura. Una sonrisa y una puñalada por la espalda, todo al mismo tiempo.

El grupo de Rowena se había detenido tras ella como corderitos detrás del perro pastor. Ted Kilby sonrió a Clare y le guiñó un ojo. Ray lanzó una sonrisa poco afortunada.

—Deberíais uniros a nosotros —dijo Rowena convencida de que no desearían nada mejor.

Macey sonrió.

— Muy amable.

— ¡Camarero! —gritó Rowena, volviéndose, como esperando verlo a sus pies.

El hombre apareció, inclinándose ante ella. —Seremos cinco, no tres. ¿Dónde está nuestra mesa? Desesperado, el hombre trató de explicarle que no había más que la mesa que ya había rechazado.

Rowena le sonrió con dulzura.

— Ya lo arreglará, estoy segura —le dijo.

Y lo hizo. Pronto estaban sentados en una mesa de la que los pobres ocupantes fueron evacuados, mientras Rowena los miraba radiante. Clare tuvo que morderse los labios al ver a los huéspedes casi agradecer a Rowena haberlos enviado a su rincón.

La seguridad aplastante de Rowena, el convencimiento último de que sus deseos eran lo único importante en el mundo, dejaba a Clare sin habla. La forma en que el mundo parecía rendirle homenaje era delirante.

La mujer no paró hasta dejar claro que Macey era el único del grupo que le interesaba. Retuvo su atención con el encanto de sus ojos, sin permitirle distraerse ni por un momento. Debió ser un verdadero torbellino de joven, pensó Clare; esa devastadora arrogancia debió dejar a todos los hombres alelados. Había oído algunas historias sobre Rowena. La extraordinaria belleza de su rostro había conquistado a un número incontable de hombres. Rowena jamás permitió que el amor la detuviera en su carrera.

Al ver a Ted Kilby, Clare sonrió preguntándose qué sentiría por su esposa. No había manera de adivinarlo. No era un actor, pero sabía ocultar sus sentimientos

Conforme pasaba el tiempo, la gente empezó a bailar en la pista al centro del salón. Rowena miró a Ray, quien observaba a las parejas en la pista, siguiendo la música con los dedos.

— Macey, querido, Ray quiere bailar -tronó.

Clare sintió que el estómago le daba un vuelco, y se volvió demasiado tarde.

— No, yo... —intentó excusarse la joven, pero Macey ya estaba de pie ofreciéndole la mano.

Clare les miró mientras se alejaban. Macey rodeó la cintura de La joven mantenía los ojos bajos.

Se mezclaron con las otras parejas. De repente Clare notó un ligero temblor en los labios de Ray. La escena le resultó tan dolorosa que tuvo que bajar la vista.

No había forma de adivinar lo que había en la mente de Macey, todas las dotes de un actor... una voz que podía convencer o amenazar, un rostro que engañaba, y una mente que se ocultaba tras él. Se mostraba educado y complaciente mientras guiaba a Ray por la pista, pero sabía que a Ray el roce de su piel contra él le hacía temblar como si estuviera en el polo norte.

Volviendo atrás en el tiempo, Clare tuvo que aceptar que sus sentimientos habían permanecido demasiado dormidos. ¿Cuántas

veces se había inclinado a besarla? ¿Cuántos comentarios de doble sentido había hecho? ¿Cuántas veces habían bailado juntos? ¡Y jamás adivinó lo que había en su mente!

Cuando Macey llevó a Ray a la mesa, Rowena estaba con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados. Macey la miró divertido, y luego miró a Clare, ofreciéndole la mano.

Ray se sentó y Clare se puso de pie. Había bailado docenas de veces con él, pero ahora que se encontraba en sus brazos, todo había cambiado y estaba tensa, nerviosa, asustada.

Sintió los ojos de Macey mientras bailaban. Tenía ambas manos en su cintura y ella le rodeaba el cuello con las suyas. Así habían bailado siempre, pero jamás la intimidad de sus cuerpos, tan cerca, había hecho mella.

Macey deslizó sus manos por la espalda de la mujer y la atrajo más hacia sí. Las manos de Clare se movieron hacia su garganta. El contacto con su piel la hizo estremecerse y antes de saber bien lo que hacía, levantó la vista. Macey la miró, los ojos azules permanecían duros y enigmáticos.

No demostraba nada y Clare sabía que ella lo estaba mostrando todo. Macey podía leer en ella sin dificultad. Estaba actuando con la misma falta de control que Ray, y eso la irritaba.

Se separó de él, tratando de calmarse.

— Estoy cansada. ¿Nos vamos pronto?

—Cuando quieras —respondió Macey, sonriendo apenas.

La sonrisa le molestó. De repente se dio cuenta de que volverían a una casa donde estarían solos. Hasta entonces no había sentido la presión y el miedo que la invadían en ese momento. Sus nervios estaban a punto de estallar, y desvió la mirada, tragando saliva con dificultad.

Volvieron a la mesa y Rowena despertó, recordando dónde estaba, sonriendo con majestad. Macey se excusó, arguyendo el cansancio de Clare, entonces Rowena dijo:

— ¿Cansada? .Los jóvenes no aguantan nada. Yo nunca estoy cansada.

—Tú eres un ejemplo para todos nosotros —le aseguró Macey, besándole la mano.

—Un ejemplo que pareces no seguir bien-—contestó Rowena.

El sonrió.

— Estoy tomando nota.

Volvieron a la villa en silencio. Clare hubiera deseado que se mantuvieran así por más tiempo. No quería llegar. Estaba tensa y nerviosa, sintiendo las miradas irónicas que Macey le dirigía de vez en

cuando.

Cuando hubo aparcado el coche, la siguió y la miró con sequedad mientras ella mascullaba algo sobre su cansancio.

Le dio la espalda, pero él se adelantó y la detuvo por la muñeca. Ella le miró confundida, ruborizándose.

— ¿Lo hacemos de una vez? —preguntó él con sequedad.

— ¿Qué? —no se atrevía a mirarle.

— Sabes bien qué —repuso él, atrayéndola hacia sí—. Has estado esperando toda la noche para eso, así que será mejor representar la escena. Luego podrás olvidar todo y empezarás a actuar como una persona normal.

Intentó apartarle, pero Macey la abrazó, apretándola contra sí. Con una mano la acariciaba la mejilla.

Ella quería decirle algo pero se encontró con sus ojos. Sintió que una extraña y desconocida emoción la invadía.

Miró los labios de Macey. Su boca estaba modelada a la perfección, dura y controlada, pero con un calor que la hipnotizaba.

El se quedó inmóvil un momento, abrazándola, luego se inclinó haciendo que Clare se estremeciera con el contacto de su boca. Sus manos se aferraron a la chaqueta del hombre y se entregó a sus brazos Entonces la boca de Macey abrió sus labios. Clare llevó las manos a su cuello. Sus dedos temblaban jugueteando con el cabello oscuro del hombre.

Fue Macey quien se apartó. Ella le miró azorada, confundida, temblando.

— Ya basta —dijo Macey con dureza.

Clare le miró, sin poder entender de momento lo que decía.

— Será mejor que te vayas a la cama —continuó él con frialdad. Clare no pudo moverse.

—A menos que quieras que vaya contigo -agregó él punzante, alzando las cejas con gesto de burla.

El rostro de la joven se encendió furioso.

— ¡Oh! —exclamó con rabia, apartándose de él. Macey murmuró:

— «¡Oh! es verdad» -Clare huyó de la habitación, y le oyó reír a lo lejos.

CAPITULO 8

Una vez en su habitación, Clare se sentó en la cama. No podía creer lo que acababa de ocurrir. La dulzura de ese beso apenas había empezado, sin embargo, Macey se contuvo.

No se oía nada. Clare se puso de pie, haciendo un esfuerzo por calmarse.

Caminó por la habitación envuelta en una bata. Apagó la luz y se quedó tendida, escuchando el murmullo de los árboles.

Macey la conocía tan bien, demasiado, quizá ése era el problema. Había notado su estado de tensión y sabía bien cuál era la causa. Clare fijó su atención en él durante toda la cena. Macey se dio perfecta cuenta de eso.

Clare apretó los puños. Permaneció así en la cama, hasta que al fin se durmió.

Debió haber estado soñando su problema toda la noche, porque cuando despertó, ya bien entrada la mañana, la respuesta le vino a la mente.

Macey no quería estar con ella, quizá porque sabía lo de Luke Murry.

Ver a Luke Murry de nuevo le había descontrolado por completo. No podía negarlo. Desde el momento que le vio entrar en casa de Rowena se vio atrapado en medio de un remolino de emociones contradictorias.

Era lógico que Macey sospechara de su cambio. No era la clase de hombre que aceptaba el papel de segundón, y sabía muy bien que Clare estaba afectada.

Clare bajó al jardín. Macey estaba en la piscina. Le sonrió al salir del agua.

Nada en su rostro recordaba la noche anterior. Clare nadó al otro extremo de la piscina, luego volvió a su punto de partida.

Macey salió del agua y le tendió una mano a Clare para ayudarla a salir también.

—Gracias, Tarzán.

El rió.

— Descarada —se burló—. Como Rowena dijo anoche, estás muy delgada.

— ¿De verdad lo crees? —preguntó sonriendo. Los ojos de Macey se clavaron en ella.

— Estás pidiendo problemas —le advirtió.

Sabía que era cierto. Levantó los ojos verdes, claros y límpidos.

— ¿En serio?

Macey la miró a los ojos.

— Sí —dijo con suavidad— en serio. ¿Sabes lo que pasa con las chicas juguetonas?

— No, di me lo.

—Te mostraré —dijo Macey, y el corazón de la joven dio un vuelco al verlo acercarse.

Al momento estaba de nuevo en el agua, gritando mientras Macey la observaba con las manos en la cadera, sonriendo complacido. Clare gritó, furiosa.

— ¡Malvado!

—Tómalo como una advertencia —le indicó Macey, luego se volvió y entró en la casa-. Voy por café -dijo al tiempo que Clare salía de la piscina.

Ella retiró el cabello que le caía sobre la cara. Cuando Macey se había acercado a ella, creyó estar segura de lo que iba a hacer. Macey era impredecible y después de lo que había pasado la noche anterior, debió saber que estaba decidido a rechazarla mientras no estuviera segura de sus sentimientos.

Cuando salió de la casa con la bandeja del café, Clare estaba recostada en un diván, los ojos cubiertos por unas enormes gafas de sol, y su cuerpo secándose al sol.

—Perezosa -le dijo Macey dejando la bandeja. sobre la mesa-. Puedes servir.

Ella se estiró, bostezando. Macey se sentó, pero la joven sabía que no perdía detalle de su cuerpo mientras ella se inclinaba a servir el café

Le pasó la taza y se retiró, agradecida de la protección que le ofrecían las gafas. A través de los espejos podía observarlo a sus anchas.

Ella tomó su café, luego se recostó y cerró los ojos. El sol caía sobre su piel como un bálsamo, adormeciéndola. Poco a poco se fue quedando dormida.

Sintió unos dedos rozarle la piel, y de inmediato volvió a la realidad, abrió los ojos.

Macey la miraba, sonriendo.

— ¿Tienes hambre? ¿Quieres que comamos un poco de ensalada?

Macey habló durante la comida sobre sus ideas de la dirección de la obra, admitiendo un poco molesto que Rowena sería su principal problema. Clare le escuchaba y decía algo de vez en cuando, sin estar en realidad muy concentrada en lo que oía. Tenía la mente inmersa en

algo muy diferente, que le impedía concentrarse en otra cosa. Lo único que podía hacer era apreciar cada uno de los movimientos de Macey.

El día pasó al igual que otros muchos. Habían ido allí a descansar, y eso era lo que hacían. ¡No dejaba de pensar que era una actriz y que tenía que hacer todo lo posible por salir adelante de esa situación! Estaba actuándolo mejor que podía, pero se preguntaba si Macey sabía que cada uno de sus movimientos hacía que su sangre corriera en sus venas a una velocidad inusitada.

— ¿Cenamos en Niza? - le preguntó él mientras entraban de nuevo en la casa, cuando ya el calor de la tarde empezaba a desaparecer. Ella se volvió a mirar a Macey.

— ¿Es necesario? —no quería ir a Niza. Quería quedarse en la villa y se rehusaba a tratar de averiguar por qué le incomodaba la idea de salir.

— Sí —contestó tajante—, es necesario.

—Podíamos comer un filete aquí —sugirió ella.

— Iremos fuera.

— Yo cocinaré — insistió ella con dulzura. Los ojos de Macey brillaron con furia.

— ¿Y después? ¿Qué planeas para después, Clare?

El color encendió las mejillas femeninas.

— ¡No sé de qué me estás hablando!

— Sabes muy bien de lo que estoy hablando, Clare.

Ella se echó atrás, rehuyendo su mirada.

— No es verdad.

— La respuesta es no, Clare. No quiero que me utilices para recuperarte del daño que te hizo Murry.

— Yo no estaba haciendo semejante cosa —dijo furiosa. Macey se adelantó furioso. La tomó de las manos, deteniéndola como a una muñeca rígida entre las manos, su rostro colérico inclinado hacia ella.

Clare se sorprendió ante su propia reacción violenta. Sus ojos nerviosos y horrorizados miraban el rostro del hombre. Sus rasgos eran duros y tensos, la piel reflejaba la marca de sus dedos. Pero eran los ojos de Macey lo que la hacía temblar.

Macey permanecía en silencio. Clare se marchó a su habitación y se quedó allí, luchando con sus sentimientos, inmóvil. Tenía que empezar a actuar, así que eligió su atuendo con cuidado. Ayudaba mucho estar vestida de acuerdo con el papel a representar. La ropa era una máscara indispensable para la actriz. Siempre que actuaba, se pasaba mucho tiempo decidiendo la ropa que usaría. Se podía juzgar a la gente por su gusto en el vestir. Eso dejaba entrever su carácter, aun cuando no se diera cuenta de ello.

Cuando se reunió con Macey él estaba cerca de las ventanas, con un vaso en la mano, mirando a la oscuridad. Se volvió y la miró con ojos comprensivos. Clare devolvió la mirada con toda la frialdad de que era capaz. No permitiría que Macey siguiera leyendo en su mente con toda tranquilidad.

— Estás encantadora -murmuró burlón.

Macey también era un actor. Sabía valorizar el disfraz. Sabía bien lo que ese vestido significaba. El cuello alto, las mangas largas, querían decir que Clare había recobrado el control, y que estaba decidida a continuar así.

— ¿Un trago? —le ofreció.

— Martini, por favor.

El fue a servirle, mientras ella admiraba su alto y esbelto cuerpo. Iba a tener que luchar mucho para sacarse a Macey de la cabeza. El tenía demasiadas ventajas. Podía leer en sus ojos con gran facilidad, y eso era algo que tenía que cambiar. En el pasado sólo había tenido una cosa que ocultarle. Ahora las cosas habían cambiado mucho.

El le ofreció el vaso, ella lo tomó.

— Pensé que podíamos ir a Antibes, para cambiar —sugirió jugando con su vaso—. No hemos ido desde que llegamos.

— Está bien —aceptó Clare, encogiéndose de hombros.

—Hay un lugarcito muy agradable en la Rué de la Touarque, y lo recomiendan por su excelente comida de mar.

— Está muy bien.

—Entonces, iremos allí -Macey terminó su bebida-. ¿Lista?

Salieron a la carretera en medio de la oscuridad. Antibes estaba situado entre Niza y Cannes, justo frente a Cap Ferrat.

Una vez Antibes fue un pequeño pueblecito al que la industria turística lo había agrandado más allá de sus murallas. En lo alto de la colina yacía un viejo fuerte que protegía al pueblo de invasores extranjeros. Napoleón estuvo prisionero en Fort Carré, mucho antes que su nombre se hiciera famoso en todo el continente. Allí esperó a que Robespierre decidiera si debía o no morir en la guillotina. Ahora los turistas paseaban con tranquilidad en la celda donde se suponía estuvo encerrado, imaginándose al hombre destinado a gobernar a Francia, sentado en la oscuridad, esperando la visita de la muerte.

La industria perfumera invadía el pueblo. Todo estaba rodeado por enormes plantaciones de flores utilizadas por sus aromas.

— Deberíamos hacer un viaje especial a los jardines de flores, para que puedas ver las rosas -dijo Macey al dar la vuelta para entrar en el pueblo. Bordearon el paseo de la costa hasta llegar a la gran avenida. La gente paseaba por las calles iluminadas. Un sinfín de cafés

adornaban las aceras. Una multitud reía y charlaba en las mesas.

La Rué de la Touarque estaba justo detrás de la avenida. Macey dejó el coche y esperó a que Clare bajara. Caminaron sin hablar, cada uno inmerso en sus pensamientos.

Antibes y Juan-les-Pins habían surgido lentamente a través de los años. Clare contemplaba el mar iluminado con las luces de las casas que bordeaban la orilla. Las colinas cercanas estaban atestadas de villas y casas. Esa noche la joven estaba contenta, sentía la necesidad de verse rodeada de gente.

Llegaron por fin al restaurante.

El atareado camarero los miró, encogiéndose de hombros.

—No hay mesa —suspiró—. ¿Quieren esperar?

Macey recorrió con la vista el lugar.

— No se preocupe, lo intentaremos en otra parte.

En el momento que se disponían a salir, alguien se levantó de una mesa cercana y le sonrió a Clare.

—Por favor —dijo cortés—. Ya estoy terminando. ¿Gustan acompañarme un momento? Cuando termine se podrán quedar con mi mesa.

—Muy amable -contestó la joven sonriendo y volviéndose a Macey.

El francés estaba solo, y ya había tomado café. El camarero se alegró y los sentó en la mesa.

—Excelente —les dijo.

El francés ayudó a Clare a sentarse, mientras la joven le sonreía.

El se inclinó y Macey esperó a que se hiciera a un lado para que él también pudiera tomar asiento. Clare se dio cuenta de la irritación de Macey al verse forzado a aceptar compañía en esos momentos. Sin embargo, dada la situación, no les quedaba más remedio que aceptar.

Cuando estuvieron sentados, el extraño se inclinó sobre la mesa, sonriendo con admiración.

—Para ser franco, la reconocí pronto, señorita Barry. Estoy contento de tener el honor de su compañía, aunque sea por poco tiempo.

—Es usted muy amable.

Por lo visto, el hombre entendió el comentario como una pregunta por su nombre.

—Pierre Riardot —dijo con rapidez, tendiéndole la mano.

Clare le dio la suya y él la llevó a sus labios.

Macey observaba con gesto pasivo.

— ¿Está de vacaciones, señorita Barry? —preguntó Monsieur Riardot sonriendo.

— Sí, nos estamos alojando cerca de Niza —dijo ella. El hombre

miró a Macey con curiosidad.

— Ah —murmuró con discreción. Clare se sonrojó.

— ¿Vive usted en Antibes? —preguntó la joven. Estaba segura que el hombre rondaría los cuarenta años. Debió haber sido atractivo en su juventud.

— Vivo y trabajo aquí —dijo el hombre—. Soy joyero. ¿No le gustan las joyas, señorita Barry?

— Me gustan mucho —dijo ella.

El sonrió dejando ver una perfecta hilera de dientes blanquísimos.

— ¿Y esta noche no es una de esas ocasiones?

Ella sintió que Macey estaba incómodo. Pierre Riardot también lo notó.

— Mientras está en el sur de Francia, me sentiría muy honrado si pasara usted por mi tienda y me permitiera mostrarle algunas preciosas esmeraldas que tengo -levantó un dedo, sonriendo-. No, no la estoy invitando a comprarlas. Son muy caras y ya encontraré algún comprador, pero no puedo imaginar que a nadie le puedan quedar mejor que a usted. Las esmeraldas son sus piedras.

Clare rió.

—Gracias, lo recordaré -dijo ella con malicia-. Cuando pueda comprar esas esmeraldas, vendré a verle.

— Estaré encantado de atenderla —dijo él, haciendo una leve inclinación de cabeza.

— Su café se está enfriando —indicó Macey.

Fierre Riardot se volvió a mirar el duro rostro de Macey. Clare vio cómo su sonrisa se desvanecía. Se encogió de hombros.

— Y estoy interrumpiendo su velada con la señorita Barry —murmuró con sequedad—. Le ruego me disculpe, señor.

Clare se enfadó con Macey.

— Nada de eso. Ha sido un placer conocerlo. Iré un día por su tienda.

Seguidamente el hombre buscó en su bolsillo y sacó una tarjeta.

—Cuando usted quiera, nos volveremos a ver. Se puso de pie, llamando al camarero.

— Por favor... — se volvió a mirar a Clare, sin dejar de sonreír—. Ha sido un placer conocerla, señorita Barry. Espero volverla a ver pronto.

Cuando se fue. Clare miró a Macey.

— Es un hombre encantador.

— Si hubiera permanecido aquí más tiempo, le hubiera echado el café sobre la cabeza —murmuró Macey.

— ¡Fue una amabilidad de su parte ofrecernos la mesa!

— Hubiera saltado de gusto de haber podido compartir contigo algo más que eso —comentó Macey de mala gana.

— ¡Bien sabes cómo es la gente cuando la reconocen a una!

—Sé bien cómo actúan los hombres cuando ven tu figura -dijo Macey —. Lo he visto muchas veces en otros hombres.

—Entonces, ya estarás acostumbrado -masculló ella.

—Jamás me acostumbraré -dijo él.

El camarero estaba esperando, impaciente, su orden. Macey ordenó sin consultarla siquiera, conocía bien sus gustos, y el camarero desapareció.

Permanecieron en silencio, esperando el primer plato. Macey pidió vino de la casa. El camarero llenó los vasos, dejándolos para que saborearan a gusto el melón que habían solicitado. Clare no tenía apetito, pero se concentró en su plato como si estuviera hambrienta, con los ojos bajos.

La comida era excelente, como lo esperaban... servida y cocinada de maravilla. Bebieron un poco más de vino, luego el camarero les llevó otra botella. Poco a poco la tensión fue aflojando mientras el vino corría por sus venas. Macey habló de su obra y de Rowena, y ella le escuchaba y sonreía, aunque tenía la mente fija en otras cosas.

Estuvieron bastante tiempo tomando café. Macey lo tomó cargado y negro.

—Tengo que conducir -señaló-. Necesito que mi mente esté en su sitio esta noche.

De alguna manera Clare presintió que ése era otro de los comentarios ambiguos típicos de Macey. No la estaba mirando, sin embargo la joven sentía en él la misma tensión que la invadía. Sólo que Macey era capaz de sonreír y Clare no.

Al meterse en el coche sentía que los nervios la sacudían con una terrible excitación. Macey puso en marcha el motor sin mirarla. Ella estaba allí, a su lado. Macey silbaba, pero Clare podía sentir la tensión crecer en él tanto como la sentía crecer en ella.

El viaje fue corto. Entró a la villa y Macey con ella. Iba jugando con las llaves del coche. Clare le sonrió con nerviosismo.

— Buenas noches.

La boca de Macey se torció en una sonrisa irónica.

— Deja de mirarme como si de repente me fueran a salir cuernos y cola -le dijo.

— No lo estaba haciendo.

— ¿No? —levantó una ceja.

—Tal vez debiera volver a Londres -dijo Clare-. Parece que estamos volviendo insoportables juntos. Macey clavó sus ojos en ella.

— Siempre adelantándote a mí, ¿no es cierto? Siento mucho resultarte aburrida.

—Predecible, no aburrida —dijo él con calma.

— ¡No me corrijas!

— No lo estoy haciendo. Con frecuencia puedo adivinar tus reacciones, pero eso no te hace aburrida.

—Tan sólo te hace a ti un perfecto lector de mentes — murmuró Clare colérica.

El rió.

— Sospeché que dadas las circunstancias, tu reacción sería la huir como un conejo.

La joven se sonrojó vivamente y no pudo controlar temperamento.

— ¿Quién dijo que estaba huyendo? Sólo pensé que nos estamos molestando mutuamente, lo mejor sería que me marchara antes de planeado.

— ¿Sabes cuál es tu problema, Clare?

—No, pero sé lo que me vas a decir.

—Eres una cobarde emocional —le dijo él.

— ¡Estás loco! Yo sólo pensé...

—Cuando te enfrentas a un problema emocional, corres en bus de la salida más próxima -la interrumpió Macey.

— ¡Eso no es verdad!

— ¿No? — su sonrisa sardónica la sacaba de sus casillas—. Me pregunto si te conoces.

—No todos podemos ser tan brillantes como tú -le gritó ella. Macey volvió a reír.

— Algunos ni siquiera somos principiantes.

— Vete al infierno -le dijo, y salió del salón con la cabeza muy alta.

CAPITULO 9

NO PODÍA conciliar el sueño. Estaba muy nerviosa. Su mente no dejaba de dar vueltas. Cuando terminó de ducharse se puso una bata, y se miró al espejo. Se quedó desconcertada al ver que algo había cambiado en ella. La bata, que era corta, le llegaba a la altura de las rodillas.

No podía acostarse porque su cabeza no dejaba de dar vueltas. Pero lo pensó mejor y decidió bajar a la piscina para tomar un baño. Nadaría bajo la luz de la luna. Si lo hacía con cuidado, Macey no la oiría salir.

Oyó a lo lejos el suave murmullo de la música. La puerta estaba cerrada y pudo salir al jardín por la cocina.

El cielo estaba estrellado. Se quedó un momento de pie, escuchando la suave música de los árboles y el mar, sus ojos fijos en el cielo.

Despacio se acercó a la piscina, y se sumergió en el agua. El agua y el cielo le ayudaron a relajarse. No obstante, la cabeza le daba vueltas, se mareaba.

No podía entender lo que pasaba. ¿Qué era lo que en realidad sentía por Macey? La repentina atracción que sentía hacia él, la tenía confundida y nerviosa.

No podía culparle si se rehusaba a creer en sus sentimientos; ni ella misma se atrevía a creer en ellos. Eso había aumentado su confusión. Se sentía desgarrada entre el antagonismo y una extraña y delirante atracción.

Tenía que decidirse a desenredar esa maraña de sentimientos, pero no sabía por dónde empezar. Después de tantos años de conocer a Macey, ¿cómo de repente se podía sentir atraída hacia él? ¿Es que su comportamiento era en realidad sólo un arranque de locura ocasionado por el choque de haber vuelto a toparse con Luke Murry? ¿O era algo más que una locura pasajera, como Macey creía?

Lo único que sabía era que después de años de dedicarse por entero a su carrera, de repente se sentía viva. Cuando se dio cuenta de lo tonta que había sido al permitir que un encuentro fatal con un hombre deshonesto, la privara de la vida, se sentía llena de vida, y lo veía todo con nuevos ojos.

Mientras flotaba en el agua, dejaba vagar su mente a gusto. De repente recordó la noche que se había despertado de la pesadilla para encontrarse con Macey a su lado. Las caricias de Macey habían hecho que hasta el último poro de su piel se inmutara. El primer incidente

emocional en su vida le había congelado los sentidos, y al ver a Luke Murry de nuevo había roto el hielo, pero fue la pasión de Macey aquella noche la que había completado el proceso.

Luke Murry la había dejado con la idea de que todos los hombres eran unos monstruos de los que había que estar alejada. Había incluido en esa categoría a cada hombre atractivo que iba conociendo; así se sentía más segura.

Pero Macey pertenecía a otro tipo de hombres. De eso se daba cuenta ahora, y también de que Macey había cuidado de ella. Macey se había convertido en una parte muy importante de su vida. Así lo creía ella. ¿Sería verdad?

¿Se sintió siempre atraída hacia Macey, sin que ella lo hubiera querido reconocer?

Estaba tan inmersa en sus pensamientos que no oyó el ruido de las ventanas, ni los pasos que se acercaban.

— ¿Qué demonios estás haciendo?

La joven se sobresaltó, y la sorpresa fue tanta que al volverse tragó una buena cantidad de agua. Tosiendo, se acercó nadando a la orilla.

Macey estaba allí, todavía vestido, observándola con gesto rígido. Salió del agua.

— No podía dormir. Me pareció una buena idea salir a nadar.

— No —contestó tajante—, no es una buena idea. Vete a la cama. Ella se quedó de una pieza, todos sus músculos se tensaron, y clavó su mirada en los ojos azules de él.

— ¡No uses ese tono conmigo!

— ¿Es que tratas de provocarme? —preguntó Macey con aspereza. Clare se sentía tan incómoda por la manera en que la miraba, que dejó caer las manos y temblando trató de pasar a un lado.

— Y esta vez quédate en tu habitación —le ordenó Macey. Clare se detuvo, furiosa. Se volvió a mirarle sobre su hombro, sus ojos estaban llenos de rabia.

— ¡No soy una niña para que me des órdenes!

— ¿No? —rió con amargura—. Es curioso, eso era lo que creí que eras.

Ella se puso nerviosa.

— ¿Es así como me ves, Macey? ¿Como una niña?

— Vete a la cama, Clare, ahora que te dejo ir sola. Clare alzó las cejas.

— ¡Macey!

El hombre se enfureció.

— ¡Por Dios, Clare, te estás arriesgando!

— ¡Estoy pidiendo que me trates como un adulto responsable y

serio! —dijo ella, sin poder contener la rabia.

Por unos segundos Macey no habló, ni se movió. Sus ojos la miraban con intensidad. Entonces preguntó:

— ¿Estás segura?

De inmediato ella se dio cuenta de la intención de la pregunta, estaba perdiendo el control de sus nervios.

—Por favor, no vuelvas a usar ese tono conmigo —tartamudeó sin poder mirarlo a los ojos.

— ¿Adonde vas, Clare? —la voz de Macey se volvió suave. Ella se había dado la vuelta, pero él la detuvo por el brazo.

—Yo...

— ¿Tú qué, Clare? —arrastraba cada una de las palabras—. ¿No será que te estás enfriando?

Sus dedos se movían con suavidad, recorriendo su brazo hasta llegar al hombro.

— ¿Qué pasa, Clare? —se había dado cuenta del temblor incontrolable de la chica—. ¿Tienes frío?

— Sí —mintió ella—. Será mejor que entre a la casa.

— Será mejor que los dos entremos —dijo Macey, sin dejar de mirarla.

A Clare no le gustó el tono que utilizó para decir eso, ni la forma en que la veía.

La mano masculina recorrió su espalda, ella gimió:

— Estoy mojada. Tu traje...

— Al diablo con mi traje —exclamó Macey. La atrajo hacia sí, mirando el fondo de sus ojos—. Quieres que te trate como un adulto. Veamos si sabes comportarte como tal.

Inclinó la cabeza, y al contacto de su boca, Clare sintió que su mente quedaba en blanco. Cerró los ojos y se entregó a la mano que la presionaba.

Macey la tomó en brazos y la llevó a la casa.

Una vez en la habitación de Clare la dejó en la cama. El ruido que hizo al caer sobre la cama la despertó de su estado de inconsciencia.

Se despertó con ojos dilatados de horror. Recordó la noche en que otro hombre la había llevado, medio ebria a una habitación oscura, y un pánico terrible la invadió. Miró al rostro desconocido de Macey por entre las sombras.

El se inclinó a besarla, pero al sentir su rostro cerca, los labios de Clare empezaron a temblar. Conoció de inmediato la expresión dura de aquellos ojos. La había visto antes; había visto ese gesto en el rostro de Luke Murry antes de forzarla. Eso fue lo que la advirtió del peligro.

El rostro de Macey parecía congestionado por el deseo.

— ¡No! —gritó ella aterrorizada, empujándolo con ambas manos. Macey se quedó helado.

— No puedo —gimió ella, tratando de llegar al otro extremo de la cama.

Las manos de Macey la detuvieron. Respiraba trabajosamente, pero la obligó a permanecer en la cama y con una mano la hizo volver la cara.

— No vas a jugar conmigo ahora, pequeña bruja —la amenazó con rudeza—. Tú empezaste esto... ahora yo lo voy a terminar. Dios mío. ¿Qué crees que soy? Te advertí que no jugaras conmigo, Clare.

— Macey, querido, lo siento. No sé lo que me pasa.

El se echó a reír, su boca se torció en una mueca cargada de amargura.

— ¿No lo sabes? Ojalá no lo supiera yo. ¿Cómo crees que me siento yo al saber que toda esta pasión que demuestras no es real? ¿Teniéndote en mis brazos y sintiendo que me correspondes como si fuera cualquier hombre?

— ¡Eso no es verdad!

— ¿No? Sé honesta, Clare. Yo siempre supe que eras una mujer sensual, viva físicamente, aun cuando corrías cada vez que me acercaba demasiado a ti. Entonces todas tus respuestas físicas estaban muertas. Ahora están demasiado vivas... pero no para mí; para ellas mismas. Te mueres por la realización de tu persona física, pero estás demasiado confundida como para saber lo que pasa dentro de ti. Si te tomo ahora, en unas cuantas semanas me odiarás. ¿Crees que no lo sé?

—Jamás te odiaría, Macey —dijo ella con gentileza, sabía que era verdad. Macey casi era parte de ella misma. Jamás podría odiarle.

El sonrió.

—Creo que sí me odiarías. ¿Por qué crees que he estado esforzándome por mantenerme alejado de ti? No hay forma de que te tenga.

Preferiría verte casada con otro hombre antes de tener unas semanas de satisfacción y que luego te marcharas odiándome profundamente.

Ella tomó en sus manos aquel rostro cálido y ardiente.

— No me desprecies, Macey. Me moriría de ver que me miraras con desprecio.

Los rasgos del hombre se alteraron, sus ojos apasionados la miraban absortos.

— ¿Desprecio? ¡Clare! ¿Cómo puedes pensar eso?

— Me miraste, me hablaste como si me odiaras, hace un momento. El torció la boca.

— ¿No te das cuenta de la tentación que me ofrecías? ¡Dios mío, jamás había luchado tanto contra mí mismo! Estaba loco. Tenía que abofetearte y lastimarte, para no tomarte en ese instante.

Ella se sonrojó, sus ojos le miraban confundidos. Macey la observaba sonriendo con amargura.

—Querida, será mejor que me vaya de aquí ahora que tengo la fuerza para hacerlo.

Ella sonrió con labios temblorosos.

—Creo que será mejor que lo hagas. —Se inclinó y rozó con sus labios la boca del hombre-. Gracias Macey.

—No agregues el insulto al dolor —dijo él con amargura mientras se ponía de pie.

Clare se cubrió la cara con sus manos. Ahora que Macey se había marchado pensó que en realidad estaba enferma. La presión de los momentos en que Macey perdió el control había sido demasiado para ambos. Estaba exhausta por el esfuerzo que tuvo que hacer para mantenerle a raya.

Macey podía no despreciarla; pero ella se despreciaba a sí misma. Un momento había temblado de excitación, para al siguiente dejarse invadir por el terror.

Debían de separarse antes de que algo se le metiera a Macey en la cabeza. Clare se percató poco antes de que iba a ser difícil parar a Macey. No era justo para Macey permitir que el estado de cosas siguiera así indefinidamente.

Estaba furiosa consigo misma por su propia confusión. Por la maraña de sensaciones extrañas que la empujaban a comportarse tan egoísta e irracionalmente. Sin embargo, no podía comprender su confusión, ni descifrar los movimientos de su propio corazón.

Macey no era Luke Murry. Aun cuando más furioso se mostró, no la forzó a entregarse a él. La había amenazado, ella conocía bien el deseo que lo dominaba, pero Macey no perdió del todo el control. De alguna manera se las había ingeniado para dominarse y ahora se había marchado, dejándola sola, aunque el recuerdo de su última mirada aún la hacía temblar.

Clare se quedó tendida, mirando la luz de la luna iluminar las paredes de la habitación.

¿Qué le pasaba? ¿Temía el momento de la posesión sólo por la cruda violencia con la que el otro hombre la había tomado?

Cada vez que sentía que el momento se acercaba, algo extraño la hacía perder la cabeza.

¿Qué era lo que en realidad sentía por Macey? No quería que eso volviera a ocurrir. Sentía que tenía que buscar la seguridad la

siguiente vez que aceptara arriesgarse con el amor, ¿y quién mejor que el hombre con quien llevaba una formidable amistad de tantos años?

Se dio la vuelta en la cama.

Era injusto para Macey sentirse así. No le sorprendía haber notado la rabia en sus ojos un par de veces. Sin duda sabía lo que bullía en aquella cabecita. Había adivinado por qué se había vuelto a él. Le estaba insultando con el solo hecho de pensar así. A ningún hombre le gustaba considerarse como «seguro». Era obvio que le estaba diciendo a Macey que le permitiría besarla, acariciarla, pero nada más porque lo único que quería era un experimento con él. No quería dejar su seguro y cálido refugio. Macey tenía razón al estar enfadado con ella.

Además, Macey no era seguro. El brillo en aquellos ojos azules indicaba todo menos seguridad. Esa noche la habían taladrado y la habían obligado a mirarse así misma. Se había resistido con pánico, pero el pánico al fin se desvaneció.

Clare bostezó, ya su cuerpo estaba relajado. Macey estaba… su mente se detuvo, incapaz de seguir hilando la idea. Se durmió.

CAPITULO 10

ESTABAN almorzando al día siguiente cuando Rowena y Ray llegaron. Macey tiró su servilleta y frunció el ceño al oír el timbre. Sabían quién era. La voz de Rowena era inconfundible.

— Ray me trajo —anunció, entrando al comedor—. Teníamos ganas de visitaros. ¡Oh, estáis comiendo! —hizo el comentario con tono acusador y Clare, muy a su pesar, tuvo que pedir perdón.

Rowena sonrió y se volvió para examinar la habitación.

— Encantador —los felicitó—. Pero, algo encerrado, ¿no creéis? Clare no entendió bien lo que quiso decir. Se apresuró a limpiar la

mesa de comida, mientras Macey veía cómo su almuerzo desaparecía ante su vista, sin haberlo podido terminar.

Clare volvió furiosa de la cocina, Ray, Rowena y Macey estaban en la terraza. Rowena saboreaba una bebida mientras contemplaba el paisaje.

— ¿No creéis que estáis un poco alejados del mar?

—Tenemos la piscina —le dijo Macey.

Rowena miró al agua.

— Sí —admitió no muy convencida—. Supongo que os será útil.

Clare vestía unos pequeños pantalones cortos, dejando al aire las largas y hermosas piernas. La parte superior de su cuerpo la cubría con una camisa dejando al descubierto su espalda y hombros. La piel dorada brillaba cuando se movía y Rowena la miró con cierta envidia.

—Macey ¿has pensado en el tercer acto? -preguntó, yendo directa al ataque, sin cuidarse de comentarios preliminares—. La primera escena no resultará. No tiene garra. ¿Sabes? No creo que salga bien. Es más bien... mecánica —le sonrió—. Creo que deberíamos volver a leer juntos el libreto, para ver lo que se puede hacer... y enmendar los errores.

Macey se hizo el desentendido.

— Nada me gustaría más, Rowena, cuando volvamos a Londres. Allí tendremos una sesión juntos, y enmendaremos todo lo que haga falta.

Rowena abrió la boca para protestar, pero Macey prosiguió con calma:

— Mira, yo tengo una regla que suelo seguir siempre. Jamás trabajo cuando estoy de vacaciones. ¿No crees que no conviene mezclar el placer con los negocios? Estoy seguro que tú piensas igual. Cuando volvamos a Londres, Rowena. Entonces dedicaremos todo nuestro tiempo a la obra.

Ella le miró apretando los labios.

— Por supuesto, Macey, como tú gustes.

Estaba furiosa. Ray levantó su vaso y apuró todo el líquido que contenía. Clare le observaba, admirando su apariencia.

Sin darse por vencida, Rowena agregó:

— Mientras tanto, podrías pensar en esa primera escena del tercer acto. Lo que necesita es una inyección patética, ¿no estás de acuerdo?

Clare no la soportaba. Esa era otra de sus grandes actuaciones. Oh no, pensó la joven, no se va a meter en mi escena, ni me la robará. Una ligera inyección patética, vaya. Lo que quiere decir es que necesita una gran inyección de Rowena. ¡Ni hablar de eso!

—Claro que lo pensaré —admitió Macey, sin demostrar estar de acuerdo con ella.

Rowena se tuvo que contentar con eso. Sabía bien cuándo debía abandonar el campo de batalla. Caminó por la terraza, diciendo:

—Qué rosas más hermosas. Este país es formidable para las flores. Saben bien cómo cultivarlas aquí.

Clare la miraba, medio sonriendo. Cuando volvía la vista vio que Ray se acercaba a Macey y le hablaba en voz baja.

—Ten paciencia con ella. Comprendo lo irritante que llega a ser, pero no se da cuenta.

Macey la miró percatándose al mismo tiempo de la mirada de Clare.

— No te preocupes, Ray. No la lastimaría nunca, aunque debo aceptar que es un demonio —sonrió y Clare pudo ver con claridad el brillo en los ojos de Ray al recibir aquella cálida sonrisa.

—Gracias —dijo Ray, ruborizándose.

Macey se volvió. Clare sabía porqué rehuía la mirada de la joven. Siguió observando a Ray mientras Macey estaba atento a los movimientos de Rowena.

Clare tenía la garganta seca. Dios mío, está completamente loca por él, pensó y en ese instante todo lo vio claro.

Volvió a la casa y siguió limpiando, mientras los otros tres hablaban en la terraza. Un cuarto de hora más tarde Rowena entró a despedirse de ella. Ray llegó detrás, murmuró alguna despedida cortés a Clare, y salió siguiendo a su tía.

Macey salió a despedirlas, luego regresó, mirando a Clare con curiosidad.

— ¿No estás enojada con ella, verdad?

Estoy furiosa, pensó Clare, pero se dio cuenta que Macey no quiso decir lo que ella entendió. El preguntaba si estaba molesta con Rowena, y fue Ray la que la hizo enfurecerse con hostilidad y celos.

Se sonrojó.

— No, por supuesto que no. Sólo estaba maniobrando, tal como acostumbra —hizo una pausa, luego agregó con sequedad—: ¡Pero no se va a llevar ninguna de mis escenas!

Macey se echó a reír.

— No te preocupes por eso… no tengo la menor intención de permitírselo. Si Rowena se saliera con la suya, desequilibraría mi obra. Tendrá la parte que escribí para ella, y nada más. Rowena es incapaz de comprender la necesaria interrelación de los personajes, así que no tiene sentido que trate de explicarle que si toma un poco de aquí y otro poco de allá, todo caería por los suelos. Por lo tanto, tendrá que hacer lo que se le indique, y nada más.

Clare sonrió, un ligero gesto de amargura se dibujó en sus labios.

— ¡Apenas puedo esperar al día que empiecen los ensayos!

— Yo estoy igual —admitió Macey—. Es una vieja malvada, pero creo que es interesante trabajar con ella… así es como logró llegar a la cumbre. Aparte de ser una gran actriz, tiene ese sorprendente magnetismo que cautiva. No necesitaba belleza. El destino fue injusto al darle tanto ¿no crees? Imagino que el constante contacto con ella mató la personalidad de Ray.

Clare bajó los ojos, sintiendo de nuevo esa extraña punzada de dolor. Ray le inspiraba piedad en el pasado. Jamás le había tenido celos. Sabía que Macey no la encontraba atractiva… ¿por qué entonces sentía esa rabia ahora cuando la veía comerse a Ray con ojos cargados de pasión?

— Si todavía tienes hambre, puedo traer algo —dijo de repente. Macey la miró asombrado. Había notado que algo le pasaba, pero no acababa de entender qué. Por una vez Macey no podía adivinar lo que bullía dentro de la joven y Clare se alegró de eso.

— No, no te preocupes por mí —dijo él —. Pero si tú tienes hambre, adelante.

— No —dijo ella. No podía comer ni un bocado. Se sentía demasiado tensa y confundida.

Salió al jardín y se puso al sol. ¿Por qué la había enfadado tanto Ray? Lo sabía muy bien. Su pulso latía con rabia, y sentía que los oídos le iban a explotar con el estruendo de su propia sangre.

Siempre le había incomodado la mirada débil y apasionada de Ray hacia Macey, pero ahora se sentía más que molesta. Había estado a punto de acercárseles y decirle a Ray:

—No lo mires así. Es mío.

Macey le había pertenecido por mucho tiempo y nunca lo supo.

Ray no le miraría así si estuviera casado. Pensaba que como él y

Clare no estaban casados, ni siquiera viviendo juntos, él debía estar libre.

Pero Macey no estaba libre. Clare clavó la vista en el cielo azul. Ahora estaba segura de una cosa: sólo el amor podía ser la explicación de los celos que se apoderaron de ella cuando vio a Macey sonreírle a Ray, y Ray devolverle apasionada la sonrisa. Clare no soportaba la idea de ver a Macey con otra mujer. El pensar que besara a otra la hacía morir de dolor.

Estaba inquieta, confundida, con sus propias emociones. Su corazón estaba sosteniendo una lucha que la dejaba sin aliento.

Macey salió y se tumbó en el sillón a su lado, Clare cerró los ojos para ocultarle sus sentimientos. Macey parecía estar relajado, tan relajado que pronto se quedó dormido.

Su largo cuerpo yacía relajado. Clare le observaba.

Ella no podía dormir. Estaba exhausta, física y mentalmente, pero su mente estaba demasiado despierta como para permitirla entregarse al sueño. Siguió observando a Macey, mientras la tarde moría, dormido y olvidado del mundo.

La oscuridad empezó a cubrir el cielo y el mar. Clare se metió en la casa y empezó a preparar la cena. Macey todavía tardó media hora en despertar.

— ¿Dios, por qué me dejaste dormir tanto?

— Debiste estar muy cansado —comentó ella, dando los últimos toques a la comida.

— Estaba roto —admitió él, sus ojos brillaron con una chispa maliciosa—. La verdad es que no he dormido bien estos últimos días.

Ella se ruborizó.

— Será mejor que te vayas a lavar. He preparado pollo y ensalada.

— De acuerdo —dijo él y se marchó.

Ese día no había insistido en salir, y Clare se puso nerviosa al darse cuenta de eso.

— Abriré una botella de vino —dijo Macey cuando regresó a los pocos minutos. Había tomado una ducha rápida, y se había puesto unos vaqueros y una camisa sencilla. Clare había hecho lo mismo, antes de ponerse a preparar la cena.

Macey abrió la botella de vino blanco. El le llenó un vaso y se sentó, sonriéndola.

Clare se sonrojó y volvió los ojos, haciendo que él frunciera el ceño.

— No me mires así — la acusó él —. Deja de temblar. —No tiemblo -negó ella con la boca seca. Macey levantó las cejas.

— ¿No? —era obvio que no le creía.

Ella movió la cabeza.

—Prueba el pollo, está delicioso —no era capaz de sostener su mirada y no podía ocultárselo.

Macey se encogió de hombros y empezó a comer.

—Rowena tendrá que aceptar las cosas como son — comentó —. Es como una vieja piraña, tragándose cada pedazo de carne que pueda encontrar.

— Y una gran actriz - agregó Clare—. Será una maravillosa experiencia trabajar con ella.

—Te lo puedo asegurar —admitió Macey—. Después de unos meses con ella, estarás vacunada contra todo. Ella intentó reír.

— ¡Pobre Rowena! —con los ojos en su plato, agregó—: Ray ha heredado algo de su talento ¿no crees?

— Es una pobre imitación —dijo Macey. —¿Nada más?

Macey estaba terminando su ensalada. Después de un momento añadió:

— Ray está demasiado deprimida.. Clare rió de mala gana.

— Yo no diría eso.

—Quiero decir como actriz —dijo Macey. Clare levantó los ojos. — Oh, claro.

Macey la miró fijamente. Clare no pudo soportar esa presión. Se negaba a dejarle ver lo que sentía, aún no estaba lista para decírselo. No podía permitir que Macey siguiera leyendo su mente por el resto de la vida.

—En lo sexual, está muy lejos de ser reprimida -comentó Macey, sin dejar de observarla.

Clare no contestó. Sus ojos permanecían fijos en el plato.

—Lo demuestra todo —dijo Macey con voz fría.

—En especial cuando tú estás cerca.

El extendió la mano y le apretó la muñeca. Clare le miró, asombrada. El se levantó y se acercó a ella, su mirada era intensa, y no la dejaba.

— Está bien, ¿y ahora qué pasa?

— ¿Qué? —preguntó ella con voz débil, rehuyendo sus ojos.

— Los dos sabemos bien lo que pasa con Ray. Yo jamás la he alentado. ¿Por qué ese tono en tu comentario?

— ¡Me estás lastimando!

Macey la tomó de la barbilla y la obligó a mirarle.

— Déjame ver en tus ojos, Clare.

— ¿Porqué? —preguntó ella furiosa—. No quiero.

Ella cerró los ojos y oyó la risa amarga de Macey.

— Ya sé que no quieres. Eso es una señal segura de que tratas de

esconder algo. ¿Ahora qué es, Clare? ¿Qué nuevo problema tienes?

Ella le miró, arrebatándole su barbilla.

— ¿Es que no me puedes dejar en paz?

Macey se puso nervioso.

—Es eso lo que quieres, Clare? ¿Quieres que me vaya? El tono de su voz le hizo daño. Le miró a los ojos, ansiosa, suplicante.

—No —dijo sin poderse contener. Macey respiró aliviado.

— ¡Por Dios, decídete! Parece que te estás acostumbrando a volverme loco. Tómame o déjame, Clare, pero decídete antes que haga algo de lo que ambos nos podamos arrepentir después.

Ella volvió a bajar los ojos, temblando. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

— ¿Como qué?

Macey guardó silencio tanto tiempo que ella se volvió a mirarle. El tenía los ojos clavados en la joven.

Clare dudó unos segundos antes de decidirse. Con la boca seca murmuró:

—Te amo.

Macey se quedó inmóvil. Por un momento ella pensó que no respiraba. Tan solo la miraba.

La tomó de los hombros.

— Dilo de nuevo. Clare, ¿hablas en serio?

—Te amo, y sí, hablo en serio.

Macey cerró los ojos, luego buscó su boca en un arranque desesperado. Clare le puso la mano en el pecho. Oyó a su corazón latir bajo su palma, haciendo sentir su latido como el propio. La necesidad de satisfacción física se hizo tan vital que su beso se profundizó. Clare gemía bajo la presión de sus labios. Al fin Macey levantó la cabeza y la miró con ojos soñadores.

— Dios mío, te amo -murmuró-. He esperado toda una vida. A veces creí volverme loco. Lo peor era que no tenías idea de lo que me hacías. Te inclinabas sobre mí y yo tenía que fingir naturalidad, cuando todo mi ser se moría por abrazarte.

— Eres un excelente actor, querido —le sonrió.

— Por Dios que sí, soy el mejor del mundo —admitió él con modestia.

— Las chicas de las que me hablabas -dijo Clare, mirándole. El sonrió.

— ¿Sí? —sus ojos azules se burlaban de ella.

— ¿Existían?

—Tenía la esperanza de hacerte ver lo que te estabas perdiendo. Me frustraba tanto. Tenía que alejarme de ti, probarme a mí mismo

que era capaz de obtener una mujer si lo quería. Pero, de alguna manera, no podía olvidarte. Siempre volvía a ti. Me tenías atado, tenía que volver a ti. Verte era mejor que nada. La vida sin ti me parecía absurda.

— Lo siento, querido —murmuró ella acariciando su rostro.

— ¡Vaya si lo sientes! —sonrió él. De pronto su sonrisa desapareció —. He vivido un infierno estos últimos siete años, Clare. Tienes mucho que compensarme, querida.

Ella le miró apasionada

— ¿Cómo pudiste seguir amándome? Debiste haberme odiado.

—Oh, también te odié —dijo él, riendo—. Te he maldecido mucho, pero luego me quedaba como un tonto, pendiente del teléfono esperando a que me llamaras, o en la calle, esperando poder verte, aunque fuera de lejos. Me odiaba por mi falta de voluntad. Me obligaba a abandonarte, pero luego no hacía más que pensar en ti. ¡Dios mío, cómo me odiaba!

— Y yo, ni siquiera me lo imaginaba — murmuró ella confundida.

— No —dijo él con sequedad-. Eso era lo único que me impedía darme un tiro; el hecho de que no lo supieras era lo único que me hacía soportarlo.

Clare le acarició la cabeza con dulzura, sonriéndole.

— ¡Malvado!

Macey volvió sus ojos azules a ella.

— Si nos casamos ahora, podíamos pasar la luna de miel aquí. Clare trató de ocultar el efecto que le hicieron sus palabras.

— Esto es demasiado repentino.

Sus labios rozaban el cabello de ella.

— ¿Qué fue lo que te hizo decidirte? —preguntó en voz baja.

— No lo sé —mintió ella—. Sólo te miré y pensé: le amo.

— Sigue pensándolo, querida —le dijo Macey—. Ahora que te tengo, no te dejaré ir.

— ¿Cuándo nos casamos?

— Mañana—prometió ella.

— ¡Malvada!

— Me siento mal y mareada —admitió ella, medio burlona—. Siento como si tuviera champán en las venas, no sangre.

— Eso se puede arreglar —rió él.

— ¿Quién necesita champán, teniéndote a ti? —dijo ella y Macey enrojeció, sus ojos ardientes de pasión.

—¿Tenemos nuestra luna de miel aquí?

— Donde quieras —suspiró Clare.

—Por Dios que sí —dijo él con voz temblorosa—. No me

importaría que fuera en un autobús o en Clapham Comm.

— Puede que tú no.

— Bien, entonces dejemos a un lado Clapham Comm. ¿Qué tal el polo norte?

— Demasiado frío. -¿El Sahara?

— Demasiado caliente.

— Eres difícil de complacer —dijo él.

— ¿Qué tal aquí? -preguntó ella.

— ¿Aquí, ahora?

— Ahora -susurró Clare, ardiente. Macey suspiró hondo.

— Dios, pensé que jamás lo dirías —dijo antes de tomarla en brazos, feliz, y sacarla de la habitación.